Manuela Ricci

AMOR en JUEGO



Contents

El Libro
La autora
.1.
.2.
.3.
.4.
.5.
.6.
.7.
.8.
.9.
.10.
.11.
.12.
.13.
.14.
.15.
.16.
.17.
.18.
.19.
.20.
.21.
.22.
.23.
.24.
.25.
Epílogo
Jamal
FIN

Amor en juego 2: Jugada rota (PRÓXIMAMENTE)
Capítulo extra
Agradecimientos


AMOR
en
JUEGO

Copyright © 2025 Manuela Ricci
Diseño gráfico © Manuela Ricci. Edición y manipulación de imagen realizadas con Photoshop.
Todos los derechos reservados.
Este libro es una obra de ficción.
Los personajes, lugares y situaciones que aparecen son producto de la imaginación de la autora y cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o con hechos o lugares concretos, es pura coincidencia.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio sin el permiso previo y por escrito de la autora, salvo en los casos expresamente permitidos por la ley.

El Libro

Hay chicos imbéciles. Y luego está Mason Casey.

Bateador estrella de los Red Sox de Boston, Mason es el caos hecho persona: alérgico a las normas, imán para los líos e incapaz de mantener a una chica más de unas pocas horas.

Uno que juega duro — dentro y fuera del campo.

Pero cuando su camino vuelve a cruzarse con el de Aria Swan, todo cambia.

Aria, hermana de su mejor amigo y compañero de equipo Jamal, se muda a casa de su hermano para estudiar en la Universidad de Brown. Un error administrativo, una habitación libre… y una convivencia forzada con la única persona que Mason no puede permitirse desear.

Porque Aria no es una chica cualquiera.

Es la que siempre ha amado en silencio.

La misma a la que rompió el corazón años atrás.

La que ahora lo mira como si fuera la última persona en la que podría confiar.

Aria no ha olvidado.

Ni la intensidad que hubo entre ellos, ni el dolor que Mason le causó.

Y ahora, lo único que quiere es mantenerse a salvo… lejos de él.

Pero la cercanía quema.

Las chispas vuelan.

Y hacerse los indiferentes ya no es una opción.

Entre noches que arden sobre la piel y silencios que gritan demasiado, Aria y Mason se ven atrapados en un juego peligroso, donde cada mirada es un paso en falso y cada palabra, un arma de doble filo.

Un juego que deberían terminar antes de hacerse aún más daño.

Porque el pasado esconde una verdad nunca dicha.

Una pasión prohibida.

Y una carrera desesperada hacia esa primera base que podría cambiarlo todo para siempre.

La autora

Manuela Ricci, soñadora compulsiva y devoradora profesional de series, empezó a escribir sus primeras historias en Wattpad en 2015 bajo el seudónimo de StarFreedom.

Desde entonces no ha vuelto a parar, porque escribir... es libertad.

INSTAGRAM: manuela_ricci_author
TIKTOK: manuelaricci_author
FACEBOOK: Manuela Ricci Author
CORREO: riccimanuela1@gmail.com

Dedicado a quienes creen que el amor nunca es fácil.
A quienes han tenido miedo de sentir demasiado.
A quienes se han escondido tras una sonrisa y un «estoy bien», mientras el corazón se rompía en mil pedazos.
Esta historia es para vosotros.
Para quienes han amado de la forma equivocada, en el momento equivocado, y aun así no dejaron de amar.
Para quienes han luchado contra sí mismos, para quienes han perseguido a alguien en medio del caos, para quienes tuvieron el valor de quedarse cuando lo más fácil habría sido marcharse.
Mason y Aria no os darán certezas, pero sí una verdad: que el amor, el de verdad, da miedo.
Pero cuando llega… no puedes ignorarlo.
Solo puedes elegir si quedarte. O lanzarte al vacío.

.1.
Aria

Tres años antes

El claxon suena en la entrada. Agarro el bolso de la silla y bajo a la cocina. Ni rastro de mi madre, pero ha dejado la típica bolsita del almuerzo sobre la encimera de mármol. Sonrío, la meto en el bolso y salgo.

Nina, mi mejor amiga, me hace señas para que me apure. Vamos tarde. Y esta vez, no es por mi culpa.

«Ni se te ocurra decirlo» —la advierto en cuanto subo al coche.

«Llegamos tarde» —espeta ella, metiendo la marcha atrás.

Nina y yo nos conocemos de toda la vida. Pero cada vez que nos miro juntas, sigo pensando en lo distintas que somos.

Ella es la típica chica de portada: rubia, ojos azules, cuerpo de modelo. Es popular, tiene estilo y camina en tacones como si fueran pantuflas.

¿Yo? Vivo en sudaderas anchas, camisetas flojas y Converse destrozadas. No me gusta llamar la atención, no sé maquillarme y mi pelo rizado es un desastre indomable. Lo único que me hace visible es ser la hermana de Jamal Swan, el capitán del equipo de béisbol del instituto.

«¿Tienes los apuntes de mates?» —me pregunta cuando ya estamos llegando a Hill Country High.

«Sí, pero los necesito para tercera hora» —le recuerdo, metiéndoselos en la mochila.

Me da un golpecito en la rodilla, imitando un saludo militar.

«A la orden, señorita.»

Pongo los ojos en blanco y sonrío.

Nada más llegar, el nudo en el estómago se hace presente.

Odio entrar en ese instituto.

Cada mañana es una batalla.

«Nos vemos luego» —dice en cuanto me bajo del coche, antes de desaparecer entre un grupo de chicas. Le devuelvo la sonrisa y me encamino por el sendero arbolado.

«¡Tex!»

Me doy la vuelta de golpe. El corazón se me dispara al ver a Mason Casey corriendo hacia mí. Su flequillo castaño se alza con cada paso, la camiseta del equipo marca sus músculos y sus ojos verdes... Esos ojos me caen encima como una lluvia ardiente.

«Eh» —digo apenas se planta frente a mí.

«¿Cómo está tu abuela? He intentado hablar con Jamal, pero nada.»

«En el rancho no hay casi cobertura. Solo necesita descansar, y con mamá encima, no le quedará más remedio que obedecer.»

Los dos reímos. Mason conoce bien a la abuela Candice y lo terca que es.

Hace dos días sufrió un desmayo y mamá se fue con Jamal a cuidarla. Yo me quedé en Austin por el nuevo trimestre. Jamal pudo ausentarse gracias a sus notas perfectas y a su historial en el equipo.

«Si necesitas algo, Tex, lo que sea, dímelo. En serio.»

Me guiña un ojo y se va. El rastro de su colonia especiada me acaricia la piel y me deja congelada.

«¡Límpiate la baba, Swan!» —grita una voz irritante. Beverly. La reina bruja de la Hill.

Le enseño el dedo corazón y me dirijo al aula donde, como siempre, me siento al fondo, sola.

«¿No os parece inquietante? Siempre va vestida de negro» —alcanzo a oír de dos chicas más adelante. Me subo la capucha y fijo la vista en mi cuaderno. Intento concentrarme, o al menos fingirlo.

Ser "la rara" ya no es novedad.

La gente juzga.

Siempre.

Sin saber nada.

Perdí a mi padre hace un año, y desde entonces, todo se ha venido abajo. La única forma que tengo de sentirlo cerca es

hojeando su colección de cómics de *Tex Willer.*

Me sé casi cada viñeta de memoria, pero esas historias me hacen sentir menos sola. A él le encantaban.

Se reía, se enfadaba, pasaba horas enganchado a las páginas cuando no estaba de turno en el Parque 88 de bomberos.

Ahora todos en casa me llaman Tex. También por mi cuaderno de dibujo lleno de bocetos.

Quiero ser dibujante de cómics. Sé que es mi camino.

Y es como si mi padre me lo hubiese señalado en silencio.

Suena la campana.

Cojo el bolso y salgo al jardín, donde encuentro a Nina sentada bajo un árbol con sus amigas.

«Siéntate con nosotras» —dice en cuanto me ve.

Veo cómo las demás fruncen el ceño. Lo hacen siempre. Pero ella hace como si nada.

«Tranquila, solo quería mis apuntes.»

«Insisto. ¿Conocéis a mi mejor amiga, Aria Swan?» —pregunta girándose. Las demás asienten con sonrisas forzadas.

«¿Eres la hermana de Jamal?» —pregunta una chica con una trenza pelirroja.

«Sí. ¿Por?»

«Por nada» —responde sonriendo mientras se codea con su amiga.

Entonces aparece Beverly. Se sienta con ese aire de superioridad que la caracteriza.

«Porque estás manchando la imagen de nuestro capitán.»

«Cierra el pico, Beverly» —le lanza Nina con una mirada capaz de hacerla estallar.

Pero yo no necesito que nadie me defienda.

«¿Y se puede saber cómo lo estoy manchando?»

La risa de Beverly es fuerte, chillona.

Su voz aguda llama la atención de todos.

«¿Te has visto? Pareces una depresiva a punto de cortarse las venas. Siempre de negro, con ese pelo de nido de cuervos y unas zapatillas que, lo siento, son un crimen contra la moda.»

Las chicas se ríen.

Aprieto los puños, sintiendo las uñas clavarse en la palma. Ese ardor es lo único que mantiene a raya el caos dentro de mí.

«¡Eres una zorra!» —explota Nina, lista para lanzarse sobre ella.

Pero luego se detiene. Se gira, clavando los ojos en alguien a su espalda.

Neil Stutter, Primera base del equipo.

Un cabeza caliente, según Jamal.

No sé qué hay entre él y Nina, pero sea lo que sea... no me gusta.

Ella ni siquiera me mira.

Recojo mis apuntes y me largo.

El nudo en la garganta me ahoga y necesito desaparecer.

Ya.

Corro al baño, compruebo que esté vacío y entro en el primer cubículo libre.

Me siento sobre la tapa del váter, me quito la chaqueta del chándal y hundo los dientes en la piel del brazo.

Aprieto hasta que el sabor metálico de la sangre me llena la boca. Solo entonces me detengo.

Mi respiración se vuelve lenta y el caos, por un instante, se calma.

Los pensamientos se dispersan como niebla, aunque hace tiempo que no veo el sol.

Me quedo allí, mirando fijamente la pared, inmóvil.

Solo cuando suena el timbre, reúno la fuerza para ponerme en pie.

Abro la puerta y choco con alguien. Alzo la vista y me encuentro con los ojos de Mason.

Son violentos, intensos, demasiado.

Retrocedo.

«¿Qué te pasa, Tex?» pregunta, agarrándome del brazo. Entorno los ojos por el dolor. Él lo nota. Su ceño se frunce, la mandíbula se tensa.

«No sé de qué estás hablando», murmuro, intentando soltarme. Pero él avanza, invade mi espacio, hasta acorralarme contra la pared.

«No me vengas con gilipolleces. Beverly te ha humillado delante de todos.»

Sonrío con amargura y lo empujo.

«No necesito tu ayuda, Mas. Sé apañármelas sola.»

Me alejo. A mis espaldas, el eco metálico de un puñetazo contra una taquilla.

Pero no me doy la vuelta.

No necesito a nadie.

Me lo repito una y otra vez. Como un mantra.

Entro en clase, me siento, ignoro las voces, las risitas contenidas, los ojos clavados en mí como cuchillas finas.

Abro mi bloc de dibujo y me dejo ir.

Mis dedos se mueven solos, se manchan de carboncillo. Líneas, sombras, personajes.

Dibujo para olvidar.

Dibujo para mantenerme en pie.

Solo cuando el aula se queda vacía, me doy cuenta de que soy la única que queda.

Recojo mis cosas y salgo por la puerta trasera.

Nina seguramente me espera en el aparcamiento, pero necesito aire.

Saco el móvil del bolsillo y le envío un mensaje:

Aria: Hablamos luego, tengo que hacer unas cosas.

Llego a *La Traviata*, el restaurante de mi madre.

Le puso ese nombre por la ópera que vio por primera vez con mi padre.

Jo, su segundo chef, ya está en cocina, preparando la mise en place para la noche.

«Aria, ya estás aquí», dice al verme.

«Sí, no tengo que estudiar y pensé en echaros una mano», respondo, cogiendo el uniforme y yendo a los vestuarios.

Le prometí a mi madre que ayudaría mientras ella estuviera fuera. No quiero que el restaurante note su ausencia.

Me ato el delantal blanco, cojo el carro con los manteles y me pongo a preparar las mesas junto a la cristalera que da al lago Bird.

El local tiene un estilo moderno, blanco y negro, con vigas vistas que calientan el ambiente y cortinas color marfil que lo hacen todo más acogedor.

«Vamos, Aria, haz una pausa. No quiero que tu madre me despida por explotación infantil.»

Suelto una carcajada y me uno a Jo en la cocina.

El olor a tomate y albahaca me inunda los sentidos.

«Y ahora siéntate y come.»

«No tengo...»

«Aria, por favor.»

Asiento. Jo trabaja con mi madre desde que abrió el local hace diez años.

Es como de la familia.

Estuvo ahí incluso cuando perdimos a papá. Nunca nos dejó solos.

«¿Qué tal en el cole?»

«Bien», miento. Porque admitir lo contrario es demasiado.

«Tu madre está preocupada. Dice que, aparte de Nina, no tienes más amigos.»

«Quizá no los necesito», murmuro, levantándome poco después para tirar el plato aún a medias a la basura.

«Voy a seguir.»

Jo no insiste. Solo me sonríe.

Mientras termino de colocar las últimas mesas, van llegando los demás trabajadores.

Me saludan con cariño.

Allí dentro, al menos por unas horas, no soy la rara.

«¿Dónde lo has dejado?» pregunta Adam, refiriéndose a mi bloc de dibujo.

Me ha pillado usándolo un par de veces, y un día incluso me lo quitó de las manos. Pero no para burlarse.

Al contrario.

«¿No deberías estar currando?» le digo.

Él finge ofenderse con un puchero fingido.

«Vale», cedo, y se lo doy.

Me incomoda que alguien vea mis dibujos. Pero con Adam es distinto.

Me dijo que tengo talento.

Y, en parte, empiezo a creerlo también yo.

«¿Y bien?» pregunto, encogiéndome de hombros.

Sus ojos negros recorren las páginas.

«Son alucinantes, Aria», dice, pasándose la mano por el pelo desordenado.

«¿Hablas en serio?»

«Jamás me reiría de ti», responde, saltando del banco.

Su mirada se detiene demasiado tiempo en mí.

Y yo bajo los ojos.

«Será... será mejor que me vaya», dice antes de desaparecer en la cocina para ayudar a Jo.

A las siete empieza el servicio. Me encargo de las veinte mesas junto a la cristalera.

Me muevo rápida, precisa.

No pienso.

Y por un momento, soy solo eso: trabajo y movimientos.

El caos de mi cabeza se queda fuera.

«Aria, tu madre al teléfono. Yo me encargo de tus mesas», me avisa July.

Voy a la oficina y cojo la llamada.

«¿De verdad crees que un viernes con el local a reventar tengo tiempo para charlar?» bromeo.

«Soy la jefa, puedo permitírmelo», responde con una risa.

Casi puedo verla sonreír al otro lado de la línea.

«¿Cómo está la abuela?»

«Más gruñona que antes. Pero bien. No volveremos antes de semana y media, hay unos chequeos que hacer. Jamal está organizando cosas en su casa. Ya sabes cómo es... quiere hacerlo todo sola.»

«Tranquila. Sé arreglármelas. Tengo dieciséis años, ¿recuerdas?»

«Pásamela», oigo decir a Jamal.

«Cariño, hablamos mañana. Y si necesitas algo, ve a casa de la señora Parker.»

«Lo prometo.»

«Me he enterado de lo de Beverly», suelta Jamal.

Obviamente. Gracias, Mason.

«Hola a ti también, hermanito.»

«No tiene gracia, Tex.»

«¿Qué vas a hacer? ¿Defenderme y luego qué? Total, dentro de un año estarás en Boston.

Yo tengo que aprender a valerme por mí misma.

Beverly es solo la primera hija de puta de muchas.

Sabré hacerles frente.»

Silencio. Luego su voz baja un tono.

«Quizá no deberías estar sola.»

«Sé cuidarme», repito.

Pero la línea se corta.

Resoplo y vuelvo al servicio. A medianoche, apilamos las últimas sillas. Me cambio y regreso al comedor.

«¿Necesitas que te lleve?» —me pregunta Adam, el uniforme colgado del brazo.

«Sí. Mis pies se rendirán antes que yo. Terminaría durmiendo en un banco.»

«No sería una gran escena» —ríe mientras salimos del restaurante, señalando un Camaro negro clásico.

«¿Es tuyo?» —pregunto, acariciando la carrocería brillante.

«Era de mi padre. Me lo regaló cuando me gradué» —responde, y sus ojos se iluminan.

Me acomodo en el asiento de cuero rojo. El motor ruge, y el sonido nos envuelve. Saco el móvil del bolso y veo varios mensajes de Nina.

Uno tras otro. Frases sueltas, incoherentes, repetidas. Mi mente va directa a un solo lugar.

Clifford Avenue.

Donde esta noche, Beverly está dando una fiesta.

«¿Sabes cómo llegar a Clifford Ave?» —pregunto, sin apartar la vista del móvil.

Adam me lanza una mirada curiosa. «¿Ha pasado algo?»

«Una amiga… creo que necesita mi ayuda.»

Él asiente sin hacer más preguntas.

No tardamos en llegar a la casa: tres pisos de estilo victoriano, coches y motos aparcados por todas partes, incluso sobre el césped. La música hace vibrar el asfalto y, al bajar, el aire huele a alcohol y caos.

«¿Quieres que entre contigo?»

«No. Vuelvo enseguida.»

Cruzo el jardín mientras un grupo de chicos, ya medio idos, gritan algo que ignoro. Cruzo la puerta y la música me golpea como un puñetazo en el estómago. La casa es un delirio de cuerpos pegajosos, risas escandalosas y luces estroboscópicas.

Me abro paso entre la gente. Alguien me empuja, otro me mira como si estuviera fuera de lugar.

El olor a cerveza, sudor y algo más fuerte me pica en la nariz.

«¡Nina!» —grito, pero es inútil. Las paredes tiemblan con los bajos, y mi voz se pierde en el ruido. Subo al piso de arriba, esquivando miradas perdidas y manos demasiado atrevidas.

«¡Nina!» —repito, chocando con una pareja pegada a la pared. La chica me lanza una mirada asesina sin despegar los labios del cuello del chico.

«¿Tex?»

Me doy la vuelta de golpe.

El corazón se me para.

Mason. Beverly está pegada a su costado como si fuera suya. Su brazo rodea su cintura.

El estómago se me revuelve.

«Solo estoy buscando a Nina» —digo, cruzándome de brazos. Mi mirada va de él a ella y vuelve.

«Estaba en la sala de billar. Te acompaño.»

Levanto una mano y paso de largo. «No te molestes. Aún sé andar sola.»

Beverly me lanza una sonrisita triunfante.

La ignoro. A duras penas.

Abro tres puertas antes de encontrarla, tirada en un sofá en un rincón oscuro.

El olor a alcohol es tan fuerte que me marea.

«Nina.» Le toco el hombro. «¡Nina!» La sacudo con más fuerza, le doy unos golpecitos en la mejilla.

«Aria…» —balbucea.

«Vámonos de aquí.» Intento levantarla, pero es un trapo humano.

«Déjame ayudarte» —la voz de Mason llega desde atrás. En un segundo, toma a Nina entre sus brazos.

Bajamos juntos las escaleras, y justo al salir veo a Adam acercarse a nosotros.

«¿Todo bien?»

«Ha bebido demasiado. Me la llevo a casa. Si su padre la ve así, no la dejará salir hasta que se jubile.»

«¿Y tú quién eres?» —la voz de Mason es dura, con tono de interrogatorio.

«Adam. Un amigo.»

«Adam nos llevará» —añado, señalando el Camaro.

Después de acomodar a Nina en el asiento trasero y de que Adam suba al volante, siento una mano que me agarra del brazo.

Me giro de golpe.

Mason está cerca. Demasiado.

«¿Desde cuándo tienes amigos, Tex?» Su tono es cortante. Sus ojos me devoran. La sonrisa en sus labios es puro veneno.

«Desde que te tiras al enemigo.» Las palabras me salen sin filtro. «Esta mañana estabas listo para defenderme, y esta noche te la llevas a la cama.»

Ríe.

Esa risa que sabe a desafío.

A quien sabe que tiene el poder.

«¿Y desde cuándo te importa con quién me acuesto?»

«Desde nunca» —lo digo en voz baja. Pero es mi cuerpo el que miente. Miente el modo en que tiemblo.

Me doy la vuelta, lista para huir. Subo al coche. Mason golpea el cristal. Me obligo a mirarlo.

Sus labios se mueven: mentirosa. Luego pasa la lengua por el labio inferior, lento, provocador.

Lo sabe todo.

Sabe que lo sueño.

Sabe que es veneno y que yo me lo bebo igual.

Le enseño el dedo medio y le indico a Adam que arranque.

«¿Lo conoces?» —me pregunta mientras nos alejamos.

Quisiera decir la verdad. Decir que lo conozco demasiado bien, pero no del todo.

Porque Mason es como un enigma sin resolver.

Una llama que se convierte en incendio al primer roce.

«Solo es el mejor amigo de mi hermano» —minimizo, mirando por la ventanilla. La ciudad pasa, pero mi cabeza se ha quedado allí. Con él.

Cuando llegamos a mi casa, Adam me ayuda a llevar a Nina dentro. La acomodamos en la habitación de invitados. Cuando lo acompaño hasta la puerta, me sonríe.

«Gracias por todo. Solo tenía que darte un aventón.»

«No hay de qué. Noche alternativa» —hace una pausa—. «¿Quieres que me quede? Duermo en el sofá.»

Una voz a sus espaldas se le adelanta.

«No hace falta, colega.»

Detrás de él. Mason. Entra como si fuera su casa, pasando junto a Adam como si no existiera. Me rodea la cintura con un brazo, como si tuviera derecho a hacerlo.

Adam nos mira a los dos, inseguro, luego asiente con la cabeza y se va.

Me aparto de su abrazo. «¿Qué demonios haces aquí?»

«Solo quería asegurarme de que estabas bien.»

Una sonrisa ladeada, con ese hoyuelo.

El que sabe usar como un arma.

«Estoy bien. Ya puedes irte» —le señalo la puerta. Pero no se mueve.

Avanza. Su sombra cubre la mía. Su perfume me aturde.

«¿Estás segura de que eso es lo que quieres, Tex?» —susurra con voz ronca cerca del oído.

Su dedo traza una línea invisible a lo largo de mi rostro. Me roza los labios. Y yo… cedo.

Por un instante.

«Has bebido.» Mi voz sale rota.

«No tanto como quisiera. ¿Y sabes por qué?»

Niego con la cabeza.

«Porque quizás, la única cosa de la que realmente quiero embriagarme… eres tú.»

El corazón me aplasta el pecho. Sus palabras se quedan en mi piel como una caricia prohibida.

Estoy a punto de ceder. Pero la imagen de él con Beverly me golpea como una bofetada y recobro la lucidez.

«Vete, Mas. ¡Ahora!»

Pasa junto a mí, rozándome. Mi cuerpo reacciona como si me hubiera tocado de verdad.

Se detiene en el umbral. Se da la vuelta, el perfil iluminado por la tenue luz del porche.

«¿Sabes que estás jugando una partida que vas a perder, Tex? Solo que aún no lo sabes.»

Y se va.

Y me quedo ahí.

Con las piernas flojas, el corazón en la garganta y la certeza de que… tal vez tenga razón.

.2.
Mason

Tres años antes

Corro como si el tiempo no existiera, como si cada segundo pudiera explotar y llevarse todo por delante.

La lluvia me golpea con fuerza, la ropa pegada a la piel. Debería tener frío, pero no siento nada.

Ni escalofríos. Ni emociones.

Solo el vacío, latiendo, devorando cada pensamiento.

Y luego… *está ella.*

Tex.

Su mirada no deja de perseguirme en la cabeza. Ella, la única persona a la que nunca debí mirar así.

Y, sin embargo, lo hice.

Y lo hice demasiado.

La ciudad duerme, ajena al caos que llevo dentro. Un infierno que me rompe y recompone con cada respiro, porque yo la veo de verdad.

Veo ese dolor que lleva puesto como si fuera un traje cosido a la piel. Lo siento mío, como si sus cicatrices también se hubieran marcado en mi alma.

Cuando estoy cerca de ella, es como si su oscuridad reconociera la mía.

Como si no hiciera falta decir nada para entendernos.

Y ella cree que no sé.

Que no me he dado cuenta.

Pero lo vi.

Lo vi todo desde la primera vez.

Solo habían pasado unas semanas desde la muerte de su padre.

Yo estaba siempre con Jamal, intentando apoyarlo, pero era imposible no fijarse en ella.

Aria había dejado de hablar. Se había encerrado en sí misma, enterrando todo, como si ese dolor la estuviera devorando por dentro y nadie pudiera hacer nada.

El señor Swan murió en un incendio.

Hacía su trabajo, salvaba vidas. Para todos, se convirtió en un héroe.

Pero nadie veía que, mientras él salvaba al mundo, su familia se quemaba con él.

Y Aria… ella se quedó entre las cenizas.

No salía de su cuarto. Se apagaba un poco más cada día, y yo me preguntaba, una y otra vez: ¿qué estaría haciendo ahí dentro?

Luego lo entendí.

Vi esas marcas.

Vi la rabia convertirse en dolor.

Vi su guerra personal.

Y desde ese momento no pude ignorarla más.

Un día, la escuché.

Fue un sonido roto, un grito que no podía salir del todo.

Me detuve en las escaleras, conteniendo la respiración, esperando que saliera de su cuarto.

Cuando lo hizo, no se me escapó el hilo de sangre que corría por su antebrazo.

Un instante.

Solo uno.

Pero fue suficiente.

Y desde entonces, no he vuelto a dormir igual.

No tuve el valor de contárselo a Jamal.

No quería que la enviaran a algún maldito loquero, como hicieron conmigo hace años.

Lo sé.

Sé lo que es sentirse roto por dentro, y saber que nadie podrá arreglarte de verdad.

El móvil vibra en el bolsillo de mis vaqueros, rompiendo el torbellino negro en el que mi cabeza sigue girando.

Lo agarro y contesto con la respiración todavía entrecortada.

«¿Qué quieres, Statter?» gruño por el teléfono, la voz empapada de rabia.

«¿Lo resolviste?»

La referencia es clara.

Beverly.

La fiesta.

Esa mierda que todavía me pesa encima.

El simple pensamiento de ella, de su boca fingiendo poder mientras me montaba, me revuelve el estómago.

Si hubiera podido, jamás la habría tocado.

Pero tuve que hacerlo.

Tuve que follármela en la cama de sus padres, como si fuera un juego.

Y fingir.

Siempre fingir.

«Todavía no.»

«¿Sabes el lío que se armaría si todo eso sale a la luz?» insiste, como si necesitara recordármelo.

Él no sabe.

No tiene ni idea de la mierda real en la que me ahogaría yo… y no solo yo.

«Necesito tiempo. La zorra todavía no confía del todo», corto la llamada. Cuelgo y le meto una patada a uno de los cubos de basura en la acera.

El estruendo metálico al volcarse es la banda sonora perfecta de cómo me siento.

Estoy jodido. Hasta el cuello.

Cuando llego a casa, son poco más de las siete.

Mi padre está tumbado en el sofá, todavía vestido, con una botella de ginebra apretada entre los dedos.

Me acerco, se la quito despacio y le cubro los hombros con la manta tirada en el brazo del sofá.

Desde que mamá nos dejó, esa botella se convirtió en su amante.

Su refugio.

Su olvido.

Quisiera ayudarlo, juro que lo intento. Pero la verdad es que yo también necesito que me salven.

De mí mismo.

De los pensamientos.

De los fantasmas que me recorren el cuerpo cada noche.

Subo al piso de arriba, entro en el baño, me quito la ropa como si me quemara la piel y abro el agua de la ducha.

Espero.

Miro mi reflejo en el espejo, goteando todo eso que no quiero admitir.

¿Cuándo coño empecé a perderme?

¿Cuándo dejé de sentir algo que no fuera rabia?

Es lo único que siento.

Lo único que me mantiene vivo.

Pero también es lo que me está consumiendo.

Es una necesidad desesperada, primitiva, que exige salir en todas sus formas.

Es veneno y, al mismo tiempo, consuelo.

Una locura silenciosa que me acompaña cuando todos los demás duermen.

Entro bajo la ducha y dejo que el agua hirviendo se deslice por mí.

Las palmas apoyadas contra los azulejos fríos, la cabeza baja, el agua cayendo por mi espalda.

Me quedo allí, quieto, hasta que el agua se vuelve helada.

Solo entonces empiezo a sentir algo.

El frío que entumece los músculos, y quizás, el corazón.

Me seco, me ato la toalla a la cintura y vuelvo a mi habitación.

En las paredes, todos mis trofeos.

Lo único que no he conseguido destruir en mi vida: el béisbol.

La única manera que conozco de llenar este vacío que me mastica el alma todos los días.

Y ahí está, latiendo.

En esa parte de mí que se hunde un poco más cada día.

Un abismo sin fondo, sin salida.

Tex vive dentro de él.

Con sus ojos oscuros, con su dolor que me habla incluso cuando ella calla.

Me tumbo en la cama, con los músculos aún tensos, y trato de cerrar los ojos.

Solo quiero un sueño sin sueños, de esos que te vacían y te anestesian.

*****

Cuando me despierto, ya es tarde.

Miro el reloj: pasadas las cinco.

«¿Cuánto coño he dormido?»

Me cambio deprisa, me pongo unos vaqueros limpios, una camiseta, y decido salir.

Necesito distraerme.

Quitarme a Tex de la cabeza, al menos por un par de horas.

El pub del centro ya está lleno cuando llego. Tardo media hora.

Mis compañeros de equipo están todos allí, repartidos entre las mesas, cervezas en mano y ojos clavados en las pantallas.

Van a empezar los Red Sox contra los Yankees.

Clásico.

Sangre y gloria.

«¡Otra ronda!» grita Tayler, nuestro defensa.

Me ve y levanta la mano.

«¡Pensábamos que te habías perdido por el camino!»

Me siento, asiento apenas y atrapo una botella al vuelo.

«Jamás me perdería un partido de los Red, hermano» digo, bebiendo un buen trago.

El sabor amargo me baja por la garganta como si nada.

Como si lo necesitara.

«Claro, ahora te lo das de estrella solo porque tú y Swan estáis en el equipo juvenil» suelta Thomson con tono burlón.

Es nuestro receptor, y también el que tiene la lengua más rápida del vestuario.

«La Major League está a un paso» digo sin falsa modestia.

Y lo está.

Boston está cerca.

El Fenway Park, el campo de los sueños, está ahí.

Lo siento bajo la piel.

Un día estaré allí, con el olor del césped recién cortado, la piel roja de la pelota y el sonido de los bates rompiendo el aire.

Un jodido sueño que puede salvarme.

O al menos sacarme de aquí.

«Mientras tanto, aún estás con nosotros, Matrix» comenta una voz a mis espaldas.

Neil.

Me tenso.

El mismo cabrón de siempre.

Siempre listo para pincharte donde más duele.

Se sienta a mi lado, se ríe entre dientes y señala con la cabeza hacia la entrada.

Me giro.

Bev.

Culo de portada y sonrisa de víbora.

Sentada con sus súbditas, buscando drama con la mirada.

«Pensé que podrías repetir» dice Neil.

Intento ignorarlo.

Bebo.

«Solo quiero ver el partido» contesto sin apartar los ojos de la pantalla.

«Pruébalo tú, si tanto te interesa.»

«Nah. A mí no me la da. Es a ti a quien quiere quitarle las bragas con los dientes.»

Aprieto la mandíbula.

No respondo.

Me concentro en los Red.

En el juego.

En el campo.

En el aliento de la multitud cantando el himno.

Pero no basta.

«A propósito…» Neil se inclina hacia mí, bajando la voz.

«Anoche vi a la pequeña Aria.»

La sangre me sube a la cabeza como gasolina ardiendo.

Me vuelvo.

Él se ríe por lo bajo.

Hijo de puta.

«No vuelvas a nombrarla» gruño entre dientes.

«O te haré beber con una pajita... por la nariz.»

Levanta las manos, tranquilo.

«Woah, calma, tío. Solo dije que la vi.»

«Sé muy bien a dónde quieres llegar.»

La botella golpea la mesa con fuerza.

Me levanto.

«¿Qué haces? ¿Vas a darle la bienvenida?»

La voz de Neil me roza como papel de lija, pero lo ignoro.

Voy directo hacia Bev.

Lo sé, es una jodida cagada.

Pero es la única manera de distraer a ese bastardo.

De mantenerlo lejos de Tex.

La única forma de protegerla.

Aunque sea yo quien la esté hiriendo primero.

Sí, podría romperle la cara. Nadie echaría de menos a alguien como Neil.

Pero no puedo.

No puedo arriesgarme a perderlo todo.

Boston está a un paso, y si arruino siquiera una cosa… me cargo mi única salida.

Por eso tengo que arreglar esta mierda.

Me levanto de la mesa, sonrío con fingida ligereza y me dirijo directamente a la mesa de las víboras.

«Chicas, ¿también por aquí?»

Me deslizo en el sofá y me siento junto a Beverly.

Su perfume empalagoso se me pega a la piel como un error que no consigo borrar.

«Solo queríamos tomar algo. Es sábado por la noche, al fin y al cabo» responde una de sus amigas, con voz de Barbie barata.

No las soporto.

Ricas, mimadas y siempre buscando atención.

O una buena mano entre las piernas.

«¿Estás bien?» le pregunto a Bev, deslizando la mano bajo la mesa.

La toco apenas, luego más profundo.

Sus muslos se abren sin pensarlo.

«S-sí…» susurra, mientras mis dedos dibujan círculos lentos sobre el encaje de sus bragas.

«¿Pasa algo?» le murmuro al oído.

Un susurro que la hace temblar.

«N-no…» traga saliva con dificultad.

«No oí bien» repito, empujando con más fuerza los dedos.

Un gemido se le escapa de los labios.

La callo con mi boca, la beso con rabia… pero en mi cabeza solo hay un nombre.

Tex.

Y cuando me aparto de Beverly, sucede.

La veo.

Sentada con Nina, unas mesas más allá.

Nos mira.

Me mira.

Y siento que la piel me arde.

Beverly sigue gimiendo, mis dedos dentro de ella, su cuerpo entregado.

Pero yo no siento nada.

Ni a ella.

Ni su olor.

Ni su sabor.

Solo siento a Tex.

La forma en que se muerde el labio mientras nos observa.

La forma en que me odia.

La forma en que me desea.

Y yo… yo me estoy follando a otra con ella clavada dentro de mí.

«No pensarás parar ahora» gime Bev al oído, agarrándome la mano entre las piernas.

No respondo.

Sigo mirando a Tex.

Haciéndome daño.

Destruyéndolo todo.

Solo cuando Beverly se desploma exhausta sobre mi hombro me doy cuenta de cuánto estoy hundiéndome.

«Vámonos», digo, gélido.

Ella me mira sorprendida, aún aturdida.

«¿Y adónde querrías ir?», pregunta con una sonrisa maliciosa.

«No hago nunca nada por nada», le recuerdo, y sin darme la vuelta salgo del local.

El sonido de sus tacones me sigue, regular, como un metrónomo del desastre.

Cuando doblo la esquina, la agarro por la coleta y la tiro hacia mí.

«Ahora es mi turno», silbo, el aliento caliente contra su piel.

«¿Qué quieres hacer?», pregunta con esa falsa inocencia que ya conozco demasiado bien.

«No hagas de princesita, Bev», le susurro.

La giro, empujo su cuerpo contra la pared.

Levanto apenas el vestido, las manos que tiemblan no por el deseo, sino por la rabia.

Por todo lo que me está consumiendo.

«Mason…», murmura, el aliento corto, la excitación que le vela la voz.

Pero yo no la escucho.

Ni siquiera la veo a ella.

Solo veo a Tex.

Siempre y solo a Tex.

«No quiero oír nada. Ni siquiera tu voz», gruño, liberando mi erección de los vaqueros con un gesto seco.

Saco un preservativo del bolsillo, lo llevo a la boca y lo rasgo con los dientes.

Lo deslizo a lo largo de mi piel tensa y palpitante, luego la tomo.

Sin una advertencia.

Me hundo en ella.

Fuerte.

Sucio.

Frío.

La follo así, contra la pared.

La follo como merece ser follada.

No hay pasión, no hay implicación.

Solo necesidad.

Reverso.

Context.

Solo rabia.

Solo un cuerpo que uso para apaciguar un fuego que dentro de mí arde cada vez más fuerte.

Ni siquiera la miro. Sus gemidos son solo ruido de fondo.

Su piel, su voz, no me dicen nada.

Porque en mi cabeza solo estás tú, Tex.

Solo tú que me destruyes pedazo a pedazo.

Sigo empujando, hundiéndome más profundo, hasta que mi cuerpo se tensa como una cuerda estirada al máximo.

Y cuando vengo, lo hago con violencia.

Dentro de ese maldito preservativo.

Dentro de ella.

Pero por tu culpa.

Por culpa del deseo que ya no logro controlar.

Me retiro, tirando el preservativo al suelo como si me quemara las manos.

Me arreglo los vaqueros con movimientos lentos, mientras ella se recompone en silencio, visiblemente conmocionada.

«Quizás mañana aún te sientas adolorida», murmuro, sarcástico.

Ella me mira confundida. «¿Por qué?»

Inclino apenas el rostro para cruzar su mirada.

«Porque te he tomado así», respondo crudo. «¿Es esto lo que querías saber, Bev?»

Ella asiente en silencio.

«Porque yo follo así. Porque es todo lo que sé hacer», añado, seco.

«Aquella noche en tu casa fui más gentil solo porque era tu primera vez. Nada más.»

Sus labios se crispan.

Pero no me importa una mierda.

«Si buscabas al príncipe azul, te equivocaste de cuento», le escupo la verdad en la cara.

«Yo soy el malo. El que destruye, no el que salva. Y si no quieres que te destruya también a ti…», estoy sobre ella de nuevo, cerca, invasivo, con la voz baja, cortante.

«Entonces es mejor que me des lo que me corresponde. De inmediato.»

Le acaricio la mejilla con los nudillos, lentos, fríos. Luego me aparto.

Me voy.

Sin esperar una respuesta.

Porque sé que la tendré.

Afuera, el aire corta la piel.

Saco un Marlboro del paquete y lo enciendo, el humo que quema en los pulmones.

*****

Lunes por la mañana soy el primero en llegar al entrenamiento.

El campo aún está desierto, iluminado solo por los tímidos rayos de sol que acarician las bases blancas como dedos amables.

Empiezo a correr. Una vuelta... luego otra, y otra más.

No quiero parar.

No puedo parar.

Solo cuando el silbato del entrenador rompe el aire, salgo del torbellino y me giro hacia él.

«Tómatelo con calma, chico» —me dice, haciéndome un gesto para que me acerque al banco—.

«Siéntate.»

Me acomodo, aún con la respiración entrecortada.

«¿Pasa algo?»

«No, coach. Solo quiero entrenar» —respondo, con la mirada fija en la tierra que ensucia mis zapatillas—.

«Lo entiendo... Pero si te exiges demasiado, tu cuerpo no podrá seguirte el ritmo. Terminarás por tener que parar, y entonces todo ese esfuerzo no habrá servido de nada.»

Lo sé. Tiene razón.

Pero aparte del saco de boxeo en mi garaje, el deporte es mi única vía de escape.

La única forma de no rendirme al caos que cada día amenaza con llevárselo todo.

«Cuando terminemos, pasa por mi despacho. Tenemos que hablar» —añade, levantándose para reunirse con los demás que ya están llegando al campo—.

Nos reunimos todos en círculo a su alrededor para escuchar las instrucciones. Aunque ya he hecho el calentamiento, repito cada ejercicio.

Sprints. Tácticas. Posiciones.

Durante el partidillo, ensayamos la estrategia que tendremos que aplicar en dos semanas.

Concentración total.

Solo campo, tierra y pulsaciones.

Después, mientras caminamos hacia los vestuarios, Neil se pone a mi lado.

«¿Alguna novedad?» —pregunta como si aún nos debiéramos palabras—.

Lo he ignorado todo el domingo, y sinceramente, no me arrepiento de haber llevado las cosas al límite con Beverly.

No pienso seguir fingiendo ser alguien que no soy solo para arreglar este puto desastre.

«Creo que Bev ha pillado el mensaje», corto, entrando en la primera ducha libre apenas cruzamos la puerta del vestuario.

Cuando terminamos, nos dirigimos al Hill Country.

El instituto está justo detrás del campo.

«Espero tu llamada», me suelta Neil antes de desaparecer en el edificio.

Asiento apenas y me encamino al despacho del coach, en el segundo piso.

Por el camino, me cruzo con Tex.

Quisiera saludarla.

Pero ella baja la mirada y me esquiva.

Duele más que un puñetazo en la cara.

Tengo que hablar con ella.

Tengo que arreglarlo.

Si es que aún se puede.

Llamo a la puerta del despacho y entro.

«¿Quería verme?» —pregunto.

«Sí, toma asiento» —me señala la silla frente a su escritorio de madera de cerezo—.

A su espalda, el ventanal da al campo.

Trofeos en las paredes, aire de gloria que huele a presión.

«Hay novedades sobre Boston. Ya he hablado con Jamal.»

Frunzo el ceño por instinto.

¿Novedades?

Pensaba que todo estaba decidido.

Entraríamos en la cantera a final de curso, entrenaríamos en verano...

¿Qué significa esto?

«Dos chicos de la cantera se han lesionado y no podrán jugar el resto del campeonato. El equipo quiere cubrir esas plazas cuanto antes, y el ojeador que os descubrió ha dado vuestros nombres.»

El aire se me queda atascado en la garganta.

«¿Entonces?»

«Significa que tenéis que trasladaros a Boston antes de que acabe el mes. Tres semanas, Mason. O perderéis la oportunidad.»

Tres.

Putas.

Semanas.

«¿Y el diploma?»

«Lo obtendréis en el instituto afiliado al equipo.»

El entrenador se acomoda en su silla.

«La decisión es vuestra.»

Y con esas palabras, me despide.

Salgo de su despacho con la cabeza dando vueltas.

Tres semanas.

Solo tres semanas para dejarlo todo.

Mi casa.

A mi padre.

A Tex.

Durante clase de economía, no puedo estarme quieto.

Siento el pecho apretado. La tinta fluye por el papel, pero no tengo ni idea de lo que escribo.

Pensaba que tendría más tiempo.

Pensaba que podría jugar con calma.

Pero la verdad me explota en la cara: o me subo a ese tren... o lo pierdo todo.

«Casey, ¿quiere usted terminar el ejercicio?»

La voz del profesor Monthgomery me sacude como un cubo de agua helada.

Toda la clase se gira hacia mí.

No digo nada.

No he escuchado ni una palabra.

Pero me salva la campana.

«Esta vez le dejo pasar, Casey. La próxima, será un suspenso», me advierte.

Asiento y salgo del aula.

Voy hasta la taquilla, cambio los libros... y entonces la veo.

Tex.

No me aguanto.

Voy hacia ella como un lanzador que apunta al bateador: directo, letal.

La sorprendo por la espalda y, antes de que pueda reaccionar, la arrastro dentro del gimnasio, aún vacío.

Cierro la puerta.

Estamos solos.

«¿Pero qué coño te pasa?»

Casi me grita, intentando zafarse de mi agarre.

El capuchón de su sudadera le cubre el rostro, pero siento su respiración.

La siento sobre mí.

La acorralo suavemente contra la pared. Su aroma me estalla en los pulmones.

«¿Por qué me estás evitando?»

Mi tono es un corte afilado, pero quiero respuestas.

«No sé de qué me hablas» —dice bajando la mirada—.

Le levanto el mentón con dos dedos. Quiero que me mire.

«¿Por qué me estás evitando, Tex?»

Nuestras respiraciones se funden, su aliento caliente choca con el mío.

Siento su pecho subir y bajar, más rápido. Como si el aire también empezara a faltar.

«Solo quiero que me dejes en paz», susurra, empujándome el pecho con las manos.

Ese toque.

Quema.

«¿Es porque me follé a Beverly? ¿Es eso?»

Mi voz retumba en el vacío del gimnasio. Dura. Áspera. Brutal.

Golpeo la pared con la mano y ella se sobresalta, pero no tiene miedo.

Tiene fuego en los ojos.

«No fue solo con ella» —continúo, implacable—. «Me he follado a medio instituto. Porque a mí me gusta follar, Tex. Mucho.»

Mi dedo roza su mejilla.

Su piel canela me vuelve loco.

Me la imagino desnuda, bajo mí, temblando con cada caricia.

«No me importa con quién te acuestes.»

Su voz es un filo, pero le tiemblan los labios.

«Mientes. Lo veo en tus ojos, Tex. Dímelo. Dime que, aunque fuera solo un instante, deseaste estar en su lugar. Que imaginaste mi boca sobre ti. Mis manos...»

Mis palabras la rodean, la rompen.

Somos dos bombas a punto de estallar.

«No sabes lo que dices», tartamudea. Su voz se quiebra, y algo dentro de mí también.

Porque lo sé.

Porque todo está mal.

Pero quiero equivocarme con ella.

Quiero caer juntos.

«Sí que lo sé. Y tú también, Tex.»

Me acerco, mi frente rozando la suya.

«En tres semanas estaré lejos de aquí. Boston. No más nosotros. No más esto.»

Ella niega con la cabeza.

No quiere escucharlo.

«Pero es la verdad. Es el tiempo que nos queda. Solo tres semanas, Tex... Tres semanas para arder.

.3.
Aria

Tres años antes

No puedo sacarme de la cabeza lo que ocurrió en el gimnasio con Mas.

«Es el único tiempo que nos queda, Tex. Solo tres semanas.»

La forma en que me lo dijo, con la voz ronca, la mirada feroz, como si me estuviera haciendo una confesión y una amenaza al mismo tiempo... fue desconcertante.

Pero no puedo negarme a mí misma que tiene razón.

Sí, cuando lo vi salir de la habitación con Beverly, una parte de mí lo odió.

No tanto por lo que había hecho, sino porque yo habría querido estar en su lugar.

Nunca he tenido novio. Ni siquiera antes, cuando mi vida era normal y yo no era considerada la «diferente».

No porque no quisiera.

Sino porque ninguno era él. Ninguno era Mason.

Su mirada.

Su voz.

La forma en que su cuerpo ocupa cada habitación.

Todo en él siempre ha llenado mis fantasías más secretas.

He intentado sacármelo de la cabeza, convencerme de que alguien como él nunca me miraría siquiera. Que no tenía ninguna posibilidad.

Pero ahora, ahora que me ha hablado de esa manera... me pregunto qué quiso decir realmente con: solo tres semanas.

«¿Te pasa algo?» —pregunta Nina, acostada junto a mí en la cama, los libros de historia abiertos pero ignorados.

«No lo sé» —admito. Es la única que sabe lo que siento por Mas desde siempre—. «Se trata de Mason» —añado.

«¿Qué te ha dicho?» —En su voz percibo una inquietud que me sorprende.

Me incorporo, apoyo la espalda en el cabecero de la cama y cruzo los tobillos.

«Se irá en tres semanas. Junto con Jamal.»

Un nudo me aprieta la garganta. La idea de que realmente estén a punto de irse... es como si me hubieran quitado el aire.

Después de hablar con Mas, llamé de inmediato a mi hermano. Él también estaba sorprendido por lo que le informó el entrenador, pero no tiene opción.

Es el billete de solo ida hacia su futuro.

«Pero... ¿no se suponía que se irían al final del año escolar?»

«Parece que los necesitan antes de lo previsto.»

Me siento vacía.

No estoy lista para dejarlos ir.

Para verlos partir y saber que los veré solo en raras ocasiones, quizás.

Solo cuando haya permiso.

Solo cuando regresen.

«Sabías que tarde o temprano sucedería» —dice Nina, evitando mi mirada—. «Y además... tener a Mason lejos te ayudará a pasar página.»

«¿Y si no quiero pasar página?»

Nina se levanta y se acerca a la ventana. Las gotas de lluvia resbalan por el cristal, empañando la vista del vecindario.

«No puedes correr detrás de un chico que ni siquiera te mira» —dice.

Sus palabras son cortantes. Nunca me había hablado así.

«No es cierto.» —Mis manos se cierran en dos puños sobre las piernas.

Al principio pensaba que me lo imaginaba todo: la forma en que me miraba, el hecho de que siempre se sentara a mi lado en el sofá cuando venía a nuestra casa a ver los partidos, su brazo que caía

casualmente sobre mis hombros... Pensaba que solo estaba en mi cabeza.

Pero ¿y si esos momentos no fueran solo míos?

¿Y si también para él fueran reales?

«Te recuerdo que se acostó con Beverly. En su casa. Y no solo eso. ¿Tienes idea de lo que hicieron fuera del Pub el sábado por la noche?»

«¿Hablas de tu mejor amiga?» —replico con un sarcasmo amargo.

No he olvidado el día en que Beverly me humilló en el jardín de la escuela. Y Nina... ella hizo como si nada.

«¿D-de qué estás hablando?» —pregunta sin volverse. Pero noto cómo sus hombros se tensan.

«¿Le tienes miedo?»

Es la única explicación plausible.

«La conoces. Todos dependen de sus palabras... y yo... yo no quiero ser excluida. No quiero ser dejada de lado como...»

Las palabras se le mueren en los labios, pero ya es tarde.

«¿Como yo?» —siseo levantándome de golpe—. «No quieres ser excluida como yo, ¿verdad?»

«Tex, no quería decir eso, es solo que—»

Levanto las manos, cansada.

«Déjalo, Nina.»

Agarro mi bolso y salgo de la habitación sin volverme.

«¿Dónde vas?» —me grita detrás.

No respondo.

Abro la puerta de entrada y me precipito fuera, bajo la lluvia.

La lluvia me pincha la piel como mil agujas, pero no me detengo hasta llegar al acuario, a dos manzanas de distancia.

Me abrazo a mí misma mientras miro la vitrina iluminada por una luz parpadeante.

No quiero ser la excluida.

No quiero pasar página.

Yo quiero a Mason.

Y quiero saber, de una maldita vez, si él también me quiere a mí.

Mi padre solía traerme aquí cada domingo, cuando tenía el día libre. Ahora, este sitio se ha convertido en mi refugio.

Mi escondite, cada vez que necesito huir del mundo.

Pago la entrada y la señora Moore, como siempre, me recibe con una sonrisa cálida.

«Con este tiempo tan feo, no te esperaba», dice, tendiéndome el tique.

«No existe el clima perfecto», murmuro, cruzando el torno y adentrándome en el acuario.

Los tanques se alinean a lo largo del pasillo principal, separados por gruesos cristales.

El techo es una ilusión de agua: los peces nadan por encima de mi cabeza como si volaran.

Camino despacio hasta el tanque del tiburón.

Era nuestra parada favorita, de papá y mía.

«Aria, nunca te fíes de las apariencias. ¿Ves ese tiburón? Es una de las especies más temidas, pero solo ataca si se siente amenazado. En realidad, él nos tiene más miedo a nosotros», solía decirme, mientras seguía con la mirada al gran blanco en su prisión de cristal.

Siempre solo, apartado de los demás.

Un depredador silencioso en un mundo construido para los ojos de los otros.

«¿Qué quieres decir?» le pregunté una vez.

Él sonrió. «Que las personas también son así. Parecen fuertes, malas, peligrosas. Pero en el fondo, todos tenemos miedos. Nuestros propios puntos débiles.»

Esas palabras aún me acompañan hoy, mientras observo al tiburón deslizarse por el tanque como una sombra.

Al final, me dejo resbalar por la pared, la espalda contra el vidrio frío.

Saco el bloc de dibujo de la mochila y me refugio en mis cómics.

Allí cuento mi historia, un diálogo mudo hecho de tinta e imágenes que, tal vez, nadie llegue a leer jamás.

«Un pajarito me dijo que te encontraría aquí», dice una voz a mis espaldas.

Levanto apenas la cabeza.

Adam.

Se sienta a mi lado sin hacer preguntas, y durante unos minutos nos quedamos así, con las respiraciones como única banda sonora.

No sé por qué ha venido.

No quería ver a nadie.

«¿Me vas a decir qué haces aquí?» pregunta al cabo de un rato.

Sé que no sería justo ignorarlo, no después de lo que hizo por mí la otra noche.

Cierro el bloc de dibujo y dejo las manos encima, tamborileando con los dedos, nerviosa.

«Era el lugar favorito de mi padre y mío», respondo casi en un susurro.

No me gusta hablar de ello.

Me da miedo que los recuerdos, una vez dichos en voz alta, se desvanezcan o, peor, dejen de ser solo míos.

«¿Y tú? ¿Por qué me estabas buscando?»

«Hoy tengo libre… pensé que te apetecería hacer algo», dice con una media sonrisa.

No quiero ser grosera, pero no sé si Adam entiende de verdad quién soy.

Nadie que esté bien por dentro, nadie con un mínimo de sentido común, me invitaría a salir.

«No estoy de humor», contesto lo más amablemente que puedo, esperando que lo entienda.

Pero es más terco de lo que pensaba.

«Vamos… no me creo que no haya nada que te apetezca hacer.»

«Pues prepárate para sorprenderte: nada. Eso es exactamente lo que quiero hacer», replico, poniéndome de pie.

Camino hacia la salida, lista para refugiarme en el silencio del que vengo.

Pero entonces sus palabras me atraviesan las piernas, dejándome clavada al suelo.

«Sé por lo que estás pasando. Yo también perdí a alguien. Estaba con mi hermano, jugábamos a tirarnos desde el acantilado. Un segundo estaba allí… y al siguiente, ya no.»

El aire se me corta en los pulmones.

Como si de repente no quedara oxígeno.

Como si el agua del tanque se me hubiera metido en el pecho.

«¿Aria?» Siento las manos de Adam en mis hombros, me sostiene mientras me falta el aliento, mientras todo dentro de mí se derrumba.

«Vamos… te llevo a casa», susurra.

No respondo. Me limito a seguirlo hasta su coche.

La lluvia sigue golpeando sin descanso.

Gotas y más gotas que corren por el parabrisas como si tuvieran prisa por escapar.

No consigo sacarme de la cabeza lo que Adam acaba de contarme.

Antes de que pueda arrancar, poso la mano sobre la suya, aún aferrada a las llaves.

«¿Cómo lo hiciste?»

«¿Superar el dolor?» pregunta él, con una voz tranquila, casi resignada.

«No… no volverme loca. Cada maldito día.»

Porque así es como me siento cuando me miro al espejo: como un cuerpo que respira, pero sin vida.

Un cascarón vacío que ya no reconozco.

«Te voy a llevar a un sitio», dice.

El rugido del motor se mezcla con la lluvia, la voz áspera de James Arthur llena el coche.

No pregunto nada.

No tengo fuerzas.

Me quedo en silencio, conteniendo la respiración, hasta que se detiene y fijo la vista en el edificio al otro lado de la calle.

Una iglesia.

«No puedo», susurro. La voz se me quiebra en la garganta.

Es como si una soga me apretara el cuello.

Los recuerdos de aquel día caen sobre mí, crudos, afilados.

«Créeme, Aria. A mí me ayudó», intenta decir.

Tal vez.

Tal vez su Dios le mostró un camino para sobrevivir.

Pero el mío, si es que existe, solo me lo quitó todo.

«Quiero irme a casa.»

«Confía en mí», insiste, buscando mi mano.

«¡Quiero irme a casa!», grito.

Las manos cerradas en puños.

Las uñas clavadas en las palmas, la piel se abre, sangra.

El dolor es nítido, físico… pero también, extrañamente reconfortante.

Adam asiente, sin decir una sola palabra.

El trayecto de vuelta es silencioso, tenso.

Cada segunda pesa sobre mí como una losa.

Había esperado —solo por un instante— que existiera una manera de dejar de ahogarme.

Que hubiera una salida, algo capaz de devolverme a la chica que era.

Pero la verdad…

Ya no me acuerdo de cómo era.

Cuando Adam aparca, no le doy ni tiempo a detener el motor.

Abro la puerta y salgo disparada como si algo fuera a explotar dentro de ese coche.

Como si la bomba fuera yo.

Busco a tientas las llaves en el bolso.

Los dedos me tiemblan.

Lo intento dos veces antes de conseguir meterla en la cerradura. En cuanto cierro la puerta a mis espaldas, me doy cuenta de que no estaba huyendo de él.

Lo estaba salvando de mí misma.

El sonido del teléfono sonando aquella maldita mañana vuelve a retumbar en mi cabeza.

Un trueno desgarra el cielo y con él, algo también se rompe dentro de mí.

Agarro una foto sobre la consola de la entrada. Estamos todos: mamá, papá, Jamal y yo.

Es el Cuatro de Julio, la orilla del lago de fondo, papá con su sonrisa enorme y su eterna barbacoa encendida.

Aprieto el marco hasta sentirlo crujir.

El cristal se rompe.

Me corta, pero no siento nada.

Es más... casi es un alivio.

Una liberación.

Observo la sangre manchándome la piel.

Gotea al suelo y siento que voy a implosionar.

Un grito me revienta la garganta.

«¡No es justo!»

La rabia toma el control.

Empiezo a lanzar todo lo que tengo a mano. Libros, marcos, jarrones, recuerdos.

Cada objeto es un dolor que vuela, se estrella y se rompe, como yo.

Pensamientos, emociones, lágrimas.

Todo se hace añicos.

Mis pies descalzos se mueven inseguros entre los cristales, la ropa empapada pegada al cuerpo.

Necesito aire, pero no puedo respirar.

Me desabrocho la sudadera.

La dejo caer tras de mí.

Pero no es suficiente.

No respiro.

«Tex.»

Una voz.

Lejana.

Amortiguada.

«¡Tex!»

Alguien me agarra.

Me levanta.

Y luego, oscuridad.

Abro los ojos lentamente, aún aturdida.

Sólo fragmentos confusos cruzan mi mente, imágenes rotas como reflejos en agua agitada.

Intento incorporarme.

Estoy en mi habitación.

El pulso se calma apenas, pero sólo hasta que me giro hacia la ventana y lo veo.

Mason.

De espaldas. Inmóvil.

El pánico me sube como una marea.

Busco la chaqueta del chándal, dándome cuenta de que tengo los brazos completamente al descubierto.

Pero no la encuentro.

«¿Buscas esto?»

Su voz ronca me atraviesa. No se gira, sólo alza la sudadera en mi dirección.

«¡Dámela, Mas!», exijo, tirando del edredón para cubrirme, lo justo para esconderme de él, de esa mirada que conozco demasiado bien.

«Así puedes ocultar mejor las obras de arte que te gusta dibujarte encima, ¿eh, Tex?»

Ahora sí se da la vuelta.

Y su rostro es una máscara de rabia.

Me golpea como un látigo, y yo me encojo, impotente.

«Siempre supe que te hacías daño», murmura negando con la cabeza, como si ni él mismo pudiera creer lo que dice.

Mi sudadera cuelga de su mano, rozando el suelo mientras camina de un lado a otro como una fiera enjaulada.

«Mas…», intento, pero es como hablarle a un huracán.

No me escucha.

«Siempre lo supe, Tex. Pero no hice nada.»

Se ríe, pero es una risa amarga, casi asqueado de sí mismo.

«Quiero que te vayas.»

Mi voz tiembla, aunque intento parecer fuerte.

Pero él se acerca. Un paso. Luego otro. Me atrapa entre sus brazos, contra el cabecero de la cama.

Su aliento es el mío.

Me invade.

Me devora.

«No lo deseas de verdad, Tex. No quieres que me vaya.»

Y tiene razón.

No quiero.

No ahora.

No después de todo esto.

«Mason…»

Su dedo roza mi labio inferior. Instintivamente lo abro. Y él… me lo mete en la boca, lento, decidido.

Su yema áspera se desliza por mi lengua.

Entorna los ojos.

Éxtasis.

Siento el corazón golpearme el pecho mientras, siguiendo sólo su mirada, empiezo a chuparle el dedo con avidez.

Como si tuviera hambre de él.

Y en el fondo… la tengo.

Él retira el dedo.

Se lo lleva a los labios.

Lo saborea.

Sensual.

Obsceno.

Y yo contengo la respiración.

«Joder, Tex, tu sabor… ¿Sabes cuántas veces he imaginado sentirlo así?»

Sus palabras son gasolina sobre el fuego, y las rodillas empiezan a temblarme.

Se agacha, nuestros ojos encajados.

Luego, sus labios empiezan a besar mis cicatrices.

Una por una.

Besos lentos.

Reverentes.

Besos que parecen querer sanar.

Besos que nadie había tenido el valor de darme.

Heridas que nadie ve.

Heridas que quedan.

Heridas que él parece conocer demasiado bien.

«¿Qué estamos haciendo?»

Mi voz es un susurro roto.

«No me lo preguntes, no ahora… Porque no puedo darte una respuesta», dice enmarcándome el rostro con las manos, su mirada oscilando entre mis labios y mis ojos, en un ciclo constante de deseo contenido.

Y luego me besa.

Con urgencia.

Con necesidad.

Su boca se adapta a la mía de una forma que duele.

Sus dientes me muerden, su lengua me domina, sus dedos en mi pelo me inclinan la cabeza hacia atrás.

Es hambre.

Es locura.

Es pasión en estado puro.

Mis manos se mueven solas.

Se las deslizo bajo la camiseta.

Los dedos temblorosos llegan al cinturón de sus vaqueros. Estoy a punto de desabrochárselo…

Pero Mason me agarra la mano.

Bruscamente.

Se aparta de golpe, levantándose.

Como si nada hubiera pasado.

Como si no me acabara de revolver por dentro.

Como si no hubiera sentido los mismos escalofríos que a mí todavía me queman en la piel.

«Aléjate de mí», dice.

La voz fría. Cortante.

Se da la vuelta, dispuesto a marcharse.

«¡Has sido tú quien vino a buscarme, Mas! ¡Eres tú quien tiene que preguntarse qué coño quiere de verdad!»

La voz me estalla en el pecho.

Los brazos cruzados.

Lo miro de espaldas, inmóvil en el umbral.

«Lo que quiero acabaría por destruirnos a los dos, Tex», murmura.

Y se va.

Sale de mi habitación.

Sale de mi vida.

Y deja tras de sí solo el estruendo de un corazón que se rompe.

«¡Eres un gilipollas!», le grito.

Pero ya es demasiado tarde.

El portazo es la única respuesta que me queda.

Silencio.

Dolor.

Él.

Me vuelvo a poner la sudadera del chándal y decido bajar a arreglar el caos que he dejado.

Abro el trastero, cojo la escoba y empiezo a limpiar.

No llego a recoger los primeros cristales cuando la puerta de entrada se abre de golpe.

«¿Jamal?»

Lo miro sorprendida, el corazón dando un vuelco.

«¿Estás bien?»

Llega hasta mí en dos zancadas y me agarra por los hombros, los ojos escudriñándome, buscando algo.

«La señora Parker nos llamó, decía que escuchaba ruidos fuertes desde la casa. Cogí el coche y vine corriendo. Mientras tanto, llamé a Mason, le pedí que viniera a comprobar que todo estuviera bien mientras yo llegaba.»

Así que por eso Mas estaba aquí.

No por mí.

Porque se lo pidió Jamal.

«Podíais haberme llamado… solo he sido un poco torpe», minimizo, echando un vistazo al desastre que aún ocupa media sala.

«Tex, te llamé al menos veinte veces. No contestaste a ninguna.»

Saco el móvil del bolsillo y se me para el aliento al ver todas esas llamadas perdidas.

«Lo siento… yo…»

No termino la frase porque él me tira de golpe hacia él, me abraza fuerte como cuando éramos pequeños.

Cuando tenía pesadillas y venía a mi cuarto, revisaba cada rincón y se quedaba dormido conmigo entre sus brazos.

«Estoy aquí. Todo está bien. Nunca debimos dejarte sola.»

Sus palabras me parten en dos.

Las lágrimas salen solas y yo me aferro a él con toda la fuerza que me queda.

«¡Le echo tanto de menos!»

La voz me sale rota.

«Yo también, Aria. Yo también», repite una y otra vez. Es como si por fin, en ese momento, reconociéramos el mismo dolor. No soy la única que lo siente.

«Vamos, pongamos todo en orden antes de que vuelva mamá», dice, intentando quitarle hierro, y me arranca una medio sonrisa.

«¿Y la abuela Candice?», pregunto.

«Se quedará con nosotras un tiempo. Llegarán mañana por la mañana. Tenemos que estar unidos, Tex. Los tres.»

Me quita la escoba de las manos y empieza a limpiar conmigo.

Después de casi dos horas, todo vuelve a estar en su sitio.

El suelo limpio, los cuadros colgados rectos, la foto con papá en su lugar sobre el mueble.

Jamal se sienta a mi lado en el sofá.

«¿Desde cuándo te pasa esto?», pregunta en voz baja.

«Ha sido el primer estallido de rabia», admito.

Pero no le digo lo que realmente escondo bajo la sudadera.

Todavía no.

«Ha sido un año difícil para todos, Tex. Perdimos a papá, pero tenemos que seguir. Lo conseguiremos, ¿vale?»

«¿Y si no puedo?»

Él me coge la mano y la aprieta fuerte.

«Tienes que poder. Por ti, por mí, por mamá. Ella nos necesita más que nadie.»

Suelto su mano lentamente.

«Pero tú te vas… nos vas a dejar solas», susurro, pensando en su inminente partida a Boston.

«Nunca estaréis solas. Vendré cada vez que pueda. Y vosotras vendréis a verme. Te lo juro.»

Quisiera creerle.

De verdad.

Pero sé que, después de que se vaya, todo cambiará.

Nada será igual.

El timbre suena, rompiendo el silencio que nos envolvía.

«Voy yo», dice él, levantándose.

«He traído pizza», anuncia Mason al entrar en el salón, sin siquiera mirarme.

Deja las cajas sobre la mesa junto a un paquete de cervezas.

«Bienvenido, hermano. Empezaba a aburrirme sin ti», le dice Jamal, abrazándolo, agradeciéndole que viniera.

«Pensaba que estarías aquí cuando llegué», dice.

«Tex estaba bien. Y yo tenía un par de cosas que hacer», responde él, abriendo una cerveza y ofreciéndole otra.

No puedo quedarme en esa habitación.

No con él.

No después de todo.

Me levanto y cojo el bolso que había dejado junto al sofá.

«¿No cenas con nosotros?», me pregunta Jamal.

«No. Se me ha quitado el hambre», digo, intentando que no se me quiebre la voz.

Salgo de casa sin mirar atrás, mientras oigo a mi hermano gritarme: «¡No vuelvas tarde!»

Pero ya estoy bajo la lluvia.

Ni siquiera sé adónde ir.

No tengo ganas de hablar con Nina, últimamente parece que hablamos idiomas distintos.

Y al final, sin pensarlo, acabo frente al restaurante de mamá.

Es el día de cierre.

Saco las llaves del bolso y entro.

Pero la luz encendida en la cocina me detiene.

Raro.

Debería estar todo apagado.

Cojo un paraguas olvidado por algún cliente y avanzo con pasos cautelosos.

Empujo lentamente la puerta de la cocina… y doy un salto.

«¿¡Se puede saber qué coño haces aquí!?»

Blande el mango del paraguas como si fuera un arma.

«Podría preguntarte lo mismo.» Adam levanta un rodillo.

«He oído ruidos y estaba revisando.»

«¿Con un rodillo?»

«¿Vamos a hablar de tu paraguas?»

Ambos estallamos en carcajadas y bajamos las *"armas".*

Me explica que Jo y mi madre le permiten usar la cocina cuando está cerrada, para hacer pruebas y mejorar sus recetas. Si da con una buena, la incluyen en el menú.

«Quería disculparme por esta tarde», digo en voz baja.

«No tienes que hacerlo, Aria. No todos encontramos la paz de la misma forma. Solo quería ayudarte.»

Su sonrisa es sincera. Se le nota en los ojos.

«¿Qué estás cocinando?»

Me inclino sobre la olla que hierve.

«Sopa de almejas con chorizo y picatostes de ajo.»

Me ofrece el cucharón, pero se lo quito antes. Pruebo.

«Está… ¡buenísima!»

Repito.

Al final, ponemos la mesa ahí mismo y cenamos juntos.

«Eres el único que no me hace sentir… diferente», se me escapa.

«Todos somos diferentes, Aria.»

«No me refería a eso.»

Quizá no lo entiende, pero es verdad.

Es el único que nunca se ha parado ante mi aspecto, mi ropa demasiado ancha, el negro que tiñe cada parte de mi mundo.

No me mira como si estuviera rota.

«Solo importa cómo eres por dentro», dice.

Ojalá supiera quién soy, por dentro.

La noche vuela. Hablamos de sueños, de proyectos. Él cocina, yo dibujo.

Por primera vez me imagino realmente un futuro donde dibujo mis cómics, donde esa parte de mí sigue existiendo.

Me cuenta sobre su hermano, sobre su muerte.

Sobre la fractura que dejó.

«¿A veces te parece que aún están con nosotros?», le pregunto.

«Siempre», responde. «Aunque no podamos verlos, están ahí.»

«Ojalá tuviera tu fuerza.»

«La tienes. Solo que tienes que empezar a creerlo.»

Cuando salimos, me doy cuenta de que el móvil está muerto.

«¡Joder, son más de las once!»

«Podría tomármelo como un cumplido», bromea Adam mientras cierra la puerta.

Pero no me da tiempo a responderle: un chirrido de frenos rompe la calma de la calle.

La Jeep negra se detiene de golpe delante de nosotros. Mason baja como una furia.

«¿¡Se puede saber dónde coño te habías metido!?», grita, avanzando a grandes zancadas hacia nosotros.

«Solo hemos cenado al—»

«¡No te he preguntado una mierda!»

Mas le señala con un dedo, los ojos ardiendo.

«Sube. Te llevo a casa.»

«Puedo hacerlo yo», insiste Adam, pero Mason lo empotra contra la pared en un segundo.

«¡Mason! ¡Déjalo en paz!»

Intento tirarle del brazo, pero él es todo músculos y rabia. Un haz de tensión a punto de estallar.

«He. Dicho. Que. La. Llevo. Yo. A. Casa.»

Cada palabra es una bomba.

Sus ojos fijos en Adam, el tono amenazante.

«Tex. Sube. Ahora.»

No tengo otra opción. Para evitar que pierda completamente el control, hago lo que dice y subo al coche.

Nada más arrancar, el aire se enciende.

«¿Te das cuenta de que te hemos buscado por todas partes? ¡No estabas con Nina!»

Golpea el volante. El sonido estalla dentro del coche.

«¿Y tú cómo lo sabes?»

«¡Joder! No cambies de tema. ¡Tenías el puto móvil apagado!»

«Solo se había descargado. ¿Cuál es tu problema, Mason?»

Gira de golpe, el coche derrapa hacia un lado y los neumáticos chillan contra el asfalto.

Se me para el corazón.

«¡Estás loco!» grito.

Frena de golpe. Gira la cabeza hacia mí, las pupilas dilatadas. Respira como si llevara horas corriendo.

«¿Sabes por qué, Tex? ¡Porque entraste en mi jodida vida sin pedir permiso!»

Se lleva las manos a la cabeza, desesperado.

«Y yo… yo intento mantenerme alejado de ti, joder si lo intento… ¡pero no puedo! ¡No puedo, joder!»

Me muerdo el labio, nerviosa.

No quiero llorar.

No quiero temblar delante de él.

«No lo hagas», dice de repente.

«¿Qué?»

«No me provoques. Porque la próxima vez, te lo juro por todo lo que tengo… no sé si podré detenerme.»

.4.
Mason

Tres años antes

Esas labios apretados entre los dientes me sacan de quicio. Y lo peor es que ella ni se imagina el poder que tiene sobre mí.

Me explotó por dentro sin llamar, con esa sonrisa que guarda solo para unos pocos, con esos ojos que cuentan un mundo entero de dolor, sueños y heridas.

Y yo, cada vez que la miro, siento que la quiero. Que la quiero tanto que me duele.

Ahora está aquí, frente a mí. Y me muero por besarla otra vez, besarla hasta que deje de pensar, hasta que me suplique que pare.

Pero no puedo.

Porque podría destrozarla.

Y nunca me lo perdonaría.

«¿Por qué todo esto?», me pregunta, y con "todo esto" se refiere a nosotros. Algo que ni siquiera debería existir.

Ojalá yo también lo supiera, ojalá fuera fácil. Pero no lo es. Ella es como una puta droga que me corre letal por las venas.

«No lo sé», le respondo, con la voz rota. «Pero tienes que mantenerte lejos de mí, Tex.»

Una mentira. Una maldita mentira.

Porque soy yo el que no puede alejarse de ella. Yo, que la persigo como un condenado en un laberinto de espejos, donde dondequiera que mire solo la veo a ella.

«No puedes venir a mí, decirme que sabes lo que siento y luego soltarme en la cara que solo quedan tres semanas para que te vayas», susurra, con la voz quebrada, pero cargada de rabia y dolor.

Apoyo la cabeza en el asiento, cierro los ojos.

Esto es complicado, pienso.

Y lo digo.

Pero no basta.

No puede bastar.

¿No ve quién soy?

¿No ve todos mis demonios?

Yo no estoy hecho para quedarme. Estoy hecho para arder. Para romper.

Soy una llama descontrolada y ella...

Ella es lo más puro que he querido tener en las manos.

«¿Qué es complicado, eh? ¿Que soy la hermana de Jamal? ¿O que tú también te diviertes jugándote conmigo, como hacen todos? La loca. La chalada. ¿Así me ves?»

No. Joder, no.

Las lágrimas le surcan la cara y cuando se mueve para bajarse del coche, la paro. Le agarro la muñeca y la obligo a quedarse.

«Tex. Mírame», le digo, y ella lo hace.

«Nunca podría pensar eso de ti. Jamás.»

«Entonces, ¿por qué, Mas? ¿Por qué me confundes tanto?»

«Porque yo soy el primero que está jodidamente confundido. Y no tienes ni idea de cuánto me líes la cabeza cada maldito día.»

El móvil vibra. Jamal.

Contesto rápido: «Sí, está conmigo. Se le había descargado el móvil.»

Luego corto la llamada y arranco el coche.

No digo nada más. Ya se han dicho demasiadas palabras en este coche. Demasiadas caricias que no llegaron. Demasiadas cosas que no tendrían que haber pasado.

La llevo a casa. Y justo cuando apago el motor y estoy a punto de decirle algo, es ella la que se mueve.

Me agarra la muñeca.

Su toque es fuego líquido.

Me quema.

«Nunca podrás evitar lo inevitable», susurra.

Cierra la puerta del coche con fuerza y corre hacia dentro de la casa.

Golpeo el volante con el puño.

Fuerte.

Otra grieta. Otra maldita grieta en lo que intento desesperadamente mantener en pie.

Entonces aparece Jamal.

«Gracias, hermano», dice, inclinándose para hablarme por la ventana bajada.

«Estamos hablando de Tex», le respondo. «Sabes que haría cualquier cosa por ella.»

En cuanto salen esas palabras de mi boca, sé que acabo de cometer el mayor error de mi vida.

Jamal me mira.

Algo cambia en sus ojos.

«Tienes razón», dice. «Algo sí puedes hacer por ella. Hablamos mañana, en los entrenamientos.»

Y se va.

Y yo me quedo aquí.

Paralizado.

Con el corazón latiendo demasiado fuerte y la cabeza diciéndome que acabo de abrir la caja de Pandora.

A la mañana siguiente, Jamal y yo estamos en el campo antes que nadie. El cielo está cubierto de nubes bajas y una llovizna empieza a manchar el terreno. El otoño está avanzado.

Dentro de dos semanas jugaremos nuestro último partido en Austin.

Dentro de dos semanas nos vamos.

«Entonces, ¿qué querías decirme?», pregunto mientras empezamos a correr lado a lado.

Jamal guarda silencio unos pasos, luego:

«Nunca deberíamos habernos ido. No así. No dejándola sola.»

Su voz se quiebra con una culpa que me golpea directo en el estómago.

«No tenían otra opción», respondo, aunque no me lo creo del todo. «Tex acaba de empezar el año en Hill... y no ha pasado nada.»

Pero es mentira. Una maldita mentira.

La encontré en medio del caos, en una casa rota, con heridas que no se ven. Y me atormenta.

«Tengo miedo por ella, Mas», sigue. «No sale con nadie, salvo alguna vez con Nina... No para de esconderse bajo esa ropa enorme, cada día más oscura. Y yo ya no sé qué más hacer.»

Sé a qué se refiere. Tex empezó a apagarse el día que murió su padre.

Al principio era un dolor normal. Humano.

Pero luego ese dolor se le pegó al cuerpo como una segunda piel. Y desde entonces, no se ha ido.

«¿Y yo… qué pinto en todo esto?», le pregunto mientras arrancamos con la primera vuelta de calentamiento.

«Eres el único al que realmente escucharía», dice con total seguridad.

Esbozo una sonrisa amarga.

Si supiera… Si supiera que soy la última persona que debería estar cerca de ella.

«De verdad que no sé cómo ayudarte, hermano», digo, aunque por dentro algo se me revuelve.

«No te estoy pidiendo que la saques a bailar», replica con un tono más seco. «Solo… pasa tiempo con ella. Hazla reír, sácala de ese puto agujero negro. Dame esa tranquilidad antes de que me vaya.»

Me lanza el balón, como si yo pudiera salvarla.

Yo.

El que ni siquiera puede salvarse a sí mismo.

«Jamal, yo no soy de los que dan consejos. No estoy hecho para esto. ¿Se te ha olvidado quién eres?», le lanzo una mirada, y sé que ha entendido exactamente a qué me refiero.

Pero no se rinde.

«Solo inténtalo. Si no funciona… no te lo volveré a pedir.»

El entrenador entra en el campo y dejamos el tema.

Entrenamos durante dos horas. Y cuando salimos de las duchas, nos dirigimos hacia el edificio.

«¿Qué tal lo llevas con el tema de Bev?», me pregunta Neil, apareciendo de la nada.

«La veré más tarde», corto la conversación y acelero el paso.

Cuando me acerco a la entrada, noto al instante que algo va mal.

Grupos de chicos y chicas murmurando, con las caras tensas.

Y entonces lo veo.

La pared.

Y esa frase, en negro:

"No te queremos, loca. Vete."

«¡¿Quién coño ha sido?!», grita Jamal con una rabia que corta el aire, abriéndose paso entre la gente.

«¡¿Eh?! ¡¿Quién coño ha sido?!», repite.

Me pongo a su lado, le coloco una mano en el hombro.

«Quien haya sido… lo va a pagar caro.»

Miro a los chicos del equipo.

«Quiero nombres. Hablad con quien haga falta, haced hablar hasta las putas paredes, pero esta noche quiero saber quién ha sido.»

Todos se dispersan enseguida.

Cada uno sabe perfectamente lo que tiene que hacer.

Jamal es un volcán a punto de estallar.

«Tengo que encontrarla…», murmura, pasándose las manos por el pelo.

«Déjamelo a mí», lo paro. «Tú tienes que hablar con el director sobre Boston.»

Voy hacia mi Jeep. Nina viene detrás.

«Será mejor que vuelvas con tus amigas», le suelto sin mirarla.

«¡No seas capullo, Mas!», estalla.

Me giro, la agarro por los brazos.

«Dejaste que se rieran de ella. Solo porque tienes miedo de que esas zorras te den la patada. ¿Qué clase de amiga eres, eh?»

No responde.

La miro, con una sensación de asco que me aprieta el estómago.

Y luego me largo.

Solo tengo que encontrarla.

Y sé exactamente dónde ir.

El camino hacia el lago Travis está en silencio, rodeado de árboles altos y ramas mojadas.

En la primera curva, lo veo: el lago se abre frente a mí, quieto, callado.

Y allí está ella.

Sentada en la orilla, con las rodillas pegadas al pecho y su vieja bici a un lado.

Parece una niña perdida.

Me acerco, recojo una piedrecita y la lanzo al agua.

«Sabía que te encontraría aquí.»

«Vete, Mas. No estoy de humor.»

Aspira por la nariz. Tiene las manos cerradas en puños.

Odio verla así.

Me siento a su lado. La lluvia ligera nos empapa con calma.

«No puedes dejar que te traten así», digo con voz baja.

«¿Ah, no? ¿Y qué se supone que tengo que hacer, eh?», suelta una risa hueca.

Un sonido vacío. Sin alma.

«Recuerda quién eras, Tex. Cuando todavía amabas la vida que tenías.»

Me mira. Esta vez de verdad.

«Esta soy yo, Mas. Mírame.»

Y lo hago.

La miro de verdad.

Veo su piel color avellana, esos ojos profundos que desafían la luz gris del cielo, esa boca en forma de corazón que me obsesiona cada noche.

Toda mi rabia se disuelve en ese instante.

Todo mi autocontrol se viene abajo.

«Te miro más de lo que debería admitir, Tex.»

Mi mano se alza y le roza la mejilla.

Ella cierra los ojos, como si rezara para que no me detuviera.

Y no lo hago.

No puedo.

«Joder», susurro, y la beso.

Con urgencia.

Con necesidad.

Con una desesperación que me consume cada maldito día.

Mi lengua acaricia su labio inferior, le pide permiso sin palabras.

Y ella me lo da.

Se abre a mí, dulce y salvaje a la vez.

Exploro su boca, cada rincón, cada secreto.

Me vuelvo adicción, veneno, deseo puro.

Nuestras manos se buscan, se aferran.

Las respiraciones se mezclan.

El mundo desaparece.

Y por primera vez en meses, me siento vivo.

Nos corrompemos los pensamientos.

Como si juntos fuéramos lo peor que puede pasarle el uno al otro.

Lo siento, ese lado oscuro suyo que reta al mío en un juego sin reglas.

Nosotros.

«¿Y ahora qué?», me pregunta, con la frente pegada a la mía.

«No lo sé, Tex… Pero hay algo que debes saber.

No voy a poder prometerte nada.

Nunca podré ser tu novio. ¿Lo entiendes?»

Su mirada se rompe. El miedo se asoma en sus ojos.

«¿Por qué?»

Dudo un instante. Y entonces le contesto.

«Porque no sé ser distinto a lo que ves. No he vuelto a querer a nadie. Y no quiero volver a sentir algo así.»

«¿Te refieres a…?»

«No la nombres, Tex. No lo estropees todo desde ya», la detengo, entrelazando mis dedos con los suyos.

Ese nombre todavía me corta por dentro. Como cristal metido en la carne.

Y no puedo permitir que ella se convierta en otra herida.

Nos quedamos en silencio.

Solo la lluvia nos hace compañía, golpeando el espejo quieto del lago.

No sé qué cojones estoy haciendo.

Si estoy cumpliendo una promesa hecha a Jamal o si solo estoy buscando una excusa para estar cerca de ella.

Solo sé que, ahora mismo, no hay otro sitio en el mundo donde quiera estar que no sea a su lado.

*****

Dos días después.

Han bastado cuarenta y ocho horas sin saber nada de Tex para darme cuenta de que me estoy volviendo loco.

Le he escrito.

«Esta noche, el lago. De siempre.»

Cuando llego, ya está allí, sentada con su bloc de dibujo sobre las rodillas.

El sol le acaricia el pelo, el viento le despeina los rizos, y los dedos se mueven rápido, manchados de carboncillo.

Es una visión que me deja sin aire.

«Un día tendrás que dejarme leerlo», digo.

Ella se sobresalta apenas, luego cierra el bloc de golpe.

Tiene los dedos tan manchados que hasta lleva una mancha negra en la mejilla.

«Ni lo sueñes», contesta, pero sonríe.

Una sonrisa que no veía desde hacía demasiado.

«No me digas nunca lo que puedo o no puedo hacer, Tex», le respondo, sentándome detrás de ella y atrayéndola contra mi pecho.

«¿Me estás amenazando, Casey?»

Su voz es un susurro cargado de complicidad.

«Puede ser», murmuro, besándole la cabeza despacio.

Me encanta cómo su cuerpo encaja perfectamente con el mío.

Somos dos mitades rotas, pegadas por la misma rabia, el mismo dolor.

«¿Y tu abuela, cómo está?»

«Deseando volver a Wako.»

La señora Candice. Una roca de las de antes.

Me viene a la cabeza aquel verano, cuando los Swan me llevaron con ellos.

Jamal y yo persiguiendo gansos por el patio, construyendo sueños de béisbol en el granero.

«¿Qué le has dicho a Jamal?», me pregunta al cabo de un rato.

Me tenso un poco.

«Que tenía cosas que hacer», corto.

No puedo decirle que su hermano me pidió que estuviera cerca de ella.

Lo malinterpretaría. O peor: lo usaría para alejarme.

Mis dedos juegan con la cremallera de su sudadera, hasta que se la desabrocho.

Intento deslizarle la prenda por los hombros, pero ella la agarra con fuerza.

«No va a pasar nada, Tex. Confía en mí», le digo.

Siento su cuerpo relajarse apenas.

Entonces sigo.

La tela cae, y sus cicatrices se muestran ante mí.

Las acaricio con cuidado, una a una.

Son profundas. Irregulares.

Dolor tatuado en la piel.

«No quiero que te hagas daño», le susurro.

La sangre me hierve.

Quiero proteger cada centímetro de ella, pero no sé si puedo.

«Yo tampoco quiero hacerlo», admite, bajito.

«Entonces déjame ayudarte. Déjamelo intentar, Tex.»

Si le pasara algo, yo...

Yo no me lo perdonaría jamás.

«Pronto te irás, Mas», murmura.

Y tiene razón.

Dos semanas.

Luego, Boston.

Otra ciudad.

Otro mundo.

«Podemos hablarnos. Videollamadas, mensajes, cartas…», intento.

Pero sé que es una mentira. Una que nos decimos los dos.

«Dijiste que no podías hacerme promesas.»

«Y no lo haré», respondo.

Inclina la cabeza, sus ojos en los míos.

El tiempo se detiene.

La beso.

Y me pierdo.

Me drogo con su sabor como si fuera lo único que pudiera mantenerme en pie.

Día a día.

Me lo repito como un mantra. Una ilusión. Un ancla.

«El viernes es la fiesta de apertura de temporada», digo, con el pulgar acariciándole los labios húmedos.

«¿Pensabas ir con Nina?»

«¿Con Nina, eh?»

Hay amargura en su voz.

«Sabes que no podemos dejarnos ver juntos…»

Ella se pone de pie de golpe, se sacude los pantalones.

Se cierra como una concha en un segundo.

«¿No podéis o no quieres? Porque son dos cosas muy distintas, Mason.»

La alcanzo, le agarro el brazo y la acerco a mí.

«No puedo, Tex. Porque no soy bueno para ti. ¿Cuándo vas a entenderlo?»

«¿Entonces qué sentido tiene todo esto?!», estalla, con los brazos abiertos hacia el cielo gris.

¿La verdad?

No lo tiene.

Pero soy demasiado cobarde para admitirlo.

«¿No podemos simplemente disfrutar de estas semanas, sin pensar en nada?», le suplico.

Ella no contesta.

Solo se sube a su bici.

Me lanza una última mirada.

Y se va.

No la sigo.

Nunca lo hago.

Aunque con ella ya he cruzado líneas que ni siquiera creía poder ver.

Pero en el fondo lo sé.

Tex y yo somos polos opuestos en un mapa que jamás va a encajar.

Sol y Luna.

Destinados a rozarse solo por un instante.

Durante la ilusión de un atardecer.

.5.
Aria

Tres años antes

¿Qué tan estúpida puedo llegar a ser?

De verdad pensé que Mas me llevaría con él, como ha hecho siempre con todas las demás.

Que me mostraría al mundo. Que, por una maldita vez, sería yo la elegida.

Solo me basta un vistazo al espejo para volver a la realidad.

Eso no va a pasar.

Sigo lanzando ropa sobre la cama, una prenda tras otra.

Están todas ahí, como fantasmas de otra vida, de cuando aún intentaba parecer "normal".

De cuando mi vida todavía era mía.

La puerta se abre y mi madre entra.

Se sienta en el único rincón libre del colchón y me observa en silencio.

«¿Necesitas ayuda?» pregunta con dulzura.

«El viernes es la fiesta de apertura del campeonato», explico, intentando no sonar ridícula.

Sí, estoy rebuscando como una loca algo que ponerme.

Pero la verdad es que ni siquiera sé si debería ir.

Mas no se va a acercar a mí ni de broma.

Entonces, ¿por qué lo estoy haciendo?

«Bueno, aunque tus sudaderas te sientan de maravilla, cielo…», sonríe, con esa ternura suya que intenta no hacerme sentir fuera de lugar, «…creo que por una vez podrías probar con otra cosa.»

«El problema es que… con nada de lo que tengo me siento yo.»

Vuelve a sonreír y se levanta.

«Hace mucho que no vamos de compras tú y yo.»

Coge las llaves de su Toyota y me hace un gesto para que la siga.

Abajo, la abuela Candice está sentada en su sillón bordando algo que acabará en uno de sus famosos cajones de los recuerdos.

«Volvemos enseguida», le dice mamá, antes de tirar suavemente de mí hacia la puerta.

«¿Podemos pasar también por casa de Nina, ¿qué te parece?»

Asiento. Aunque ni siquiera sé por qué.

Últimamente, Nina y yo somos como dos satélites que se rozan por casualidad, pero que ya orbitan en planetas distintos.

Nos evitamos sin decirlo, sin declarar ninguna guerra. Solo… eso: evitamos.

Y después de lo del muro en la Hill, algo se ha roto.

Lo siento.

Y estoy casi segura de que detrás están Mas y Jamal.

Aunque no tengo pruebas.

Mi madre aparca delante de casa de los Banks.

La madre de Nina nos invita a entrar, pero mamá le explica que vamos al centro y quería saber si Nina quería unirse.

Pero no está sola.

En el porche está Beverly Clark.

Y en ese preciso instante, solo quiero desaparecer.

¿Qué coño hace esa víbora en casa de Nina?

«Mamá…», intento detenerla, pero ya es tarde.

Nina duda.

Bev, por supuesto, acepta.

Jamás perdería la oportunidad de colarse en mi día como un virus.

«Buenas tardes, señora Swan, soy Beverly Clark», se presenta con ese tono empalagoso de niña perfecta de al lado.

Me dan ganas de vomitar.

Mamá, claro, no sabe nada.

No sabe que la chica sentada con nosotras en el coche es la misma que cada día me humilla con una sonrisa en los labios.

«Encantada, Beverly. ¿Tú también vas al colegio con Aria, ¿verdad?»

«Por desgracia», murmuro entre dientes.

El coche avanza, y con él, el maldito silencio incómodo.

«¿Y entonces, ¿qué vais a poneros para el viernes?», pregunta mamá, rompiendo el hielo con su típica amabilidad.

Miro por el retrovisor.

Nina está tensa. Incómoda. Culpable.

«Mi madre me ha comprado un vestido en Bloomsday», dice Beverly.

Por supuesto.

Una de las tiendas más caras de la ciudad.

Donde no entras si no tienes una tarjeta de crédito con más ceros que sentido común.

Claro, Bev. Enséñate.

«¿Y tú, Aria? ¿Dónde te gustaría mirar algo?»

La voz de la víbora está cargada de falsa curiosidad.

«No lo sé, la verdad.»

Respondo intentando no fulminarla con la mirada.

Porque no, no quiero un vestido de alfombra roja.

No quiero un corsé ni unos tacones de doce centímetros.

Solo quiero algo que me haga sentir yo otra vez.

Aunque ya no sé muy bien quién soy.

«Por cierto, ¿con quién vas a ir?»

La voz de Beverly me da una bofetada directa en la cara.

Mamá aparca frente al BMark.

La cara de Bev es un poema: sorpresa, casi escándalo.

Creo que nunca ha puesto un pie en un sitio donde no haya una dependienta exclusiva para ella.

Entramos y voy directa a la sección deportiva, es el único lugar donde aún puedo respirar.

Nina me sigue, con la mirada baja.

«Perdón por lo de Beverly», susurra.

«Sinceramente, no pensé que fuera tu estilo», respondo seca.

Rebusco entre los percheros para no tener que mirarla.

No entiendo qué ve en alguien como Bev, venenosa y falsa de pies a cabeza.

«Solo ha pasado un momento», se justifica.

Me limito a asentir.

Quizá quiero creerla.

O quizá ya no me queda energía para discutir.

«¿Estás segura de que aquí vas a encontrar algo?»

Mi madre examina la ropa conmigo.

Saco unos pantalones cortos negros con bandas doradas y botones en el lateral.

No están nada mal. De hecho, son perfectos.

«¿Te hacen falta para salir a correr?», suelta Beverly por detrás.

La muy perra sabe siempre cuándo atacar —y cómo hacerlo sin que los adultos se enteren.

La ignoro. Estoy cansada hasta de su veneno.

«Entonces», sigue con falsa inocencia, «¿nos vas a ocultar con quién vas a ir?»

Me giro apenas.

Mamá está revisando un expositor no muy lejos.

«No tengo ningún secreto…»

«Irá con Adam, un amigo suyo», se mete Nina.

Me vuelvo de golpe.

¿Adam?

¿Pero qué coño le pasa?

«No todas pueden permitirse ir acompañadas de un jugador del equipo», suelta Bev con su clásica sonrisa de serpiente.

Y ahí lo entiendo todo.

Solo hay un nombre que me viene a la cabeza cuando pienso en un jugador de la Hill que podría acompañarla.

Mason Casey.

«Tú y Casey haréis una pareja preciosa», digo, con el sarcasmo colándome en la voz.

Ahora todo tiene sentido. Ahora sé por qué se suponía que debía ir con Nina.

Sigo buscando.

Revuelvo entre los percheros como si, además de la prenda adecuada, pudiera encontrar también un poco de equilibrio.

Quiero ir.

Ahora más que nunca.

Necesito respuestas.

Necesito a él.

*****

El viernes por la noche llega como una tormenta de verano: repentina, cargada de tensión, nerviosa.

Estoy en mi habitación, vestida pero incapaz de salir.

El móvil suena: Jamal.

«¿Piensas dejarme entrar en algún momento?» protesta desde la puerta.

Miro mi reflejo en el espejo.

El resultado es justo lo que quería, y sin embargo…

Sin embargo, no consigo verme.

«Nos vemos allí, deja de dar la lata y déjame en paz», grito, intentando sonar más fuerte que mis propias inseguridades.

Respiro hondo.

Reviso cada detalle.

Los pantalones cortos son eso, cortos. Demasiado para alguien como yo.

La camiseta oversize con una pelota de béisbol dorada cae suelta, y sus franjas hacen juego con los detalles de los shorts.

Medias de rejilla. Botas militares.

Mi forma de decir: estoy aquí, y que le den a todo.

Nada de maquillaje, solo mi cacao de coco de siempre.

Pelo recogido en lo alto, sin dejarme la excusa de esconderme detrás de un mechón.

«¡Tex, Adam está aquí!», grita mamá desde abajo.

«Vamos allá», susurro.

Cojo mi cazadora de cuero —más una armadura emocional que física— y bajo.

Adam está allí.

Vaqueros negros. Camisa blanca.

Me sonríe. Y por un segundo, solo uno, me siento casi normal.

Mamá me mira y no dice nada.

Le estoy agradecida por eso. Sé que le habría encantado verme con un vestido, con algo de pintalabios, como las demás.

Pero yo no soy como las demás.

Soy un desastre buscando dirección.

«¿Nos vamos?»

Lo digo antes de echarme atrás.

Adam me abre la puerta y subo a su Camaro.

En cuanto me siento, una presión me aprieta el pecho.

La ansiedad está ahí, viva, feroz.

El corazón me golpea en el pecho como si quisiera salir.

«Va a ir bien», intenta tranquilizarme, pero sus palabras me llegan amortiguadas.

Y entonces, todo explota dentro de mí.

«Para el coche», susurro, con la mano en el pecho, como si así pudiera calmar ese ritmo desbocado.

«¡Para el coche!»

Esta vez grito.

Adam frena de golpe, las ruedas chirrían apenas contra el asfalto mojado.

Abro la puerta y salgo corriendo. El aire frío me golpea de lleno mientras apoyo las manos en la cintura y solo intento hacer una cosa: recordar cómo se respira.

El corazón me late a mil. Los pensamientos giran como un huracán.

«¿Qué te pasa?» pregunta Adam, en voz baja, como si intentara entrar en mi caos sin hacer ruido.

«¡Mírame! Estoy ridícula», digo señalando lo que llevo puesto con un gesto frustrado. Me tiembla la voz.

«No es verdad. Estás siendo tú misma, Aria», responde, y sé que solo quiere tranquilizarme. Pero no basta. Porque esa chica que dice ver, yo ya no sé quién es.

Es como si me escondiera bajo capas que no me pertenecen.

Una versión de mí que me pongo a la fuerza para tapar el vacío que tengo dentro.

Como si me protegiera.

Pero nunca lo hace.

Adam da un paso hacia mí, me mira a los ojos y me levanta el mentón con dos dedos.

«¿Así es como querías vestirte?»

«S-sí», balbuceo, porque es verdad.

Hace mucho que no sentía esta emoción al arreglarme para alguien.

Para él.

Para Mas.

«Entonces ya está. Estás perfecta así. Vamos a la fiesta, damos una vuelta, y si quieres irte, te llevo a casa. Te lo prometo.»

Asiento sin decir nada. Solo vuelvo a meterme en el coche.

Adam arranca y esta vez, aunque el corazón me sigue latiendo en las orejas, intento mirar al frente.

Respiro lento.

Un cuarto de hora después, entramos en los aparcamientos de la Hill, encontramos un sitio libre y aparcamos.

Chicos y chicas del instituto salen de sus coches con vestidos brillantes, tacones imposibles, risas ligeras que parecen de otro mundo.

En cuanto bajo del coche, no sé si me encojo por el frío o por la tensión.

Mientras caminamos hacia la entrada, siento las miradas clavarse en mí.

Como cuchillas que cortan sin dejar marcas, pero que queman más que las heridas de verdad.

Debería estar acostumbrada, pero nunca deja de doler.

Adam, como si lo notara, me tiende la mano.

La agarro enseguida.

Un ancla en medio del caos.

Atravesamos las puertas de la Hill y, por un momento, me siento parte de algo.

El gimnasio, donde será la fiesta, está al otro extremo.

Adam finge interés por los cursos que hago durante el camino, le enseño las aulas y, en el fondo, me siento mal por no decirle la verdad:

que lo he traído solo para ver la reacción de Mason Casey.

Dicho así suena patético, lo sé.

Pero necesito saber.

Necesito algo que me diga hacia dónde va todo esto, porque sé que, con él, al final, me voy a perder.

Y, aun así, el deseo de conocer su mundo —de conocerle a él— es más fuerte que todas las alarmas que suenan en mi cabeza.

A medida que nos acercamos al gimnasio, la música retumba cada vez más fuerte, la gente se amontona, y me siento menos expuesta.

Nos mezclamos entre los demás, y poco después Adam se acerca a la mesa del fondo a por bebidas. Lo recaudado se donará al equipo.

«Apuesto a que este ponche va cargado», comenta Adam, llevándoselo a la boca.

«Tal y como pensaba.»

Me pasa el mío. Lo huelo y el alcohol me golpea la nariz.

«Si nunca has bebido, ve con calma», me advierte. Asiento y doy un sorbo.

«¿Cómo sabías que estaba cargado?»

«Simple experiencia de instituto», responde con una sonrisa que le dibuja la cara.

«Imagino que te debo una por esta noche.»

«Imaginas bien, Aria», dice, mirando a su alrededor mientras la pista empieza a llenarse.

Me asomo un poco entre la gente, buscando a Jamal.

Aunque en realidad, estoy buscando a Mas.

Y entonces lo veo.

De pie junto al puesto de merch del equipo, con una camiseta blanca que resalta sus músculos y ese mechón rebelde cayéndole sobre la frente.

Como si hubiera sentido el peso de mi mirada, se gira.

Nuestros ojos chocan.

Con tanta fuerza que duele.

Siento su mirada recorrerme: por mis piernas desnudas, por el cuello descubierto, ese lugar exacto donde me besó el otro día…

Me muerdo el labio inferior, incómoda, y lo veo esbozar una sonrisa apenas perceptible al ver ese gesto mío.

Estoy a punto de devolvérsela... pero entonces me doy cuenta de que no está solo.

A su lado está Beverly, bien agarrada a su brazo como si fuera un maldito trofeo.

El corazón se me para un segundo.

Los celos, punzantes y traicioneros, me arañan por dentro.

«Necesito otro ponche», le digo a Adam, girándome bruscamente hacia la barra.

¿Qué coño hace con ella?

Aunque, tal vez la pregunta correcta sea: ¿qué hay realmente entre ellos?

No puedo quitarme de la cabeza la imagen de aquella puerta cerrándose tras ellos, aquella noche, en la habitación de Bev.

¿De verdad le puede gustar alguien como ella?

«Ve con calma, Aria», me avisa Adam, pero ya me he bebido medio vaso.

El alcohol me calienta el estómago, difumina las emociones y convierte los pensamientos en algo menos afilado.

«Aquí estáis», suelta Jamal, apareciendo de la nada. A su lado, Lily Bret. Su ex.

Parece que me he perdido un capítulo.

«Hola», saludo apenas a Lily, ignorando deliberadamente a Mas y a su acompañante.

Aunque puedo sentir el calor que él emite, el roce de su brazo contra el mío, como si intentara decirme que sigue ahí.

Que no me ha olvidado.

«¿No ibas a venir con Nina?», me susurra Mason al oído mientras se estira para coger un vaso.

Giro apenas la cabeza y finjo buscar un pañuelo en mi bolso.

«No sabía que tú también vendrías acompañado», murmuro.

Su sonrisa se ensancha ligeramente, esa medio mueca que siempre deja cosas sin decir.

Y entonces aparece ella.

«Muy bonito tu…», dice Beverly, mirándome de arriba abajo como si yo fuera un error de decoración.

Y algo dentro de mí se rompe.

Tal vez es la rabia.

Tal vez es el alcohol.

Tal vez simplemente estoy harta.

«Estaba a punto de decirte lo mismo del tuyo, antes de que se manchara», le suelto, y empujo el vaso con demasiada torpeza.

El ponche se le derrama encima, tiñendo su carísimo vestido turquesa de quinientos dólares.

«¡Lo has hecho a propósito! ¡Maldita loca psicópata! ¡Mira mi vestido…!»

«Mira, si lo hubieras comprado en el BMark, al menos no te habrías cabreado tanto», respondo, y estallo en una carcajada que ni recordaba que tenía.

Una risa de verdad.

«Esto no se queda así, Swan», escupe, y sale corriendo hacia el baño arrastrando a Lily con ella.

«Tex, ¿se te ha ido la cabeza o qué?», suelta Mas, mientras Jamal intenta no reírse.

«Ya era hora de que se hiciera respetar, hermano», le dice Jamal a él.

«Sí, pero sabes que ahora esa bruja no va a dejarla en paz», responde Mas, con la mirada clavada en mí.

«Ya sabré defenderme. Y tú, ¿por qué sigues aquí y no estás con ella asegurándote de que está bien?», le lanzo, y le cojo la mano a Adam.

Solo quiero salir de ahí. Ya.

Nos encontramos en el jardín exterior, justo más allá de las puertas de emergencia.

«Te gusta de verdad ese Mason Casey», dice Adam, con las manos en los bolsillos y los ojos buscándome.

«Yo… Adam, lo siento, no…»

«Aria, tranquila. Somos amigos. Y los amigos se ayudan», sonríe, y yo no sé ni qué contestar.

«Pero voy a tener que echarte la bronca», añade, ladeando la cabeza.

«¿Por qué?»

«Por no jugar tus cartas al cien por cien. Venga, vamos a enseñarle a tu amigo lo que se está perdiendo», dice, tendiéndome la mano.

Dudo.

Luego la agarro.

«Luego me lo agradecerás», casi grita para hacerse oír entre los graves de la música.

Volvemos dentro, llegamos al centro de la pista.

«No, no puedo», digo enseguida al entender qué quiere hacer.

«Claro que puedes, Aria. Es solo un baile. Sigue el ritmo. Confía en mí.»

Me atrae hacia él. Nuestros cuerpos se rozan.

Empezamos a movernos. Lento. Coordinados.

«Lo haces genial», me susurra al oído.

Cierro los ojos y dejo que la música me lleve.

Bailo. Por fin.

«Alguien te está mirando», murmura.

Ya sé quién es. Lo siento.

Adam me coge de las manos y da un giro rápido: mi espalda acaba contra su pecho.

Nos movemos como si fuéramos uno solo.

«Sigue así», me anima.

Lo veo. Mas.

Frente a mí.

Bev se le restriega como una serpiente, los brazos alrededor de su cuello.

Pero él solo me mira a mí.

Nuestras miradas chocan.

Se buscan.

Se consumen en un deseo que no sé explicar.

Un deseo que me atraviesa y lo quema todo.

Todo lo que era.

Todo lo que temo.

Y yo quiero lanzarme.

En esa oscuridad.

Con él.

Con Mas.

Me sonríe.

Esa maldita sonrisa chula se le pega a los labios carnosos, mientras su mano baja lenta por la espalda de Beverly, y mi

respiración se acelera, fuera de control, como si cada movimiento suyo estuviera pensado para volverme loca.

Le sostengo la mirada.

Le devuelvo la provocación: estiro los brazos hacia atrás, le rodeo el cuello a Adam, me acerco más, me pego a su cuerpo, siento su calor contra mi piel.

Mas lo ve.

Mas lo nota.

Y entonces lo hace.

El cabrón.

Su mano aprieta el culo de Beverly con fuerza, lo hace con una intención tan descarada que se me corta el aire.

La atrae con violencia, la hebilla de su cinturón chocando con su vientre.

Y cuando creo que ya no puede ser peor, me equivoco.

Le agarra la nuca con la otra mano y le aplasta la boca con la suya.

Lo veo.

Veo su lengua hundirse en su boca.

Lo veo todo.

Y siento cómo el corazón se me parte en mil pedazos, cayendo al suelo, pisoteado por unos celos que me queman viva.

«Perdona», murmuro a Adam, la voz rota, y sin esperar respuesta, me doy la vuelta y salgo de la pista intentando no llamar la atención.

Camino rápido por el pasillo, me meto en el baño de chicas y me encierro en el primer cubículo libre.

Respiro como puedo, los ojos me escuecen, pero no voy a llorar.

No por él.

No por Mason Casey.

Aprieto los puños, los apoyo sobre los muslos.

Respiro.

Inspira.

Espira.

Inspira.

¿Pero qué coño esperaba?

¿Qué atravesara la multitud, que viniera a por mí, que me agarrara y me sacara de allí como en una película?

Una parte de mí lo ha esperado.

Lo ha deseado con todas sus fuerzas.

Pero Mas no es ese tipo de chico.

Mas no es nadie, salvo su propio caos.

Oigo cómo se abre la puerta y entran unas voces femeninas al baño.

Contengo la respiración, decido quedarme dentro.

En silencio.

Escuchando.

«Esta vez vas a tener que decidir de qué lado estás, Banks.»

Es la voz de una de las chicas del grupo de Beverly.

Fría.

Llena de veneno.

«¿Qué quieres decir?»

Reconozco la voz de Nina.

Tensa.

Confusa.

«Después de lo que le ha hecho Swan a Beverly, no pensarás seguir siendo su amiga, ¿verdad? Porque ya sabes lo que pasa si lo haces.»

Una risa afilada le sigue. Y después, la puerta que se cierra de golpe.

Silencio.

Salgo del cubículo.

Y ahí está.

Nina.

Quieta.

Pálida.

«Tex…», susurra.

Pero no quiero escucharla.

No quiero sus explicaciones.

Ya las he escuchado todas… dentro de mí.

«Está bien. Al final, es mejor ser amiga de una zorra que de una pringada como yo», le escupo las palabras y paso por su lado sin

mirarla una sola vez.

Nunca debería haber venido esta noche.

Meto la mano en el bolso, saco el móvil para escribirle a Adam y decirle que lo espero en el coche.

Necesito irme.

Ya.

Lo antes posible.

Pero justo cuando estoy escribiendo el mensaje, una mano me agarra por la muñeca y me arrastra con fuerza.

Antes de que pueda resistirme, mi espalda choca con la puerta del aula de música.

«Mas…», susurro, y en la penumbra reconozco sus ojos.

Dos llamas negras que me arden por dentro.

«No puedes provocarme así, Tex», gruñe mi nombre entre dientes, como si fuera una herida que no consigue cerrar.

«¿Y por qué no?» le contesto, desafiándolo, sabiendo que lo estoy empujando al borde de sí mismo.

«Porque solo acabarías haciéndote daño», su voz me rasga por dentro, pero suena más a promesa que a amenaza.

«Tú no me harías daño, Mas», mis manos tiemblan al posarse sobre su pecho.

Lo siento.

Su corazón late incluso más fuerte que el mío.

Él es una tormenta a punto de estallar.

«No tienes ni idea de lo que soy capaz, Tex», murmura, sujetándome de las muñecas y apartándome.

Su toque es firme.

Pero sus manos también tiemblan.

«Yo… yo ya no sé qué pensar», susurro. «¿Qué quieres de mí, Mas?»

Él sonríe.

Pero no es una sonrisa real.

Es algo roto. Hueco.

Una grieta en medio de todo lo que ha dejado de sentir.

«Todo y nada, Tex. Todo lo que deseo cada puta noche mientras estoy solo en mi habitación pensando en ti sin parar…Y nada de lo

que jamás podré darte.»

Y con esas palabras que se me clavan entre el corazón y la cabeza, que me retumban como un trueno dentro del pecho…

Se gira y se va.

Me deja ahí.

A oscuras.

Con sus demonios.

Con los míos.

Con todo lo que nunca será suficiente.

.6.
Mason

Tres años antes

Después de lo que ha pasado con Tex, no aguanto más. Tengo que irme.

Vuelvo al gimnasio y busco a Beverly.

«Me voy», le suelto mientras parlotea con sus amigas.

Ella me agarra del brazo antes de anunciar:

«Lo siento, chicas, parece que tenemos otros planes», guiña un ojo y las deja ahí, sonriendo.

«¿Era necesario montar el numerito?», le pregunto en cuanto bajamos las escaleras de la Hill.

«Claro. No querrás que crean que me estás dejando plantada.»

Tiene esa forma tan excéntrica y vacía de decir las cosas que me dan ganas de vomitar.

Pulso el mando a distancia de la Jeep y desbloqueo las puertas. Ella se queda quieta frente a la del copiloto, esperando que se la abra.

«¿Por qué no usas tus manitas también para eso? Aunque todos sabemos cuál es tu especialidad…», la humillo y me meto en el coche.

En cuanto se sienta, no pierde el tiempo:

«No deberías hablarme así.»

Me río en su cara mientras arranco y salgo derrapando del aparcamiento del instituto.

«Se me está acabando la paciencia, Bev», le advierto.

«Quedamos en que te acompañaría a esta fiesta como tú querías y, al final de la noche, me darías lo que es mío.»

«Empiezo a preguntarme por qué es tan importante», dice, mirándose las uñas como si su vida dependiera de ellas.

«Estoy harto de tus malditos jueguecitos», le suelto, girando por el barrio donde vive.

Freno delante de su reluciente mansión, esperando que cumpla con su parte.

«Me queda un último deseo por cumplir», dice como si todo fuera una broma.

«Una última noche de sexo salvaje con Mason Casey.»

El estómago se me revuelve de asco solo de pensarlo.

«Ni lo sueñes», respondo sin pensarlo.

«No creo que estés en posición de decidir, Matrix», pronuncia mi apodo con ese tonito que me da náuseas.

«Al fin y al cabo es solo una noche. También tú ganarías.»

Abro y cierro los puños alrededor del volante varias veces, intentando pensar qué coño hacer.

«¿Quieres que te folle? Vale. Pues quítate la ropa», casi le ordeno mientras me quito la camiseta.

«No aquí. Ni ahora. Ya te avisaré yo. Y esa misma noche tendrás lo que quieres.»

Se acerca, me da un beso en la mejilla antes de que pueda apartarme, y luego se baja del coche, contoneándose hasta el porche.

«¡Mierda!», maldigo en voz baja.

Todavía no entiendo cómo coño hemos acabado todos en su trampa.

Pero no puedo hacer nada, salvo esperar el momento perfecto para destruirla.

Pongo la marcha atrás y salgo de allí, pero acabo conduciendo hasta casa de Tex.

Me detengo en la parte trasera, donde su ventana da al patio.

La luz está apagada.

Me pregunto si estará en casa o si…

La idea de que esté con ese capullo empieza a carcomerme el cerebro.

Sus manos sobre su cuerpo han sido como un puñetazo en el estómago que no supe esquivar.

He sentido una rabia que me hacía arder las manos, y lo único que deseaba era reventarle la cara.

Estoy a punto de irme cuando veo un leve resplandor en su ventana.

Así que me bajo y trepo por el árbol justo enfrente.

Una vez delante del cristal, saco unos guijarros del bolsillo —los había cogido del jardín— y los lanzo suave contra el vidrio.

La veo incorporarse un poco en la cama, luego gira la cabeza hacia donde estoy.

En sus ojos hay sorpresa. Y algo más. Duda.

Se queda ahí, mirándome, un par de minutos.

Yo espero.

Finalmente se levanta. Se acerca.

Solo lleva puesta una camiseta larga de los Yankees que le llega hasta mitad del muslo.

«Ábreme», articulo con los labios.

Ella pone los ojos en blanco y abre la ventana lo justo para asomarse.

«¿Qué quieres, Mas?»

Es lo mismo que me pregunto yo desde que empezó esta locura llamada "nosotros".

«Déjame entrar. Necesito hablar contigo.»

«Creo que ya he escuchado suficiente por esta noche», intenta cerrar, pero alargo la mano y se lo impido.

«Por favor», añado.

Y ni me acuerdo de la última vez que dije eso.

Siempre he tenido todo a mis pies.

Todo… menos a ella.

Menos a Tex.

El hecho de que sintiera algo por mí no significaba que fuera mía.

Lo veía en cómo me desafiaba.

En cómo me hablaba.

Con sus preguntas. Con sus puyas.

Ella no se dejaba arrastrar. Me plantaba cara.

Y eso… eso era lo que más me acojonaba.

«Solo un par de minutos», dice al fin, dándome la espalda para que pueda pasar por la ventana.

«¿Entonces? ¿Qué quieres, Mas?», pregunta de inmediato, sin mirarme, mientras clava los ojos en un punto cualquiera de la pared.

Antes, su habitación estaba llena de dibujos, colores, láminas por todas partes.

Tex siempre ha amado dibujar desde niña.

Pero después de lo de su padre… lo tiró todo.

Ahora vive en un mundo en blanco y negro. Como sus cómics.

Miro las paredes desnudas.

Y siento ese mismo vacío dentro de mí.

«No lo soportaba», suelto sin darme cuenta.

«¿El qué?»

Me acerco. Ella se gira justo cuando doy un paso más. Retrocede hasta que su espalda roza el borde de la cama, casi suspendida sobre él.

«La forma en que unas manos que no fueran las mías te tocaban», susurro junto a su boca.

Y, en un gesto automático, ella la entreabre…

Como si quisiera respirarme.

«La forma en la que tu cuerpo se rozaba con el de alguien que no era yo», continúo, dejando que mis nudillos acaricien la piel desnuda de su hombro.

La siento estremecerse con ese simple contacto… y yo también.

Porque sus dedos apenas me rozan el abdomen a través de la camiseta, y ese gesto inseguro me revienta el puto cerebro.

Me inclino hacia su oído, le aparto un mechón de pelo con cuidado:

«La forma en la que otro coño de tío que no fuera el mío se empujaba contra ti», susurro con un tono bajo, ronco.

Siento cómo contiene la respiración.

Mi mano la atrapa por la espalda justo cuando mi rodilla se desliza entre sus piernas.

Y entonces caemos, los dos, lentos, contra el colchón.

Me quedo suspendido sobre su cuerpo, con las manos apoyadas a ambos lados de su cabeza.

«Mas…»

Mi nombre en sus labios… joder. Es una descarga eléctrica que me sacude de arriba abajo.

«Solo mis besos», digo, mientras empiezo a besarle la piel suave.

«¿Qué?», jadea, sin aliento.

«Solo mis besos deben tocar tu cuerpo, Tex», susurro.

Es casi una promesa que me hago a mí mismo.

Una plegaria muda que se queda flotando entre nosotros.

Por una vez, no me importa lo que haya fuera de esta habitación.

Porque todo lo que quiero ahora mismo… es ella.

Ella con su caos que encaja perfecto con el mío.

Ella con sus miedos, que entiendo como si fueran los míos.

Ella y ese silencio que me grita más que mil palabras.

Ella, tan jodidamente bonita… y sin saberlo.

Mi lengua empieza a dibujar caminos sobre su piel, el viaje más inesperado de mi vida.

Me detengo en su escote, el tejido tenso deja ver los pezones endurecidos.

Soplo sobre ellos, y luego los rozo con la yema del dedo.

Veo su boca abrirse en un gemido ahogado.

«Dímelo», ordeno, la voz rasposa.

«¿El qué?», susurra, la voz entrecortada por el deseo.

«Que nadie te ha tocado nunca así, Tex», exijo. Egoísta. Queriendo ser el único que la conozca así.

Mi mano se cuela bajo su camiseta.

Su piel está caliente, suave como la seda.

Cada centímetro suyo es un puto paraíso prohibido.

Cuando mi palma envuelve su pecho, sé que está justo donde tiene que estar. Como si lo hubieran hecho para mí.

«Joder, Tex…», gimo, acariciándole la piel tensa.

«Quítatela… no puedo más.»

Ella se incorpora apenas, me permite quitarle la camiseta.

Y durante un instante, nuestros ojos se enganchan.

En los suyos veo algo que me quema por dentro: deseo. Crudo. Real.

«Me da igual», murmura, dejando que la prenda caiga al suelo.

«¿El qué?», pregunto, hipnotizado.

«Que esto solo sea por una noche», dice.

Se refiere a nosotros.

A lo que somos.

O a lo que podríamos llegar a ser.

«Tex…»

Es lo único que me sale decir.

Sus manos suben hasta mi cara, despacio. Me toca los párpados, la nariz, los labios.

Los entreabro, atrapando su dedo entre los dientes.

Lo chupo con una urgencia que me explota por dentro.

La empujo con suavidad desde un hombro, haciéndola recostarse de nuevo en la cama.

Y me tomo un segundo. Solo uno.

Para contemplar su cuerpo desnudo bajo el mío.

«No sé cómo voy a…», empiezo, mientras dibujo un círculo con el dedo en su ombligo,

«…vivir sin esto», murmuro, agachándome a besarla.

«Nadie ha dicho que tenga que ser así», jadea, mientras mi boca recorre su abdomen, sube hasta sus pechos…

Los atrapo entre mis labios, uno a uno.

Lengüetazos, mordisquitos, succiones lentas.

No me basta.

No quiero que me baste.

«Mason…», susurra, sus manos enredadas en mi pelo.

«No pares.»

Mis besos se deslizan por su piel como lluvia caliente.

Subo hasta su boca.

Y la devoro.

La beso como si quisiera quedármela entera.

Como si su boca fuera el único lugar del mundo.

Nuestras lenguas se buscan, se encuentran, se enredan en promesas que no se dicen, pero que lo dicen todo.

«Estás increíble», le murmuro entre beso y beso.

Ella me araña la espalda, la camiseta sale volando.

Ahora le toca a ella.

Sus labios bajan por mi pecho, por mis costados… hasta que la levanto y la coloco encima de mí.

Su pelo roza mi piel, dejándome un rastro de escalofríos.

Verla ahí, sobre mí, es lo más jodidamente sexy que he visto nunca.

Me tiene hechizado.

«Hostia puta», gimo cuando su lengua juega con el piercing de mi pezón.

Le enmarco el rostro con las manos. Solo quiero mirarla.

Perderme en sus ojos.

«Somos un desastre, Tex, ¿lo sabes?»

«Sí», susurra.

«Pero el desastre más bonito que me ha pasado jamás.»

Esas palabras me rompen.

Me abren un hueco en el pecho.

Y por eso, por ese motivo exacto… me detengo.

Porque ella no es solo una noche.

No es solo sexo.

Ella es la chica que podría cambiar mi vida.

¿Pero yo?

¿Podría cambiar la suya?

«Ven aquí», la acerco a mí.

«Solo quiero abrazarte.»

Veo en sus ojos la decepción que intenta esconder.

«¿He… dicho algo mal?», pregunta, encogiéndose sobre mi pecho.

«No.

Pero por esta noche… nos quedamos así.»

Le beso la frente.

Y la abrazo tan fuerte como puedo.

Como si pudiera protegerla de todo.

Y lo peor es que la única persona de la que debería protegerla…

Soy yo.

*****

El amanecer empieza a filtrarse por la ventana, y en la penumbra dorada, la miro dormir entre mis brazos.

Tex.

Tan jodidamente frágil.

Tan perfecta que siento que, si respiro demasiado fuerte, podría romperse.

«Una última noche juntos, Mason.»

Las palabras de Beverly me revientan dentro como un puto huracán.

Dejan ruinas por todas partes.

Tengo que ponerle fin. A ella. A esta farsa.

Me deslizo fuera de su cuerpo, con cuidado de no despertarla. En segundos recojo mi ropa del suelo y me visto a toda prisa, con el peso de una promesa que no quiero cumplir.

Me acerco a su escritorio, agarro un post-it y le dejo una nota:

"Esta noche, el sitio de siempre. A las ocho."

Diez horas.

Solo tengo diez jodidas horas para arreglar esto y hacer lo que debo.

Cierro la ventana detrás de mí y salto.

Mi corazón late tan fuerte que temo que hasta ella lo escuche desde su cama.

Subo al coche y le mando un mensaje a Beverly:

"Tenemos que vernos. Ya."

Vuelvo a casa para darme una ducha rápida, pero nada más cruzar la puerta, oigo voces en la cocina.

Me acerco.

Y me congelo.

Está ahí.

Mi madre.

De pie.

Frente a mi padre.

«¿Qué coño haces aquí?», suelto, clavando un puñetazo en el marco de la puerta.

«Mason, no le hables así a tu madre», me reprende mi padre, con esa voz gastada de quien ya ha perdido demasiado.

No entiendo cómo puede mirarla sin vomitar.

«He… vuelto», dice ella. Y en su tono se cuela toda la puta vergüenza del mundo.

Suelto una carcajada amarga.

«¿Se te acabaron nuestros ahorros?»

Todavía recuerdo aquella mañana. Hace dos años.

Cuando decidió desaparecer.

Y de paso, vaciar la cuenta de la familia.

Si no fuera por el dinero que me dejó el abuelo, mi padre y yo estaríamos viviendo debajo de un puente.

«Déjame explicarte…»

«No», la corto, levantando la mano.

«Si ella se queda, yo me voy.»

El silencio de mi padre es la confirmación que temía.

Está dispuesto a perdonarla. Otra vez.

Me meto en mi cuarto, agarro la mochila y la lleno con lo primero que pillo.

Camisetas.

Vaqueros.

Rabia.

Me largo.

Conduzco durante horas. Sin rumbo. Con el corazón hecho mierda y la cabeza a punto de estallar.

«¡La odio!», grito, golpeando el volante.

Al final, aparco junto al Major, el pub donde nos juntamos con el equipo cada finde.

Son las nueve de la mañana, pero me da igual.

Entro.

«¿Te has caído de la cama, Casey?», bromea el dueño.

«Ponme algo fuerte», le escupo.

Me mira levantando una ceja mientras seca el vaso.

«No es muy típico de ti beber tan temprano.»

«Te sorprendería saber lo que ya no es típico de mí», murmuro, antes de tragarme la vodka.

«Otra.»
No dice nada.
Después del cuarto chupito, me deja directamente la botella.
Y yo me hundo.
No sé cómo acabó todo.
Ni cuándo dejé de luchar contra el sueño.
Ni cómo llegué al baño.
Solo sé que la cabeza me va a estallar.
«Ya has despertado», comenta Jamal entrando.
«Major me llamó cuando te desmayaste.»
Me toco la sien. Siento un corte. Escuece.
«¿Por qué no me llevaste a casa?»
«Porque sé lo que has visto esta mañana. A tu madre.
Yo también la vi.»
Jamal es el hermano que nunca tuve.
Si hoy sigo en pie, es gracias a él.
«Puedes quedarte aquí el tiempo que quieras», añade, sentándose a mi lado.
¿Quedarme?
¿Bajo el mismo techo que Tex?
Después de lo que casi pasó entre nosotros...
Es una idea de mierda.
Tex.
«¿Qué hora es?», pregunto mirando la ventana. Ya es de noche cerrada.
«Las nueve. Venga, baja. La abuela Candice ha hecho pastel de patata.»
«¿Cuánto coño he dormido?»
«Bastante, hermano.»
Tengo que avisar a Tex.
Seguro que me está esperando.
Y yo llego con horas de retraso.
«Ahora bajo. Solo me ducho.»
En cuanto Jamal sale, cojo el móvil.
La llamo.
Nada.

«Vamos, Tex… ¿dónde estás?»

Solo el buzón de voz.

«¡Joder!»

Lanzo el teléfono sobre la cama y me meto en la ducha.

Al salir, justo cuando voy a bajar, oigo la puerta de entrada abrirse.

Y su voz.

Me quedo paralizado.

El corazón se me acelera como un loco.

Cuando nos cruzamos en la escalera, esperaba encontrar rabia.

O decepción.

Pero me mira.

Y sonríe.

Y ese jodido gesto me golpea y me acaricia al mismo tiempo.

«No pude avisarte», digo, buscándome excusas.

«Lo sé. Estaba con Jamal cuando fuimos a recogerte del Major», contesta, tranquila.

La miro mejor.

Nada de chándal Adidas.

Vaqueros negros.

Sudadera de la Hill.

«¿Y dónde estabas entonces?»

«Adam necesitaba ayuda en el local.»

Está a punto de encerrarse en su cuarto, pero la sujeto por el brazo.

«¿Adam?», repito, con más énfasis de la que debería.

«Sí. Somos amigos.»

«No existe la amistad entre un tío y una tía, Tex.

Solo quiere meterse en tus bragas.»

«¿Como tú, Mas?», me lanza.

Se suelta.

Y entra en su habitación.

Me quedo ahí.

Con la cabeza apoyada en su puerta.

Jodido.

Jugamos con fuego.

Y alguien, tarde o temprano, va a acabar quemándose de verdad.

.7.
Aria

Tres años antes

Ver a Mas en ese estado me heló la sangre.

Estaba roto.

Y sentí cómo el corazón se me volvía a agrietar, una vez más.

La señora Casey lo dejó como si nada.

Un día cualquiera, hizo las maletas y desapareció sin dejar rastro.

Su regreso a la ciudad no será fácil para él.

Y el miedo constante de que vuelva a perderse —del todo— no me deja en paz.

Recuerdo aún todas las veces que Jamal salía en mitad de la noche para ir a buscarlo.

No puedo permitir que vuelva a pasar.

«¿Puedo?»

Me giro por encima del hombro, con el lápiz aún en la mano, frente al bloc de dibujo.

Mason está en el marco de la puerta de mi habitación.

«Jamal ha dicho que si te apetece ver una peli.»

Su sabor sigue vivo en mis labios.

No puedo pensar en otra cosa que no sean sus manos sobre mi cuerpo, su boca quemándome la piel.

Quería cruzar esa línea, perderme en él por completo.

Pero se detuvo. Y no sé por qué.

Es como si diéramos diez pasos hacia adelante… y de repente estuviéramos otra vez en el puto punto de partida.

«Vale. Bajo en dos minutos», digo.

Pero no se va.

Se queda ahí, con los brazos cruzados, mirándome.

«¿Qué pasa?», pregunto al final.

«No vuelvas a decir que solo quiero meterme en tus bragas, Tex. Porque si realmente lo hubiera querido… créeme que ahora mismo no estarías tan cómoda sentada en esa silla.»

Trago saliva con dificultad.

Sé perfectamente a qué se refiere.

Y mi cuerpo lo recuerda mejor que yo.

Diez minutos después, bajo al salón.

Mamá y la abuela Candice están en la cocina viendo una de esas series españolas llenas de drama.

El único sitio libre es al lado de Mas.

Me siento. Intento concentrarme en una de esas pelis de tiros que ha elegido mi hermano.

«Me cae bien ese chaval», suelta Jamal de repente, metiéndose un puñado de palomitas en la boca.

«¿Qué chaval?», pregunta Mas.

«Adam. El de la fiesta. El que curra con nosotros en el restaurante. Tiene buena influencia sobre Tex», explica.

«Sigo aquí, ¿sabéis?», protesto.

Odio cuando hablan de mí como si no estuviera presente.

«Y además, solo somos amigos», aclaro.

Adam es un chico majo. Me cae bien.

Pero no podría imaginarlo de otra manera.

Solo es un amigo. Y punto.

«Esa amistad no existe», murmura Mas.

Siento cómo se tensan los músculos de su brazo, rozando el mío.

Lo miro.

La mandíbula apretada.

Su perfil tan afilado como el de un diamante.

«Pensad lo que queráis, pero para mí es solo un amigo. ¿Podemos ver la peli ya?»

Nadie dice nada.

Intento concentrarme en la pantalla, pero entonces sus dedos me rozan el muslo desnudo.

Jamal está sentado más adelante, en el sillón.

Solo nos vería si se girara.

«Mas…», susurro, mientras sus dedos siguen tocándome bajo la penumbra.

Solo la luz del televisor ilumina su mano sobre mí.

«Shhh…», me dice sin mirarme, mientras sus dedos alcanzan el borde de mis shorts, debajo de mi camiseta larga de los Yankees.

«Sigues poniéndotela, y sabes cuánto odio ese equipo… el mismo contra el que vamos a jugar tu hermano y yo», me susurra al oído.

Su voz me provoca un escalofrío, justo cuando sus dedos empiezan a moverse sobre mi intimidad, a través de la tela.

No puedo quedarme quieta.

Mi cuerpo lo busca.

Es un fuego que me consume todo el aire.

«Por… por favor», suplico.

Él sonríe y presiona justo donde sabe que me va a romper.

Aprieto las piernas, atrapándole la mano entre los muslos, y me muerdo el labio para no gemir.

«¿Por favor para, o por favor sigue? Porque, la verdad, no lo has dejado muy claro», juega con mi debilidad.

Y sin pensar en que mi hermano está justo delante, le digo:

«Por favor… sigue.»

Sus dedos dibujan círculos invisibles.

Y de pronto, se detiene.

Como si nada.

Vuelve a mirar la pantalla.

Me deja vacía.

Sedienta.

Cruzo las piernas, pero el pulso sigue ahí.

Intenso.

Desesperado.

No me pierdo la forma en que sonríe, satisfecho.

«Eres un cabrón», susurro.

«No tienes ni idea.»

Estoy a punto de soltarle cuatro cosas, pero su móvil empieza a sonar.

Lo saca del bolsillo.

Antes de darme cuenta, veo el nombre en la pantalla: Beverly.

«Ahora vengo», dice. Se levanta y sale al jardín.

«¿Qué hay entre Mas y Bev?», pregunto a mi hermano, aprovechando que estamos solos.

«Solo se lo están pasando bien, sin más. Lo conoces. No es de tener novia», responde.

No digo nada.

Pero el pensamiento me persigue.

¿De verdad sigue viéndose con ella?

Al final me repito que yo y él no somos nada.

Solo una más con la que se entretiene.

Y con ese pensamiento que escuece más de lo que debería…

Me invento una excusa y subo a mi habitación.

*****

Cuando me despierto no sé qué hora es, y no recuerdo haber dejado encendida la lámpara de noche.

Me giro para apagarla y casi me da un infarto al ver a Mason sentado en mi escritorio, con mi cuaderno de dibujo en las manos.

«¿Qué haces aquí?», le suelto, incorporándome de golpe en la cama.

«Te fuiste», responde sin levantar la vista, hojeando mis dibujos como si fueran suyos.

Me levanto y me acerco para arrebatárselos.

«Tenía sueño, ¿acaso es un delito?»

«Nunca se te ha dado bien mentir», dice.

Se pone de pie, y su cuerpo me eclipsa por completo.

Instintivamente, doy un paso atrás.

Su mirada me recorre, bajando por la cascada de músculos de su torso, por esos abdominales tallados que terminan en una V perfecta que desaparece bajo el pantalón de baloncesto que lleva puesto.

«¿Por qué te sigues viendo con Beverly?», logro preguntarle, tragándome el orgullo.

Sus ojos se oscurecen al instante.

«No es asunto tuyo, Tex», gruñe entre dientes.

Suelto una risa amarga.

Cruzo los brazos sobre mi pecho, como si intentara protegerme de todo lo que está a punto de romperse.

«¿No es asunto mío? Pero tocarme sí lo es, ¿no? ¿Entrar en mi habitación como si nada? ¿Jugar conmigo como si fuera un maldito pasatiempo? Porque eso es lo que estás haciendo, Mas. Juegas con lo que siento, y no soy tan idiota como para dejar que lo sigas haciendo.»

Le doy la espalda, camino hacia la ventana deseando que se largue ya, pero no lo hace.

Su pecho roza mi espalda.

Su aliento se pierde entre mi pelo.

Su colonia, esa mezcla maldita de especias y piel, me envuelve como si fuera él quien me abraza.

«No estoy jugando contigo. Si hubiera querido follarte esta noche… créeme que lo habría hecho. Y tú lo habrías permitido», dice.

Su voz es áspera, sus palabras duelen más que cualquier grito.

Sabe el poder que tiene sobre mí.

«Entonces, ¿qué estamos haciendo, Mas?», le lanzo, con un nudo en la garganta.

«No lo sé, Tex», responde.

Y esa sinceridad me golpea como un cubo de agua helada.

Me giro. Estoy prácticamente entre sus brazos.

«¿Por qué tiene que ser todo tan jodidamente complicado?», susurro.

Su frente se apoya contra la mía. Siento su desesperación.

«Porque no sé hacerlo de otra manera, Tex.»

«Creo… creo que lo mejor sería que…»

Su dedo índice se posa fuerte sobre mis labios, silenciándome.

«No digas algo que sabes que no vas a cumplir. Tú también lo sientes. Lo que hay entre nosotros.»

«Sí. Y duele», le confieso, mientras las lágrimas empiezan a caerme por las mejillas sin pedir permiso.

Sus pulgares acarician mi rostro, limpiándome cada lágrima, como si fueran suyas también.

«Solo dame tiempo para arreglar ciertas cosas.»

«¿Y luego?», pregunto, con la voz quebrada.

«Y luego empezamos desde ahí. No sé el qué. No sé cuánto durará. No sé si sabré amarte como mereces… pero de algo estoy seguro: no quiero perderte.»

Me besa en la frente, un beso casto, cálido y aterrador.

Y se va.

Sale de mi habitación sin decir nada más.

Un poco de tiempo.

Eso me repito.

Pero sé, con la certeza más cruel, que el tiempo es el peor enemigo al que me estoy enfrentando.

*****

El lunes por la mañana bajo a la cocina para desayunar.

El olor a tortitas me invade los pulmones y hace que me ruja el estómago.

«¿Me lo parece a mí o eso que llevas es una camiseta?», me suelta mi hermano, ganándose un zape en la nuca por parte de mamá.

Es verdad, hoy no llevo sudadera como siempre. Solo ropa cómoda y negra: vaqueros y una camiseta de manga larga. No sé cómo ni por qué, pero es lo que he elegido esta mañana.

«Estás preciosa, cariño», dice mamá dedicándome una sonrisa suave.

Incluso la abuela asiente con la cabeza, y por un segundo... me siento bien conmigo misma.

Llevo cinco días sin hacerme daño.

Y sé que, al final, todo es gracias a Mas.

Él no tiene ni idea de lo mucho que ha conseguido romper mi armadura, trozo a trozo, hasta hacerme recordar quién era.

Han bastado sus caricias, su manera de mirarme... sus silencios.

Es como si hubiera empezado a pintar mi arcoíris en blanco y negro, devolviéndole poco a poco cada color, solo para enseñarme cómo puede ser el mundo visto desde otra perspectiva.

«Venga, que se hace tarde», me recuerda Jamal.

Agarro otra tortita y le sigo hasta su coche, un Mustang amarillo que ruge como una bestia.

«¿Y Mason?», pregunto nada más acomodarme en el asiento del copiloto.

Ayer por la mañana, cuando me desperté, él no estaba. Y no ha vuelto en todo el día. Me pregunto dónde habrá dormido.

«Necesitaba estar un poco a su aire», responde Jamal, sin dar más explicaciones.

«¿Y tú y Lily?», suelto al rato, refiriéndome a su ex, con la que apareció en la fiesta de apertura del campeonato.

«Solo somos colegas, sin más. No te rayes, no pienso complicarme la vida justo ahora que estoy a punto de largarme.»

Largarse.

Esa palabra me deja sin aliento.

Queda menos de una semana para que se vayan, y no quiero imaginarme los días sin ellos.

«Te voy a echar de menos», susurro, perdiendo la vista por la ventanilla, mirando cómo pasan volando los barrios de la ciudad.

«Yo también, Tex. Pero estos años pasarán volando, y luego te vienes con nosotros», dice, recordándome mi sueño de estudiar en la Brown, en Boston.

«Ojalá», murmuro mientras aparca delante del Hill.

Bajo del coche y camino hacia la entrada, cuando veo a Beverly venir directa hacia mí.

«No estoy de humor para tus mierdas, Bev», la aviso de inmediato.

Pero, para mi sorpresa, me sonríe.

«Estamos montando una fiesta sorpresa por la marcha de los chicos, y he decidido—solo por esta vez—dejar nuestras diferencias a un lado», empieza a decir, aunque sus palabras no me convencen en absoluto.

«¿Qué quieres?»

«Solo que pongas de tu parte.»

Saca un CD de su bolso y me lo tiende.

«¿Qué es esto?», pregunto, sosteniéndolo entre las manos.

«Una recopilación de fotos y vídeos de Mason y Jamal. Pensé que podrías hacer un montaje para enseñar el día de la fiesta.»

¿Y por qué yo?

«Intenta no cagarla. Lo necesitamos para el viernes, así que más te vale empezar ya.»

Ni siquiera me da tiempo a contestar.

Se gira y se va.

Guardo el CD en la mochila y me encamino hacia mi primera clase, donde veo a Nina. No hemos hablado desde la fiesta.

Me siento dos filas detrás de ella, al fondo de la clase, y noto cómo se gira una y otra vez para mirarme.

Pero no voy a dar el primer paso. No después de cómo tiró nuestra amistad a la basura sin pestañear.

Durante biología, miro el móvil varias veces.

Le he enviado un montón de mensajes a Mason solo para saber dónde está, pero no ha contestado ninguno. Y empiezo a preocuparme.

La última vez, cuando ocurrió lo del accidente, desapareció durante una semana entera.

Y ahora temo que el regreso de su madre le esté empujando otra vez a esa espiral de destrucción.

En el comedor no le veo con los chicos del equipo.

Solo veo a mi hermano, hablando de forma muy intensa con Neil Statter.

En cuanto me acerco, todo el mundo se calla.

«¿Todo bien, Tex?», pregunta Jamal, con una impaciencia que casi me empuja fuera del lugar.

«Sí, solo quería hablar con Mas, pero no consigo encontrarle.»

Neil sonríe, como si supiera perfectamente dónde está.

«Está fuera de la ciudad.»

¿Fuera?

Solo hay un sitio donde podría haber ido.

«Vale. Si le ves antes que yo, dile que le estoy buscando», le digo.

Jamal asiente, y salgo al jardín del instituto.

Me siento a la sombra de un árbol y, casi sin pensar, abro Google.

Tecleo la fecha exacta de aquel día y, en segundos, se abre el artículo que llenó los periódicos locales durante semanas:

"Un choque frontal entre dos vehículos lanzó al pasajero de un Mercedes fuera del habitáculo. La chica fue hallada en estado crítico."

Al final del artículo... su foto.

Después de clase paso por el restaurante.

Mamá, por lo de la abuela, aún no ha vuelto del todo al trabajo.

Nada más entrar, veo a Adam con una caja enorme de verduras dirigiéndose a la parte trasera del local.

«¿Necesitas ayuda?», pregunto, tratando de aligerarle la carga.

«Aún puedo con ello», responde, dejando la caja en la cámara.

Se limpia las manos con el delantal.

«¿Qué haces por aquí?»

Le sigo hasta la cocina.

Jo está liado con pasta fresca.

Hace los mejores raviolis de queso de toda la ciudad.

«Hola, Jo», lo saludo.

Me pregunta por la abuela Candice. Le cuento que se está recuperando, y me siento en el extremo de la barra mientras veo a Adam cortando las verduras con una precisión casi quirúrgica.

«No has respondido a mi pregunta» —dice Adam, mirándome desde debajo de sus espesas pestañas.

La verdad es que ni yo misma sé por dónde empezar a explicarle todo lo que está pasando entre Mason y yo.

«Mas es... un chico complicado» —intento decir, sintiéndome rara hablando de él por primera vez desde que empezó lo nuestro.

«Aria, te lo voy a decir claro. Estoy preocupado.»

Frunzo el ceño, confundida. No entiendo a qué se refiere.

«¿Por qué?» —pregunto con una sonrisa tensa que apenas consigue disimular lo que me está carcomiendo por dentro.

«Porque no me parece el tipo de tío que realmente se preocuparía por su chica» —suelta sin pelos en la lengua, mientras sigue cortando las verduras.

«Estás siendo injusto con él. No lo conoces», le hago notar.

Él se detiene. El cuchillo queda suspendido sobre la tabla.

«He visto a muchos como tu Mason cuando iba al insti. Los reconozco a la legua.»

«Pensaba que querías ayudarme…» —le recuerdo, refiriéndome a lo que hizo por mí en la fiesta del viernes.

Adam niega con la cabeza y me hace un gesto para que lo siga. Aunque Jo está lo bastante lejos como para no oírnos, decido acompañarle al almacén del local.

«Aria, quiero verte feliz, de verdad. Pero él... no me da buena espina. Te recuerdo que se besó con otra delante de tus narices. ¿Qué esperas de él?»

Sé que tiene razón. Sé que Mason no es el tipo de chico que me abrirá su corazón de verdad. Con él siempre va a ser una batalla cuesta arriba... y lo más probable es que termine cayendo yo sola por esa pendiente. Y aun así, no puedo sacármelo de la cabeza. No dejo de pensar que, tal vez, lo nuestro sí podría llegar a significar algo.

Lo siento. Y no quiero rendirme. Al menos, no ahora.

«Gracias por preocuparte por mí, Adam. Pero no voy a dejar ir a Mas», susurro. Sé que no le gusta mi respuesta. Lo noto por cómo asiente en silencio, mientras entre nosotros se instala una pesadez difícil de ignorar.

«Tengo que volver al curro», dice al cabo de un rato, saliendo del almacén.

Decido dejarlo estar... por ahora. Me voy a casa. Al entrar, mamá y la abuela Candice están en la cocina, sacando del horno tartas de manzana.

«¿Y todo esto?», pregunto al ver la cantidad de pasteles recién hechos.

«Son para el parque de bomberos 88» —responde mamá con un hilo de emoción.

Se acerca el Día de Acción de Gracias, y cada año la estación ofrece una comida caliente para los sintecho del barrio.

«Es verdad» —murmuro, recordando cuánto le importaba a papá. Él y todos los del equipo, aunque no les tocara turno, iban a echar una mano. Y nosotras también.

«Recojo un par de cosas y os echo una mano». Mamá parece sorprendida. Quizás pensaba que me encerraría en mi cuarto a intentar olvidarme de todo lo relacionado con papá. Pero la verdad es que no quiero olvidar nada de él. Aunque vivir solo con los recuerdos duela como mil demonios.

Ya en mi habitación, me quito las zapatillas y las pateo bajo la cama. Cojo el portátil y me tumbo boca abajo sobre la colcha, con el CD que me dio Beverly entre las manos.

Lo meto en el lector y espero. Solo quiero echar un vistazo al material para montar un vídeo decente para la fiesta de despedida.

Lo reconozco: su propuesta me sorprendió. Pero como dijo, solo ha bajado la guardia por esta ocasión. Estoy segura de que en nada volverá a molestarme. Aún tenemos pendiente lo del vestido que le arruiné en plena fiesta.

La pantalla se enciende y aparece una secuencia de Jamal y Mas en uno de los primeros partidos del campeonato de hace un par de años. Sonrío con nostalgia, recordando los domingos en el campo de la Hill, el olor a palomitas calientes mezclado con el de perritos que se esparcía por las gradas, mientras todos animábamos como locos.

Avanzo un poco y aparece un vídeo de los entrenamientos, con el coach machacándolos con series de sprints. Luego el vídeo se congela. Intento adelantar desde la barra, pero la pantalla se pone negra. Estoy a punto de sacar y volver a meter el CD, cuando me doy cuenta de que el audio sigue sonando: risas, voces…

Y de pronto, la imagen vuelve.

Y lo que veo me deja paralizada.

«¿Qué mierda es esto?», susurro en voz alta, viendo a Neil y Nina en lo que parece una habitación.

Adelanto, pasando por alto las escenas en las que se tocan y se besan. Pero mi corazón empieza a latir como un tambor. Me tiemblan las manos, los ojos se me llenan de lágrimas.

Pauso el vídeo.

Y lo vuelvo a poner.

Ya no están solos.

Hago zoom. Lo veo.

Mason. Mas.

Sus manos agarran a Nina por las caderas mientras se la folla por detrás, y ella, al mismo tiempo, le hace una mamada a Neil, que está de pie delante de ella.

Me aparto de la pantalla. El corazón se me desboca. Una náusea brutal me sube por la garganta. Corro al baño, levanto la tapa del cuarto de baño y vomito todo lo que tengo dentro, mientras esas imágenes siguen repitiéndose en mi cabeza.

No puede ser real. No puede.

Me vienen a la mente sus besos. Sus caricias. Sus palabras.

Él lo sabía. Sabía lo que yo sentía por él desde siempre. Y, aun así, se tiró a mi mejor amiga. La única que tenía.

Me abrazo a mí misma. El dolor es insoportable. Me atraviesa. Me rompe.

«¡Basta!», grito, como si con eso pudiera apagar todo lo que siento.

Me subo las mangas. Los dientes se clavan en mi piel, pero ese dolor no es nada comparado con el de dentro.

Busco en los cajones. Las manos temblorosas. Hasta que la encuentro. Una cuchilla.

La agarro con los dedos que me tiemblan. La miro durante un rato largo. Luego alzo la vista y me encuentro en el espejo.

Una mirada vacía.

Muerta.

Ya no quiero sentir este vacío.

Aprieto la cuchilla. La pongo contra mi muñeca. Inspiro. Y corto, profundo.

La sangre fluye rápido en el lavabo. Ese dolor —ese único dolor físico— por fin consigue silenciarlo todo.

Hago otro corte. Más hondo. El mundo empieza a desdibujarse. Me siento vacía. Ligera.

Y entonces, despacio, me dejo caer al suelo.

Dejo de luchar.

Estoy cansada.

Demasiado cansada.

.8.
Mason

Tres años antes

Ni siquiera yo sé qué coño me ha traído de vuelta a Driftwood.

Llevo dos noches durmiendo en un motel cutre, esperando encontrar el valor para llamar a esa puerta.

Pero no lo hice.

¿Cómo iba a hacerlo?

¿Con qué cara, después de seis meses de silencio y vacío?

Quería enfrentarme al pasado.

Quería saber si tenía los huevos para cerrarlo de una maldita vez.

Pero esa puerta se quedó cerrada.

O quizá no.

Quizá se quedó entreabierta... como si una parte de mí siguiera allí, atascada en aquel puto día.

El cartel verde con la palabra "Austin" me arranca de los pensamientos. Estoy de vuelta. Y sé perfectamente lo que tengo que hacer.

Ayer por la tarde hablé con Beverly. Intenté zanjarlo todo. Para siempre. Entre ella y yo no iba a haber nada más.

No podría.

No después de haber tocado a Tex.

No después de haberla sentido temblar bajo mis dedos, respirar contra mi piel.

No después de entender lo que significa desear a alguien con cada parte de tu puto ser.

Giro hacia su barrio. Como siempre, la casa está vacía. Sus padres nunca están. El camino está libre. Aparco. Apago el motor. Respiro. Se acabaron los jueguecitos.

Toco el timbre. Pocos segundos después, aparece en la puerta, apoyada contra la madera como si posara para una foto barata.

«Mason, no te esperaba» —canta, como si estuviera en un videoclip de pop barato.

«No estoy de humor para gilipolleces, ya te lo dije» —le corto en seco, entrando sin pedir permiso.

«La llamada de ayer fue interesante», suelta, como si nada. Yo esbozo una sonrisa cargada de desprecio.

Gracias a un par de contactos, había descubierto que la dulce e inocente Bev se pillaba la Molly a través de tipos turbios. Una cámara de seguridad la había grabado aquella noche. Habría sido un escándalo si salía a la luz. Hija de dos abogados famosos, con la reputación cosida a la piel como un puto vestido de seda.

«¿Y el vídeo?», alargo la mano.

Esa noche... esa jodida noche.

La mayor cagada de mi vida.

Estábamos en casa de Bev, todos borrachos y colocados.

Ni siquiera recuerdo por qué coño terminamos allí.

Solo me vienen imágenes de alcohol, pastillas y las amigas de Beverly enseñando el culo mientras daban vueltas por la casa.

Neil subió con una chica. Me hizo una señal para que lo siguiera.

Y yo, como un imbécil, lo hice unos minutos después.

Cuando entré en esa habitación, Nina ya estaba desnuda, tan ida como nosotros.

Nos tocamos.

Nos besamos.

No estaba en mis cabales.

Y sin darme cuenta, ya la estaba follando por detrás como un maldito animal.

A la mañana siguiente, Bev nos mostró el vídeo.

Dijo que ponía cámaras por seguridad.

Una mierda. Quería tenernos cogidos por los huevos. Y lo consiguió. Durante un tiempo, al menos.

Si ese vídeo salía, Neil y yo estábamos fuera del equipo.

¿Nina? Crucificada.

¿Tex...? Tex no tenía que saberlo. Jamás.

«Sigo esperando» —le recuerdo, tratando de borrar la imagen de Nina de mi cerebro.

«Tranquilo, lo tengo», rebusca en su bolso, «o quizás no… ¿dónde lo habré metido?» —dice haciéndose la tonta, y se echa a reír.

«¿¡De qué coño te ríes!?» —exploto, agarrándola por los hombros.

Agita un CD delante de mis narices. La miro, confundido. «No puede ser... he dado el equivocado.»

«¿Qué mierda estás diciendo?»

«Era un vídeo para ti y Jamal, un recuerdo de los años en Hill» —explica como si no pasara nada.

Me importa una mierda.

Quiero ese puto vídeo.

«¿Dónde está?», gruño.

«Se lo di al que monta los vídeos... puede que Aria aún no lo haya visto.»

Tex.

El corazón se me para.

El aire se me queda atrapado en los pulmones. Sí, lo ha visto… sí, lo ha visto. Lo he perdido todo.

«¡Eres una hija de puta!», le grito empujándola y salgo disparado de la casa.

Subo al coche. Acelero. El motor ruge mientras vuelo hacia casa Swan.

Por favor. Dime que no lo ha visto.

Giro la esquina y las luces azules me ciegan. Sirenas. El corazón se me congela.

Freno en seco en medio de la calle y salto fuera del coche. Una camilla está saliendo por la puerta.

¿La abuela Candice?

No. Es Tex.

Mi mundo se viene abajo.

«¡Tex!», grito corriendo hacia ella. Alguien me agarra. Me resisto. Forcejeo. Pero no consigo acercarme.

La veo. Inmóvil. Pálida. Vacía.

Las puertas se cierran. Las sirenas arrancan, rompiendo el silencio. Se la están llevando.

«¿¡Qué coño ha pasado!?», le pregunto a la señora Parker con la voz destrozada, mientras busco a Jamal entre la gente.

Ella se encoge bajo su abrigo, con un pañuelo apretado contra los labios.

«Ha intentado quitarse la vida.»

Y en ese momento, algo dentro de mí se rompe.

Se rompe. Y ya está.

Camino hacia el coche como un zombi, sin pensar, sin sentir, sin saber lo que estoy haciendo. Solo tengo una cosa clara: tengo que llegar al hospital.

Cruzo las puertas automáticas del David's Medical Center a la carrera.

Me planto en recepción, jadeando, y pregunto por Aria Swan. La enfermera me indica la tercera planta. Paso del ascensor: subo las escaleras de dos en dos, con los pulmones ardiendo, el corazón tambaleándose.

Empujo la puerta de emergencia y entro en la sala de espera. Allí está Jamal.

«¿Cómo ha podido pasar?», le pregunto con la voz hecha pedazos, aún en shock. No puedo—no quiero—creer que haya sido por ese puto vídeo. Nunca me lo perdonaría.

«No... no tengo ni puta idea» —murmura Jamal, con las manos enterradas en el pelo—. Lo acerco a mí y lo abrazo con fuerza.

«Va a salir de esta» —susurro, aunque quizá lo digo más para mí que para él.

Poco después, veo entrar a los bomberos del parque 88. Los antiguos compañeros del señor Swan.

Debieron de enterarse. Han venido a acompañar a la familia.

La señora Swan está sentada, con la mirada perdida en el vacío, fija en algún punto invisible del suelo. Parece no ver nada. No oír nada.

«Voy a por un café» —digo, solo para alejarme un momento. Camino hacia la máquina expendedora, pero en mi cabeza solo está ella.

Tan indefensa.

Tan frágil.

Y yo... yo no hice nada para protegerla.

Sabía que debía mantenerme lejos. Sabía que mi mundo no estaba hecho para mezclarse con el suyo. Pero ella... ella se convirtió en lo único que de verdad importaba.

«¿Cómo está?», pregunta una voz a mi espalda. Me giro: Adam. Todavía lleva el uniforme del restaurante.

«Aún no sabemos nada» —respondo, mirándole de arriba abajo.

«Ha venido a verme después de clase» —dice, eligiendo con cuidado cada palabra—. «Quería hablarme de ti.»

Lo miro, con la mandíbula apretada. «¿Y?»

«Y... ojalá me hubiera escuchado.»

Estoy a punto de contestarle cuando un médico se acerca a la familia. Yo también me acerco. Los bomberos se agrupan detrás de ellos, en silencio.

«Señora, su hija está fuera de peligro» —dice el médico—. «Ha perdido mucha sangre y ahora mismo está en coma inducido. Empezaremos el proceso de despertar en veinticuatro horas.»

Todos soltamos un suspiro.

De alivio.

De dolor.

De todo.

«¿Podemos verla?», pregunta Jamal.

«Por ahora, es mejor que no. Les avisaremos nosotros.»

Jamal abraza a su madre y vuelven a sentarse. Pero yo... yo no puedo quedarme quieto.

Necesito verla.

No me importa si no puedo.

Tengo que hacerlo.

«Vuelvo en seguida, voy a hacer una llamada» —miento a Jamal mientras me alejo por el pasillo. Paso habitación tras habitación, mirando por los cristales.

Y entonces la veo.

Tex.

Tumbada en la cama. Conectada a un respirador. Se me parte el alma.

Apoyo la frente contra el cristal. Aprieto los puños.

No puedo respirar.

«Todo esto es culpa mía» —murmuro. Golpeo el cristal con la palma abierta—. «Solo mía», repito, mientras una oleada de lágrimas me araña la cara.

Debería haberla dejado marchar.

Debería haberla protegido de mí.

«Perdone, pero no puede estar aquí», dice una enfermera.

«¿Puedo... puedo entrar solo un minuto? Por favor.»

Mira a los lados, luego asiente.

«Solo un minuto. Ni uno más.»

Me abre la puerta.

Camino hacia la cama. Me tiemblan los dedos cuando rozo los suyos. Toco el vendaje en su muñeca.

«¿Qué te he hecho?», susurro al vacío que me devora.

«He destrozado lo más bonito que me ha pasado jamás. Y ni siquiera me di cuenta.»

Le dejo un beso en la frente. Me quedo ahí, con los labios pegados a su piel, intentando dejarle todo lo que no supe decirle.

«Perdóname» —susurro—. «Perdóname si mañana, cuando despiertes, yo ya no estoy. Perdóname... si puedes.»

Salgo de la habitación.

No me giro.

No miro a Jamal.

No puedo.

Bajo las escaleras de emergencia con la certeza de que esta vez...no voy a volver.

Nunca más.

.9.
Aria

Tres años antes

Un pitido constante me taladra las sienes. Me cuesta abrir los ojos y, cuando por fin lo consigo, una luz blanca cegadora me golpea de lleno.

Me cubro el rostro con la mano derecha, pero mis ojos van directos al vendaje… y entonces, flashazos de lo que pasó me caen encima como un mazazo. Me paralizan.

«¿Cómo se encuentra, señorita Swan?»

Un hombre alto, con bata blanca y una carpeta entre las manos, me observa con atención.

«No lo sé», contesto con la boca reseca, como si tuviera un puto desierto en la garganta.

«¿Recuerda lo que le ha pasado?» —pregunta mientras anota cada una de mis respuestas.

«Sí. Intenté quitarme la vida.»

Cada palabra se me graba a fuego en la piel, como un tatuaje imposible de borrar.

Decirlo en voz alta me destroza más que el propio acto.

«Bien. Sabe que no es normal querer hacerse daño. Tener ese tipo de pensamientos es perjudicial para usted.»

Asiento. Sé perfectamente lo que va a decir.

«Por la tarde vendrá a verla el doctor Morris. Es un psiquiatra excelente, y con él decidirá qué camino seguir.»

No digo nada.

Solo quiero que se largue. Que me deje sola.

Veo ante mí un túnel oscuro, sin fin, como si todo mi dolor, mi angustia, cada cicatriz que he llevado encima hasta ahora, no fueran suficientes.

«Ey…»

Me giro hacia la puerta. Jamal entra con un ramo de flores de colores.

«Ey…» —respondo, muerta de vergüenza.

«¿Cómo te encuentras?» —pregunta, sentándose a mi lado y cogiéndome la mano.

«Como alguien que ha hecho la mayor cagada de su vida» —confieso, mientras un sollozo se me escapa de los labios y las lágrimas empiezan a correr por mi cara.

«Shhh. Lo importante es que estás aquí. Que estás viva. Y que vamos a salir de esta juntos», intenta tranquilizarme.

Ojalá pudiera creerle. Ojalá. Pero todo lo que veo es un puto agujero negro que me quiere tragar de nuevo.

«¿Mamá?» —pregunto con el alma hecha pedazos por haberle causado más sufrimiento.

«Viene en camino. Ha ido a casa a por ropa limpia» —me dice. Me limito a asentir.

Miro por la ventana… y no puedo dejar de pensar en ese maldito vídeo. En Mas. En cómo se apoderó de mi vida como un huracán.

Todo es culpa mía.

«¿Tex?» —Jamal me devuelve al presente—. «¿Por qué lo hiciste? Por favor, dímelo. Quiero ayudarte.»

Una parte de mí está a punto de contárselo todo.

Pero entonces lo miro a los ojos… y recuerdo que la única persona que le queda tras la muerte de papá es Mason.

No puedo hacerle eso.

No quiero que le odie por algo que yo no supe evitar.

Nadie debe saber lo del vídeo. Me lo prometo.

«No lo sé, Jamal. Esa es la verdad. A veces ni siquiera recuerdo cómo se respira. Perderme en mis pensamientos es tan fácil... que no supe detener la desesperación que siento todo el tiempo dentro de mí.»

Mi hermano me aprieta fuerte la mano.

El dolor y la preocupación en su mirada es justo lo que nunca quise ver.

«Necesito mi portátil», digo al cabo de un rato.

Quiero borrar cualquier rastro.

«Vale. Llamo ahora mismo a mamá para que te lo traiga.»

Se levanta y abre la puerta.

Más allá, veo a Nina.

Una rabia helada me recorre la sangre.

Jamal le hace una señal para que entre, mientras sigue al teléfono.

«No pierdas el aliento», le suelto en cuanto cierra la puerta. Sus ojos se abren sorprendidos por mi reacción.

«Lo sé todo. Tú, Neil y… y Mason. Joder, Nina. ¡Mason! Tú, que eras mi mejor amiga. Tú, que sabías lo que él significaba para mí desde siempre.»

Aprieto las manos contra las sábanas, como si me estuviera aferrando a ellas para no derrumbarme.

Para no desear no haberlos conocido jamás.

Las únicas personas en las que confiaba.

Las mismas que me lo han quitado todo.

«Puedo explicártelo. No es lo que parece…»

Suelto una carcajada vacía.

Sin alma.

«¿Ah, no? ¿No es lo que parece? Pues el vídeo que vi era bastante clarito. Mason dándotelo por detrás, y tú tan feliz entrevistando a Neil» —me burlo. Es lo único que se merece después de lo que ha hecho.

«¡No lo entiendes! Íbamos colocados. Ninguno recordaba nada de lo que pasó… hasta que Beverly nos mandó el vídeo.»

No me importa.

No la creo.

«Vete. Y no vuelvas jamás. Para mí estás muerta» —grito.

Jamal entra corriendo en la habitación. Nos mira a las dos.

«¿Qué coño pasa aquí?» —pregunta, pero ninguna responde.

Nina no dice nada más. Da media vuelta y se va, como le he pedido.

«No quiero hablar de ello» —le advierto antes de que diga una sola palabra.

Vuelvo a mirar por la ventana.

Y, a pesar de todo, una parte de mí no puede evitar preguntarse por qué él no está aquí.

Por qué no está detrás de esa puerta, esperando para verme.

Por qué no está aquí, pidiéndome un perdón que no podré darle jamás.

¿Por qué?

¿Por qué?

Todo lo que queda de nosotros es un interrogante eterno, condenado a no tener respuesta nunca.

*****

Tres días después

Meto las últimas cosas en la mochila y echo un vistazo a mi habitación, sabiendo que voy a dejarlo todo atrás.

Jamal me contó que Mason ya se había marchado a Boston. Por lo visto, había recibido una llamada a la que no podía decir que no.

Mentiras.

Solo huyó. Me dejó tirada sin siquiera intentar hablar conmigo, sin explicarme qué coño había hecho.

Pero, al final, ¿por qué iba a hacerlo?

Me habían dicho que él era el único que conocía el verdadero motivo por el que me había hecho aquello. Nina, en un intento desesperado por redimirse, me confesó que Bev me había dado el vídeo a propósito para luego contárselo a Mas. Que él no había llegado a tiempo a mi casa para evitar que lo viera.

Para mí, eso no cambiaba nada.

Ese chico, el único que he amado de verdad, me había arrebatado hasta la más mínima esperanza que estaba empezando a reconstruir dentro de mí.

«¿Lista?» —pregunta Jamal, cogiendo mi maleta.

Lo miro y asiento, aunque no sé si alguna vez se está realmente lista para empezar la vida desde cero.

Bajo las escaleras. Mi madre y la abuela Candice me esperan junto a la puerta. No quería que me acompañaran al aeropuerto. Odio las

despedidas. Y la mía iba a ser de las de verdad, porque cuando volviera... ya no sería la misma.

«Iré a verte todos los fines de semana» —promete mi madre, abrazándome fuerte.

«Estaré bien. Te llamaré siempre que pueda» —respondo, mientras ella se limpia una lágrima fugaz. Abrazo a mi abuela.

«No te vuelvas a perder, mi niña» —me susurra al oído.

Le sonrío, lista para cruzar esa puerta.

Después de hablar con el doctor Morris, el psiquiatra del hospital, comprendí que tenía que elegir un lugar donde empezar de nuevo. Y, siguiendo su consejo, decidí ingresar en un centro de rehabilitación en Nueva York, uno de los mejores del estado.

«Estarás solo a tres horas y media en coche de mí» —me recuerda Jamal mientras vamos hacia el aeropuerto.

«Me las apañaré», digo. Aunque en realidad, también intento creérmelo yo misma.

«A lo mejor algún día voy con Mason» —añade al cabo de unos minutos.

Oír su nombre me remueve todo lo que he intentado enterrar.

«De momento, preferiría no ver a nadie más que a ti y a mamá» —respondo. Jamal lo entiende y me acaricia la rodilla con ternura.

Ha decidido venir conmigo antes de ir a Boston. Me acompañará hasta el centro en el Lower East Side y luego partirá.

Me ha contado que él y Mason han encontrado un loft cerca del centro de Boston.

Su entusiasmo es contagioso, y no podría alegrarme más por él.

*****

Tras cinco horas de vuelo, aterrizamos en el J.F. Kennedy.

Jamal recoge nuestro equipaje y salimos por la puerta de llegadas. Las puertas automáticas se abren y ahí está Nueva York.

Aparte de algún viaje a Texas con la familia, nunca había salido de mi ciudad.

Nueva York solo existía para mí en las pelis, en los documentales, en las revistas. Nunca imaginé llegar aquí así.

«¡Taxi!» —Jamal para uno antes de que nos lo quiten, mete las maletas y nos acomodamos en los asientos traseros.

«¿A dónde os llevo?»

«Lower East Side», responde él. El taxista arranca y se lanza de lleno al tráfico.

Apoyo la cabeza contra la ventanilla. El aire frío acaricia mi cara cuando entorno los ojos. Al cruzar el puente de Brooklyn, alcanzo a ver la Estatua de la Libertad en la distancia. Sobre nuestras cabezas, las banderas americanas ondean sin parar.

Pasamos por Central Park, luego el Upper East y seguimos hacia el Lower.

Los rascacielos se alzan por todas partes. Cientos de personas caminan como si el tiempo no existiera.

Es como estar dentro de una película.

«Ya hemos llegado», dice Jamal, señalando una verja de hierro forjado que da a la calle principal. El taxi se detiene.

«Espere aquí un momento», le pide Jamal al conductor. Saca mis maletas mientras yo observo el edificio tras la reja.

Es extraño ver tanto verde en medio de una ciudad así. Cojo mi trolley y tocamos el timbre.

Después de unos minutos, una mujer se acerca desde el otro lado.

Cuando llega, nos dedica una sonrisa cálida.

«Tú debes de ser Aria», dice abriendo la verja—. «Yo soy Mimí, una de las tutoras del centro.»

«Un placer» —respondo, dándole la mano. Debe de tener unos cuarenta y cinco años, el pelo castaño recogido en un moño impecable y unos ojos verde esmeralda que transmiten calma.

«Por aquí», dice, guiándonos por un sendero bordeado de árboles. A ambos lados, un jardín enorme rodea la propiedad. Unos muros altos la aíslan del ruido de la ciudad. Parece otro mundo.

Llegamos a la entrada. El edificio, de dos plantas, parece un castillo. Las estatuas en los extremos lo hacen aún más impresionante.

«Aquí tenéis que despediros. Por ahora, los acompañantes no pueden pasar» —dice Mimí mirando a Jamal.

El pánico me sacude por dentro. Me cuesta respirar.

El corazón se me dispara.

«Aria, respira tranquila» —me dice Mimí, acariciándome la espalda —. «No debes tener miedo. Todo va a ir bien. Te prometo que dentro de una semana tu hermano podrá venir a verte.»

Asiento. Me giro hacia Jamal.

«Llámame siempre que quieras. Si hace falta, vengo incluso en mitad de la noche. Promételo.»

«Lo prometo» —dice él.

Lo observo alejarse, hasta que desaparece tras la verja.

Y cuando se cierra, sé que mi nuevo camino acaba de empezar.

«Vamos, Aria. Aquí vas a estar muy bien» —me asegura Mimí.

Entramos.

Grandes ventanales iluminan la planta baja. A la derecha, se abre una sala enorme.

«Aquí puedes leer o simplemente relajarte» —me muestra una librería que cubre toda la pared.

A la izquierda, el comedor: una única mesa de cerezo, elegante como si fuera el restaurante de un hotel de lujo.

«Y ahí está la sala de televisión. Cada noche elegimos una peli entre todas antes de ir a dormir. A las once, todas en la cama» — explica con una sonrisa.

«Aquí están las consultas médicas, y justo enfrente, la sala de reuniones, donde cada uno comparte sus miedos.»

Asiento, sorprendida de lo acogedor que resulta todo el sitio.

«En la primera planta están las habitaciones de las chicas, en la segunda las de los chicos» —añade mientras subimos por unas escaleras de mármol.

En la primera planta pasamos delante de tres puertas abiertas. Dentro, chicas sentadas en escritorios: algunas leen, otras escriben. Todas parecen estar metidas en su propio mundo.

«Ya hemos llegado» —dice abriendo una puerta—. «Aria, ella es Paige. Paige, ella es Aria, tu nueva compañera de cuarto.»

La chica sentada junto a la ventana tendrá más o menos mi edad, con el pelo rubio dorado y unos ojos azules, limpios, casi transparentes.

«Te dejo que coloques tus cosas. A las siete es la cena» —informa Mimí antes de salir de la habitación.

Entro con algo de incomodidad, pero Paige se levanta enseguida y me ayuda con el equipaje.

«Esa parte es toda tuya.»

Miro hacia el lado derecho: la cama pegada a la pared, un escritorio delante de la segunda ventana con forma de arco y un armario de dos puertas.

Las paredes de piedra vista conservan el alma antigua del edificio. Hay algo en ese lugar que se siente... seguro. Sincero.

«¿Y esto?» —pregunto, cogiendo un sobre que hay encima de la mesa.

«Ha llegado esta mañana. Es para ti» —responde Paige.

Miro el remitente.

El corazón me da un vuelco.

Mason.

.10.
Mason

Dos años y medio antes

Pasaban de las cuatro de la madrugada cuando un estruendo brutal nos hizo pegar un bote en la cama.

Alguien estaba a punto de tirar abajo la puerta.

Jamal y yo salimos corriendo al salón, medio dormidos y con la cabeza embotada.

Al abrir, nos encontramos al coach Roenicke y al resto del equipo, calados hasta los huesos, dando saltitos para entrar en calor.

«¿Qué esperáis, nenazas? ¡En fila!»

Me calzo las zapatillas al vuelo, me meto una camiseta de tirantes y un pantalón de basket, y salimos bajo el aguacero a unirnos al grupo.

«Si un Red Sox quiero llegar a ser…», grita el entrenador.

«¡Sangre me toca escupir!», gritamos todos a coro, mientras el agua nos cae en los ojos y el asfalto mojado convierte cada paso en una batalla.

Corremos sin descanso por toda la Charles River. Aunque es mayo, en Boston sigue haciendo un tiempo de mierda: más lluvia que sol.

Los pies golpean el suelo con fuerza, el aire se vuelve cada vez más escaso, pero nadie afloja.

Llevamos seis meses viviendo aquí.

Jamal y yo encontramos un loft pequeñito en el centro, que pagamos con curros de media jornada: él en una ferretería, yo en una cafetería.

Gastamos todos nuestros ahorros para cubrir los primeros alquileres. En una semana nos graduamos y empezamos en la Brown.

La Ivy League.

Un puto sueño.

Todo parece perfecto.

Pero no lo es.

No para mí.

«¡Ahora todos hacia el Fenway Park! ¡El último limpia las duchas una semana entera!»

Echamos a correr por la Brookline Avenue. Los coches se paran, los cláxones suenan, los peatones gritan nuestros nombres: somos leyenda en esta ciudad.

«Vamos, hermano, estamos casi» —animo a Jamal, que corre a mi lado.

Vamos clavados. Sincronizados como siempre.

Al llegar a la verja del campo, nos tiramos de cabeza al barro.

Esto era solo el calentamiento.

Ahora empieza lo bueno.

«¿Lo has oído?»

«Sí. Ha dicho que vendrá a la ceremonia.»

El corazón se me detiene.

Tex.

Desde aquella carta que le dejé, no supe más de ella.

Ni siquiera sé qué esperaba.

Quise explicarme, pero huí.

Como un cobarde.

No tuve cojones para enfrentarla. Ni a ella, ni a mi mejor amigo.

Él no sabe nada.

Y yo esperaba que lo descubriera por ella.

Pero Tex decidió protegerme.

Decidió no romper el vínculo que me une a su hermano.

Y eso... eso me hace sentir aún más mierda.

Yo estoy aquí, viviendo mi vida.

Ella… seis meses encerrada en una clínica de rehabilitación.

Una rabia seca me recorre la columna. Una niebla negra me bloquea la cabeza.

«¡Casey!»

Me giro. Es la voz del coach. La lluvia me da en la cara como cuchillas.

Y entonces lo veo: acabo de lanzar a Wilson al suelo de una embestida.

Le tiendo la mano.

«Perdona.»

«Guarda ese fuego para el partido, Matrix.»

Asiento.

Intento calmarme.

Jamal me da un toque en el hombro.

«¿Estás bien?»

No respondo. Nos dividimos en dos equipos de nueve. Yo subo al montículo. Wilson está al bate. Maxwell se coloca de catcher.

Ajusto los pies. Me agarro al suelo embarrado. Cargo. Lanzo.

La bola sale lenta, previsible... pero en el último segundo, cambia de ritmo, se acelera y termina justo en el guante de Maxwell.

«¡Strike uno!»

Una sonrisa torcida se me escapa.

Dos más y lo mandamos al banquillo.

Wilson es famoso por sus home runs, pero hoy... hoy se va a joder.

«¡Vamos, Matrix! Otra más. ¿La tienes?»

Le echo una mirada. Cargo. Y le meto una curva que ni la ve venir.

«¡Strike tres. Fuera!»

Jugamos los nueve innings completos. Acabamos con los músculos ardiendo.

Wilson se me acerca.

«Buen partido. Tú y Swan sois lo mejor que nos podía pasar.»

Asentimos, orgullosos, y nos vamos a los vestuarios.

Mientras cruzo el túnel, me imagino caminando por ese mismo pasillo en mi primer partido oficial.

Será un verano largo.

Pero habrá merecido la pena.

Me meto en la primera bañera libre, la lleno de hielo.

El cuerpo se queja, pero lo necesito.

«¿Vendrá tu padre a la ceremonia?»

Jamal se mete en la bañera de al lado.

Su pregunta me deja frío.

No lo sé.

No hablamos desde que me largué.

Quizá ni siquiera sabe que me voy a graduar.

Y la verdad... no sé si me importa.

La única persona que quiero ver ese día… probablemente no estará.

«No, pero mejor así» —miento. Me miento.

Porque no está bien nada.

Y lo sé.

La única cosa que me mantiene cuerdo es el béisbol.

Lo demás…

Lo jodí todo yo solito.

«¿Qué os parece si esta noche vamos todos al Black Rose?» —propone Maxwell, hablando del pub irlandés más mítico de la ciudad.

Whiskey del bueno, ambiente cargado y la promesa de olvidar todo por unas horas.

«Yo me apunto» —digo, dándole un codazo a Jamal.

«Yo también» —responde con una sonrisa torcida—. «A ver si encontramos alguna chica maja que nos haga compañía a dos pobres jugadores.»

Asiento.

Pero la verdad es que, desde que toqué a Tex, desde que recorrí cada maldito centímetro de su cuerpo, mi sistema se volvió loco.

Ella me drogó.

Y yo…

Yo me metí una sobredosis.

A las nueve ya estamos en el Black Rose.

Aunque sea jueves, el local está a reventar.

Empujones para entrar, madera oscura, vigas vistas, paredes forradas de botellas y birras europeas. En el escenario, un DJ pone música que hace temblar los cristales.

«¿Qué bebemos?», pregunta Maxwell.

«Whiskey» —respondo sin dudar.

Solo estamos nosotros: los nueve titulares, más Jamal y yo.

Los rookies.

Pero tenemos hambre, y tarde o temprano los titulares tendrán que dejar su sitio.

Porque con treinta años las rodillas ya empiezan a crujir, y nosotros estamos listos para entrar al relevo.

Wilson, el capitán, le silba a una rubia que pasa.

Ella se gira, sonríe, y en menos de un minuto ya está sentada en nuestra mesa con sus amigas.

Ligar nunca ha sido un problema.

Las tías hacen cola por estar con uno de los Red.

«Vuelvo enseguida» —me dice Jamal, levantándose.

«Cris» —se presenta una de las chicas, sentándose a mi lado.

Está tremenda: ojos verdes, curvas de infarto y un vestido que deja poco a la imaginación.

Me pone la mano en el muslo… y sin embargo, no siento nada.

Nada.

Mi polla debería reaccionar, pero es como si se hubiera desconectado del sistema. Porque mi cabeza está en otro sitio.

Siempre ahí.

Con Tex.

«Mason» —respondo, levantando el vaso hacia ella. Me lo bebo de un trago.

Jamal vuelve.

«Era Tex» —dice.

El corazón me pega un salto.

«¿Cómo está?»

«Estaba con Adam» —responde.

¿Adam?

«Pensaba que no podía recibir visitas» —replico, recordando todas las veces que quise ir con él a verla.

Jamal se rasca la nuca, incómodo.

«Solo sé que él le ha dado una sorpresa… y estaba con ella cuando me llamó.»

Aprieto el vaso como si fuera a explotar.

Quiero estar allí.

Quiero gritarle por todo lo que me hace sentir.

Por haberme borrado de su vida aunque sé que no tengo ningún derecho a que me tenga en ella.

«Ese gilipollas le ha echado el ojo» —suelto, pidiendo otro whiskey.

«No es un gilipollas. Es buen tipo. No es como nosotros» —contesta Jamal.

Asiento.

Pero por dentro se me rasga todo.

Sé lo que quiere decir: Jamal y yo nos hemos tirado a un montón de tías. Pero Tex no era una más.

Nunca lo fue.

Quizá debería haberle contado la verdad desde el principio.

Quizá.

Pero en esa carta… en esa puta carta, le dejé cada parte de mí.

Cada grieta.

Cada miedo.

Cada palabra escrita era real.

¿Y ella?

Ella eligió no entender.

«De todas formas, vigílalo» —le digo a Jamal.

Pero en mi cabeza solo hay una ráfaga de imágenes que me hacen perder el control.

¿La habrá besado?

¿La habrá tocado?

¿La habrá abrazado?

Joder.

Si sigo así, me vuelvo loco.

«Otra ronda» —le digo a la camarera. Las luces, la música, las risas… todo se mezcla.

Bebo más.

Y más.

Un par de horas después, estoy en una habitación que no reconozco.

Cris se está follando mi polla como si quisiera partirla en dos.

Es guapísima, se mueve bien, pero yo… no siento nada.

Lo intento.

Me concentro.

Le agarro las caderas, le chupo los pezones.

Pero todo mi cuerpo grita el nombre de Tex.

Basta.

Le sujeto las muñecas, la aparto y la pongo boca abajo.

La tomo por detrás.

Intento desconectar, dejar la mente en blanco.

Pero no puedo.

Solo veo a Tex.

Su olor. Su piel. Sus ojos mirándome mientras me hundo dentro de ella.

Corro.

Un orgasmo que me vacía… pero no me alivia.

Me salgo, agarro una sábana y me la enrollo a la cintura.

«Voy a darme una ducha. Cuando vuelva, no quiero verte aquí» —digo.

Ha sido solo sexo.

Solo un puto orgasmo.

Y no me ha dado nada.

Porque lo único que quiero… ya lo he perdido.

Y el problema es que no puedo dejar de desearlo.

*****

La mañana de la ceremonia de graduación tengo el estómago hecho un nudo, y el único motivo es que, después de todo este tiempo, voy a volver a ver a Tex.

No tengo ni puta idea de qué esperar, ni qué coño voy a decirle.

Pero sé una cosa. La única que importa de verdad:

en cuanto se crucen nuestras miradas, no podrá seguir mintiendo.

Ni a mí.

Ni a sí misma.

Porque lo nuestro es el incendio más bello y devastador.

Y no basta con mirar hacia otro lado para apagarlo.

«¡Vamos, que llegamos tarde!», grita Jamal desde abajo.

«Ya bajo» —respondo, agarrando toga y birrete antes de salir corriendo escaleras abajo.

Le quito la taza de café de las manos y le doy un trago.

«¡Eh!» —protesta.

«Has dicho que íbamos tarde» —le recuerdo, arrancándole una sonrisa de medio lado mientras me da un manotazo en el hombro. Salimos.

La St. Francis no está lejos, pero el tráfico es una locura.

Llegamos con casi media hora de retraso y corremos como locos por el patio del colegio.

La ceremonia ya ha empezado.

Entramos por detrás, deslizándonos entre las cortinas gruesas del gimnasio, y nos sentamos en primera fila intentando no llamar demasiado la atención.

Van llamando uno a uno a los graduados. Aplausos. Sonrisas. Abrazos. Todos tienen a alguien esperándoles.

«Mason Casey.»

Subo al escenario.

Y ya sé que, cuando baje, no habrá nadie que se levante para abrazarme.

Nadie que diga "felicidades, hijo".

Nadie estará ahí por mí.

Aun así, sonrío. Le doy las gracias al director.

Recojo mi diploma.

Los birretes vuelan por los aires y toda la sala estalla en un grito de alegría.

Nos hemos graduado.

Y yo me siento más vacío que nunca.

«Vamos a buscar a mamá y a Tex» —dice Jamal.

«Ahora voy» —miento.

Saco el móvil del bolsillo.

Ningún mensaje.

Ninguna llamada de mi padre.

Ni siquiera hoy.

Levanto la vista.

Y la veo.

Tex.

Está allí, junto a Jamal. Se ha cortado el pelo, le cae liso sobre los hombros. Lleva vaqueros negros y una blusa lila. Un cárdigan blanco le cubre los brazos.

Está preciosa.

Tan jodidamente guapa que me deja sin aire.

Doy un paso hacia ella, pero entonces aparece él.

Adam.

Le pasa un brazo por la cintura como si fuera suya.

Y joder, siento el corazón apretarse hasta doler.

Sé que lo hace para provocarme.

Siempre ha sido así.

Así que voy.

A tomar por culo la dignidad.

«Señora Swan» —saludo, abrazando a la madre de Tex.

«Mason, estoy tan orgullosa de ti» —me dice.

Sus palabras me desarman.

No sabía cuánto las necesitaba… hasta que las escuché.

Entonces me giro hacia ella.

Tex.

Nuestros ojos se enganchan.

Y es un choque frontal.

De esos que te dejan cicatrices para siempre.

«Estás muy guapa» —digo.

Ella se encoge de hombros, evitando mi mirada.

Adam le roza el brazo una, dos veces, como si tuviera que marcar su territorio. Me revuelve el estómago.

«Gracias» —susurra. Luego añade—: «Nos vamos ya.»

Claro que quieres irte.

Siempre lo hacéis.

Pero lo que aún no has entendido es que… podríamos huir hasta el otro lado del mundo, y aun así, cada vez que nos crucemos, será esto.

Será todo.

Será demasiado.

«Tex, ¿puedo hablar contigo un minuto?» —pregunto.

Sé que no puede negarse, no delante de todos.

Demasiada gente. Demasiadas preguntas.

Asiente.

Nos alejamos unos metros.

Su perfume me golpea. Dulce, familiar, demoledor.

Joder, cómo la echo de menos.

«Quería decirte que…»

«No pierdas el aliento, Mas» —me corta, con los brazos cruzados y la mirada afilada—. «He aceptado hablar contigo solo para no parecer una borde. Pero sea lo que sea que tengas que decirme… no me interesa.»

Me da de lleno.

Como un puñetazo en el estómago.

Sigo en pie por puro milagro.

«No me creo que no te importe» —le digo, buscándole los ojos.

Ella se ríe.

Una risa vacía.

Falsa.

«Mírame» —le pido, alzando apenas la mano hacia su cara.

Moriría por tocarla.

Solo un segundo.

Sus ojos suben hacia los míos.

Y cuando me mira… es como si me atravesara el pecho con una lanza.

«Ese es el problema, Mason: te he mirado. De verdad.

Y lo que he visto… no me ha gustado nada.»

Cada palabra es una bala.

Y no hay chaleco antibalas que me salve.

En ese momento, lo entiendo.

Una sola cosa.

La he perdido.

Para siempre.

.11.
Aria

Dos años y medio antes

«Quiero saberlo todo» —exclama Paige, mi compañera de cuarto, en cuanto vuelvo de la ceremonia de graduación.

«¿No crees que estás siendo un pelín demasiado cotilla?» —le digo mientras me quito los zapatos y me dejo caer sobre la cama.

Son poco más de las siete de la tarde.

Mamá y Adam me han traído de vuelta y, como siempre, despedirme de ellos ha sido como una punzada directa al estómago.

Sé que pueden pasar semanas antes de volver a verlos.

«La culpa es tuya por hacerme tan cotilla. Tú fuiste la que me contaste todo sobre el famoso *The Matrix*.»

Y tiene razón.

Fui yo quien habló.

Fui yo quien dejó salir todo lo que me ardía por dentro.

Noche tras noche, recordando a Mason y ese "nosotros" que ya parecía de otro mundo.

Paige se ha convertido en una amiga de verdad.

Jamás pensé que algo así pudiera pasar… no en un sitio como este.

Pero el dolor compartido une. Y mucho.

Ella luchó con la comida, con el reflejo en el espejo, con una voz en la cabeza que la destrozaba.

Y ahora, igual que yo, está aprendiendo a salir a flote.

«Entonces… ¿estaba allí?»

«Sí.»

Ese momento en el que nuestros ojos se cruzaron todavía me arde en la piel.

Era la misma mirada.

La misma forma que tenía de leerme por dentro sin pedir permiso.

Y yo… yo le odié por eso.

«No me dejes con la intriga, sigue» —insiste, abrazando el cojín contra el pecho.

Cruzo las piernas, juego con el borde de la chaqueta que todavía llevo puesta.

«Intentó hablar conmigo, pero no le dejé decir nada. No quiero excusas. No las suyas.»

«¿Por qué, Aria? ¿No crees que quizás… si solo le dieras la oportunidad de explicarse…?»

Me gustaría.

De verdad.

Pero no puedo.

El problema es que ya no confío en él.

Creía que era mi certeza.

Y resultó ser mi mayor error.

Me arrebató la esperanza.

Y ahora tengo que aprender a vivir sin ella. Sin él.

«A veces no hay excusas que basten» —susurro, tumbándome para mirar al techo.

«Un día te vas a arrepentir.»

«Puede que sí. Pero al menos habrá sido decisión mía.»

Me giro hacia la pared.

Su mirada… incluso ahora… me quema la piel como papel ardiendo.

Durante el almuerzo, para celebrar la graduación de él y Jamal, evité sus ojos.

Ignoré cómo su pie rozaba el mío por debajo de la mesa.

Fingí que dentro de mí no se estaba removiendo todo.

Pero no se puede fingir con el corazón.

Lo nuestro fue un error precioso y devastador.

Dos pedazos rotos que nunca encajarán.

Dos desconocidos con demasiada historia encima.

*****

A la mañana siguiente soy la primera en cruzar la puerta del despacho del doctor Morris.

Él fue quien me convenció para venir aquí, y hoy, de algún modo, siento que le debo algo.

«Adelante, Aria» —me recibe con una sonrisa—. «¿Cómo te sientes hoy?»

«Bien.»

Y esta vez no miento.

Ese hombre me ha vaciado por dentro.

Me ha obligado a mirar al dolor de frente, a dejar de huir.

He vuelto a aprender a respirar.

He dejado de refugiarme en la oscuridad.

Y no he vuelto a hacerme daño.

«¿Has cerrado ese capítulo de tu vida?», pregunta.

«Sí, doctor. Le he puesto punto final.»

Y aunque el nombre de Mason sigue apretándome el pecho, aunque sus recuerdos aún me recorren la piel... he decidido seguir adelante.

«Bien. Estoy muy orgulloso de ti. Has progresado muchísimo y creo que tu estancia aquí está llegando a su fin.»

El corazón me da un vuelco.

«¿Ya?», pregunto, desconcertada.

«Sí. Dentro de un mes podrás volver a casa. Estás preparada para recuperar tu vida.»

Asiento. Pero por dentro, el miedo todavía susurra.

¿Volver a Hill? ¿A Nina? ¿A Beverly?

¿A todas las cicatrices que dejé abiertas?

No lo sé.

Al poco rato me refugio en la sala común.

Agarro un libro de la estantería y me pierdo entre sus páginas.

Entonces Mimí se me acerca.

«Aria, tienes visita.»

Sonrío, convencida de que es Adam.

Pero en cuanto salgo a la veranda, el estómago se me encoge.

Es él.

Mason.

«¿Qué haces aquí?», salto a la defensiva.

«Si aceptas visitas de ese tal Adam, no veo por qué deberías rechazarme a mí.»

Su voz, afilada.

Sus ojos, dos tormentas oscuras.

«Será mejor que te vayas.»

Me doy la vuelta para entrar, pero su brazo me sujeta.

Y de repente, tengo el pecho pegado al suyo.

Su respiración va y viene como un tambor fuera de control.

«Soy un cabrón, ¿crees que no lo sé?!» —explota.

Su voz retumba entre los árboles del jardín, como si el cielo azul no fuera suficiente para contener su rabia.

«Hui», confiesa—. «Porque no me merecía ni estar a tu lado.»

Sus palabras me atraviesan. Me desgarran.

«¡Basta!» —grito, empujándolo—. «¿¡Es que no lo entiendes!?»

Me llevo las manos al pelo. El caos vuelve a arrastrarme por dentro.

«¿¡Qué no entiendo, Tex!?», insiste.

Está en todas partes. A mi alrededor. Dentro de mí.

«¿¡Qué!?»

Me roza la barbilla y mi cuerpo tiembla.

Mi piel se descontrola.

Mi corazón ruge.

«Que no voy a perdonarte nunca, Mas. Nunca.»

Las lágrimas me arden al caer.

Me doy la vuelta, corro.

Huyo otra vez.

De él.

De mí.

De lo que fuimos.

«¡No podrás esconderte para siempre!», me grita.

Pero yo ya he subido las escaleras, dejándolo atrás.

Un amor que parecía destinado a salvarme.

Y que solo me enseñó a sobrevivir.

*****

Dos semanas después estoy sentada en el jardín.

El aire de junio empieza a calentar hasta Nueva York, y el sol me acaricia la piel con esa tibieza que casi parece ternura.

Adam se sienta a mi lado, con su expresión de siempre: atenta, tranquila.

Esa que me hace sentir segura incluso en los días en los que sigo rota por dentro.

«Entonces, ¿de qué querías hablarme?», pregunta, inclinando un poco la cabeza hacia mí.

Ha estado conmigo en cada silencio, en cada caída.

Nunca se apartó, ni cuando solo quedaban escombros donde antes había una persona.

Cada vez que podía, cogía un vuelo, aunque solo fuera para estar conmigo un par de horas.

Le debo tanto… quizá todo.

«He decidido irme en cuanto acabe el verano» —confieso, entregándole el folleto que aprieto entre los dedos.

Lo coge sin decir nada y lo examina con calma.

«Es uno de esos intercambios culturales entre familias», dice alzando la vista hacia mí.

Asiento despacio, mientras él sigue leyendo.

«No puedo empezar de nuevo en Austin.

Sería como volver a pisar cada herida sin cerrar» —admito, más para mí que para él—.

«En Londres tendré una nueva familia anfitriona, podré seguir estudiando, aprender… vivir.»

El silencio que le sigue me asusta más de lo que quiero reconocer.

Adam no dice nada.

No comenta.

Mi corazón empieza a latir más rápido.

Y entonces, rompe el momento.

«Voy contigo» —dice, tan decidido que me deja sin palabras.

«¿Qué?»

«Que voy contigo, Aria. ¿De verdad no te has dado cuenta todavía?»

Me coge la mano.

Y el calor de su toque me desmonta.

«No puedo estar sin ti.»

Me quedo muda, con la boca entreabierta como si fuera a decir algo… pero no me sale.

No sé qué decir.

No sé si merezco este tipo de amor.

«No quiero que me digas que me quieres, ni que me prometas nada.

Sé por lo que has pasado.

Solo quiero que me dejes estar a tu lado.»

Su voz es pura dulzura.

Sus ojos, llenos de verdad, me miran como si fuera lo único que importa.

Y por un instante, consigo creérmelo.

«¿Y el restaurante?» —pregunto, buscando algo a lo que agarrarme.

«Tu madre lo entenderá. Para mí será una experiencia. Buscaré trabajo allí.

Y cuando no estés estudiando o trabajando… recorreremos la ciudad.

¿Qué me dices, Aria? Dime que sí.»

Niego con la cabeza, aún en shock.

Pero luego, en voz baja, susurro:

«Vale.»

Adam se levanta de golpe y me arrastra con él.

«¿Qué?»

«He dicho que vale.

Nos vamos juntos.»

Me abraza por la cintura, me levanta del suelo y da una vuelta conmigo entre risas.

«No te vas a arrepentir, Swan.»

Cuando me deja en el suelo, mi cuerpo se desliza contra el suyo.

Nuestros alientos se mezclan.

La punta de nuestras narices se roza.

Y sé lo que está a punto de pasar.

Pero no puedo.

Aún no.

Me aparto.

No porque no quiera.

Sino porque todavía no estoy lista.

Y él lo entiende al instante.

«Perdona» —dice, pasándose la mano por la cara con una sonrisa tímida.

«Está bien. Solo… vamos despacio. Sea lo que sea esto.»

Adam asiente.

Se inclina apenas y me deja un beso suave en la mejilla.

«Sea lo que sea… haré que sea lo más bonito que hayas vivido nunca.»

Se aleja despacio, con esa forma de caminar que siempre me tranquiliza,

los dedos separándose poco a poco de los míos, como una promesa sin pronunciar.

Su sonrisa se me queda pegada.

Como el aroma del verano.

Y por primera vez, de verdad, siento que el futuro ya no me asusta.

Libertad.

Eso es lo que empiezo a saborear.

Y es un sabor que me merezco.

Merezco ser feliz.

Incluso sin él.

Incluso sola.

Merezco todo.

.12.
Mason

Dos años y medio antes

Estoy en el gimnasio de los Red Sox entrenando desde hace horas.

El sudor me baja por la espalda, las manos aprietan las pesas con una rabia muda, y en el espejo solo veo reflejada mi propia frustración.

Una frase me martillea la cabeza como un puto mantra:

«Tex ha decidido irse al extranjero.»

No consigo asumirlo.

No voy a volver a verla.

No vendrá a nuestros partidos.

Y cuando volvamos a Austin… ella ya no estará. En ningún sitio.

«¡Mierda!» —grito, dejando caer una mancuerna con un golpe seco.

El sonido rebota en las paredes y me hace sentir todavía más vacío.

«Tío, ¿todo bien?» —pregunta Maxwell entrando en la sala.

Asiento a medias, cojo la toalla del banco y me la echo al cuello.

«No. ¿Tienes algo para mí?»

Lo pilla al vuelo.

Sin preguntas, sin sermones. Solo asiente.

Le sigo a los vestuarios. Abre su taquilla y, sin decir una palabra, me pone una pastilla en la mano. Me la suelta como si supiera exactamente qué necesito.

La aprieto con los dedos como si fuera una solución mágica.

Como si de verdad pudiera ayudarme a no sentir nada.

«Ve con ojo, Casey. Y corta el rollo antes de los controles del campeonato.»

«Tranquilo» —le digo, dejando cincuenta pavos en la estantería—. «Para entonces estaré limpio.»

Mentirle a él es fácil.

Mentirme a mí mismo… no tanto.

No lo hago para ser más fuerte.

Ni para aguantar los entrenamientos.

Lo hago porque necesito apagarlo todo.

Aunque solo sea por unas horas.

Cojo mi bolsa, salgo del gimnasio y me subo al coche.

Falta poco para el vuelo a Austin.

La liga para en julio y volvemos en agosto para preparar el campeonato.

Pero yo… yo vuelvo solo porque sé que mis padres no estarán.

No tengo ganas de verlos.

Ni ahora, ni nunca.

Hago una parada y paso por la ferretería, donde trabaja Jamal.

Aparco detrás y lo veo con unas cajas.

«¿Cómo vas, hermano?»

«En cuanto acabe con esto, nos piramos.»

Me apoyo en una estantería y saco el móvil.

Ya es un hábito enfermo: espiar el perfil de Adam.

Todos los jodidos días.

Reviso sus publicaciones, sus fotos, sus comentarios.

Busco a ella.

Tex.

Sé que me estoy haciendo daño. Pero es la única forma que tengo de seguir sintiéndola, aunque sea a distancia.

Es lo único que todavía me remueve por dentro.

Dolor.

Rabia.

Arrepentimiento.

No me entra en la cabeza cómo todo se ha reducido a esto:

Silencios en los que me pierdo.

Recuerdos que me mantienen a flote.

Y un dolor tan real que me arrastra de vuelta a lo que fuimos.

Nosotros.

La locura más hermosa que he vivido.

«¿Qué miras?» —pregunta Jamal, dándome un toque en el hombro.

«Nada importante» —murmuro, guardando el móvil—. «¿Listo para volver a casa?»

Asiente. Pero por dentro, sé que volver a Austin va a ser otro puñetazo en el estómago.

Mis padres me dejaron tirado.

Me cargaron con todo su fracaso, con todas sus ausencias. Como si yo tuviera que aguantarlo todo.

No los perdono.

No ahora.

Quizá nunca.

Y aún así, en mi hipocresía más cutre, espero que Tex pueda perdonarme a mí.

Por lo peor que le hice.

Cuando llegamos al loft, encuentro un sobre en el buzón.

No lleva remitente.

Lo dejo sobre el mueble, pensando en cogerlo antes de salir.

Subo a la habitación, termino de hacer la maleta y bajo otra vez.

Jamal está al teléfono y yo me apoyo en la nevera, con una birra en la mano, escuchando su entusiasmo.

«¿Qué has montado?»

«Hermano, es cuatro de julio. He reunido a los de la Hill. Esta noche nos vamos al Event Park.»

El Event…

El parque de atracciones donde la hemos liado mil veces.

«Nunca hicimos nada bueno allí.»

«Y por eso mismo hay que volver» —ríe, dándome una palmada. Cojo la maleta y le sigo.

En el aeropuerto me doy cuenta de que he olvidado el sobre.

A la mierda. Será otra chorrada.

Desde que jugamos con los Red Sox, las tías se matan por mandarnos fotos, vídeos, mensajes absurdos.

Una vez una se metió desnuda en el maletero de Wilson.

Ya nada me sorprende.

«¿Tex va a ir al Event?», pregunto al bajar del coche.

«Sí. Creo que va con Adam» —dice Jamal—. «No sé si están juntos, pero pasan mucho tiempo juntos.»

Siento cómo la rabia me sube como fuego por el pecho.

Agarro la maleta tan fuerte que me duele la mano.

Adam.

Ese cabrón no ha hecho nada malo.

Solo que… me ha quitado la única luz que tenía en mis días más oscuros.

Y yo, Mason Casey, no soy capaz de asumirlo.

Porque aunque lo intente, aunque me esfuerce por olvidarla…

Ella sigue ahí.

En mi pecho.

En mis manos.

En mi sangre.

Y no hay nada en el puto mundo que consiga arrancármela de dentro.

*****

Nada más llegar a Austin, me doy cuenta de cuánto echaba de menos esta maldita ciudad.

Los food trucks por las calles, ese olor a chili y tortillas en el aire, los músicos callejeros tocando country, los cowboys con el sombrero calado hasta los ojos y esa mezcla absurda entre modernidad y nostalgia que solo Austin sabe ofrecer.

Aquí se vive a ritmo de música y recuerdos.

Y yo crecí en medio de todo eso, me peleé con ello, lloré, soñé...

«Entonces, ¿qué tal en Boston?» —nos pregunta Thomson mientras nos recoge en el coche a la salida del aeropuerto—. «Se dicen cosas muy buenas de vuestro futuro con los Red.»

Ya.

Antes de salir, Jamal y yo dimos una entrevista para ESPN.

Un reportaje bonito, bien editado, que dice todo… y a la vez no dice nada.

Nuestro futuro parece brillante, pero nadie ve lo que nos ha costado llegar hasta aquí.

«Esperemos que los primeros partidos salgan como tienen que salir» —dice Jamal, siempre con los pies en la tierra. Siempre con la mente en el campo.

Yo, en cambio, la tengo en otro sitio. Siempre.

«Neil ha conseguido contrato» —nos actualiza Thomson—. «Está a punto de firmar con los Yankees.»

Casi me río. Ya me lo imagino con el uniforme, intentando estar a mi altura.

«Genial. Pues más le vale comprarse vaselina. Porque se la vamos a meter sin avisar» —suelto, y la risa de Jamal me relaja.

Pasamos por casa solo para dejar las maletas.

Los chicos ya nos esperan en el Event Park. Es tarde y la ciudad está a punto de estallar.

El 4 de julio, en Austin, se siente en el aire, en los petardos, en cada vaso de cerveza que se alza por las calles.

Yo me quedo en el coche, Jamal sube. Le espero.

Podría aprovechar para buscarla, lo sé.

Pero no. Quiero que me vea ella.

Cuando menos se lo espere.

Cuando no pueda huir.

«¡Listo!» —grita Jamal al volver al coche, con ese entusiasmo que siempre arrastra.

En menos de media hora llegamos al Event.

Es un caos.

Un caos precioso.

Food trucks, música por todas partes, gente, risas, luces, olor a fritanga flotando en el aire…

Nos encontramos con Neil y los demás.

Nos reciben como héroes. Y quizá, en parte, lo somos.

Me acerco a Neil y le quito la cerveza de las manos. Le doy un trago sin pedir permiso.

«Prepárate el culo, hermano. Porque en el campo voy a ser tu peor pesadilla» —le susurro al oído.

Mi voz es baja, pero suficiente para que entienda que hablo en serio.

Y entonces la veo.

Tex.

Todo se me para.

El corazón.

El aire.

El puto tiempo.

Sonríe.

Pero no a mí.

A él.

A ese capullo que le acaricia el pelo.

Lleva shorts vaqueros y una camisa de cuadros anudada a la cintura.

El sombrero de cowboy le enmarca el rostro.

Está guapísima.

Está jodidamente mía.

Camina ligera, segura. Pero yo lo sé.

Yo la conozco.

Está fingiendo.

Porque por dentro, ese fuego aún no se ha apagado.

«Vamos» —le digo a Jamal, dirigiéndome al stand de juegos.

Solo tengo una idea en mente: recordarle quiénes somos.

Me pongo en la fila del tiro al blanco.

Adam está ahí. Me mira. Intento leer su cara pero… me da igual.

Agarro la pelota.

La aprieto con fuerza.

Lanzo con toda la rabia que me carcome por dentro.

Doscientos puntos.

Elijo un muñeco de Tex Willer. Es una chorrada, pero es perfecto.

Se lo doy.

«Toma. Esto solo te estaba esperando a ti.»

La forma en que me mira… joder.

Es como si el mundo se parase por un segundo.

Y yo solo viviera para ese instante.

Adam intenta reírse, restarle importancia.

«¿Un vaquero para una chica?»

«Si de verdad la conocieras, sabrías lo que significa» —le suelto, acercándome lo justo a Tex para que le llegue mi olor, mi mirada… todo lo que no ha podido olvidar.

Y entonces me voy.

Jamal me para.

«¿Pero qué coño haces, Mas? Estás provocando a Adam. Estás montando un circo.»

«Ella se merece algo mejor» —respondo.

Y él lo entiende.

Aunque no quiera, lo entiende.

Más tarde la vuelvo a ver.

Está en la cola de la noria.

Adam está con ella.

No pierdo tiempo. Subo y me siento a su lado.

«Mas, ¿qué haces?» —me susurra.

«Dar una vuelta contigo» —respondo.

Cuando la cabina se cierra y empezamos a subir, somos solo nosotros dos.

Solo Tex, yo y este cielo oscuro lleno de cosas que nunca dijimos.

Le aparto un mechón de pelo.

Quiero sentirla temblar.

«Todo esto no tiene sentido» —murmura.

«Te equivocas» —le digo, mirando el horizonte que se abre ante nosotros—. «¿Lo ves? Lo perfectos que somos tú y yo, en la oscuridad de esta noche.»

Mis manos le acarician la cara.

Su piel es seda.

Su boca, fuego.

Y no puedo resistirme.

La perdí una vez.

No puedo volver a perderla.

La beso.

Ella lucha.

Pero luego se rinde.

Sus labios buscan los míos como si el tiempo no hubiera pasado.

Cuando la noria vuelve a girar, ella se gira hacia fuera, cerrando el mundo.

Pero yo la miro.

La respiro.

«¿Cuándo vas a parar, Tex? ¿Cuándo vas a admitir que no me has olvidado?»

No espero respuesta.

Bajo de la cabina y me largo.

Porque sé que ese beso no era solo un beso.

Era todo lo que fuimos.

Todo lo que somos.

Todo lo que, joder, podríamos volver a ser.

.13.
Aria

Dos años y medio antes

Cuando abro los ojos, mi mente sigue allí, arriba, en lo alto de esa noria.

Con el corazón desbocado, el aire todavía ardiendo entre sus labios.

Mason.

El único que he deseado de verdad. A quien, quizá, una parte de mí odiará siempre.

Su sabor sigue en mis labios.

Tan jodidamente familiar que me corta la respiración.

Tan peligrosamente poderoso que me arrastra de vuelta a esos días: cuando aún no teníamos nombre… pero ya éramos todo.

Y sin embargo, incluso ahora, incluso con todo, no puedo dejar de pensarlo.

Mas.

Pero el dolor regresa. El real.

El que me llevó al borde de mí misma y me dejó temblando, sola, vacía.

Ese dolor no se desvanece. No se calma.

Arde, sordo y abrasador, como una marca en el corazón.

Juró que no le permitiría volver a arrancarme el aliento.

Que me mantendría lejos de él, lejos de esa oscuridad que arrastraba… y que me devoró tantas veces.

Por eso estoy aquí, media hora más tarde, ante la casa de los Casey.

La miro: el porche blanco de madera.

El columpio que cruje con el viento.

El ventanal del salón, reflejando los tonos apagados del atardecer.

Aquí hay demasiados recuerdos.

De cuando Jamal y yo veníamos de niños, con las rodillas peladas y las manos sucias de tierra.

De beber limonada en ese columpio y reír sin saber lo que vendría después.

Se me hace irreversible el simple hecho de tocar la puerta.

Una línea que, una vez cruzada, me impide retroceder.

Llamo.

Nadie responde.

Otra vez.

Silencio.

Finalmente, empujo la manilla.

La puerta está entreabierta.

«¿Mason?» —llamo, con la voz temblorosa por fuerza—. Nada.

De pronto, un ruido. Viene del salón.

Me muevo despacio, como pisando cristales rotos.

Y lo que encuentro… me detiene el corazón.

Botellas vacías por todas partes.

El suelo, un campo de batalla.

Restos de fotos familiares rotas, desperdigadas.

Cojo una. Somos nosotros: él, yo, Jamal. Sonreímos. Enteros.

Entonces oigo su voz.

Rasca, turbia.

«¿Por qué estás aquí?»

Me giro.

Mason está allí, justo enfrente. Completamente ido.

No es solo la borrachera. Se nota en cómo me mira… o mejor: cómo no me mira.

Sus ojos, antes tan verdes como los campos donde crecimos, están apagados.

Encendidos por algo que no quiero reconocer.

«Ya no te reconozco», le digo.

Y me duele admitirlo… porque se lo estoy diciendo a mí también.

Él se ríe. Una mueca amarga.

Toma otra botella y bebe como si fuera lo único que le impide caerse.

«Siempre supiste quién era, Tex. Siempre.»

«No. No es verdad.» Y me alejo.

Porque eso en sus ojos… no es amor.

Es dolor puro. Y rabia.

Y ya no puedo dejar que esa fosa me trague de nuevo.

«Empezamos un juego peligroso desde el primer segundo en que entraste aquí.»

Se toca la sien, como si quisiera volarse la cabeza solo.

«Y desde entonces no he tenido escapatoria.»

Se acerca a mí. Camina tambaleándose.

La botella temblando en su mano.

La voz rota.

«Dímelo, Tex… dime que no quieres mis manos sobre ti», susurra.

«Mas, por favor…» —retrocedo.

«Dime que no quieres mi boca en tu piel. Mi lengua…»

«¡Basta!» —lo aparto con fuerza.

Se ríe, histérico.

Luego se abalanza.

Me empuja contra la pared.

Su cuerpo me aplasta.

«Sí, estoy borracho. Pero solo de una cosa. De ti.»

Lo dice con tal sinceridad que me quedo sin aire.

Una parte de mí cede. Solo un instante.

Porque aún lo siento todo:

Él.

Nosotros.

Las promesas no dichas.

Los sueños que ardieron.

Y entonces lo miro a los ojos, y se lo digo:

«Me iré a Londres.»

Él entrecierra los ojos.

Su frente se posa contra la mía.

Su respiración se mezcla con la mía.

«Lo sé» —susurra—. «Pero nunca habrá distancia capaz de separarme de ti.»

Las manos se entrelazan.

Su rostro sobre el mío.

Un momento eterno.

Y entonces lo hago.

Lo atravieso:

«Me iré con Adam.»

Explosionan sus ojos.

Se parte algo en ellos. Algo que ya no volverá.

El gesto en su cara ya no es sonrisa.

Es una máscara que se cae a pedazos.

Y el puñetazo contra la pared, a centímetros de mi cara, me hace saltar el corazón.

Su mano tapándome la boca mientras mi pulso se acelera.

«¿Hasta cuándo, Tex? ¿Cuánto tengo que pagar aún por mis errores?»

No sé qué decir.

Porque daría todo por decirle que todavía lo amo.

Que nunca dejé de hacerlo.

Que cada vez que lo miro, las mariposas vuelven a revolotearme el vientre.

Pero en silencio solo respondo:

«No lo sé, Mas. No lo sé.»

Y salgo corriendo.

De esa casa.

De él.

De todo lo que fuimos… y que no supimos salvar.

Al cerrar esa puerta tras de mí, rezo en silencio para que el dolor también se quede dentro.

Pero sé que no se irá nunca.

.14.
Mason

Dos años y medio antes

Se podría decir que es absurdo. Irónico, incluso.

Cómo un cabrón como yo ha acabado queriendo proteger, con cada puto pedazo de sí mismo, la única cosa que aún representa algo puro en su vida.

Tex.

Lo nuestro siempre fue un puto oxímoron.

Un acertijo sin resolver.

O es todo, o es nada.

O es luz, o es sombra.

O es amor… o arde.

Después de aquella noche. Después de ese beso.

Después de su voz aún retumbando en mis oídos, pasé dos semanas enteras intentando arrancármela de la cabeza.

Fallando. Cada. Maldito. Día.

Me metí en fiestas. En alcohol. En cuerpos que no decían nada.

Pero su perfume seguía persiguiéndome.

Su mirada me atravesaba incluso con los ojos cerrados.

Porque Tex… no es solo un recuerdo.

Es parte de mí.

Y ya no sé cómo vivir sin ella.

Lo único que encontré para sobrevivir fue evitarla.

Desaparecer.

Pero cada noche terminaba bajo su ventana, como un imbécil.

Mirándola moverse por la habitación, imaginándola.

Torturándome.

Y luego, sin pensarlo demasiado, decidí hacer otra locura.

Me subí al árbol. Alcancé su ventana entreabierta.

Su olor estaba por todas partes.

Me senté en la cama, esperando. Las manos entrelazadas. La cabeza hecha mierda.

Cuando salió del baño… se me paró el corazón.

Desnuda. Solo con una toalla. Goteando. Increíblemente guapa.

Tex.

«Mas…» —susurra, sorprendida.

Levanto la mirada.

Me mira.

La miro.

Y por un instante… todo se detiene.

«Necesito hablar contigo.»

Ella se sujeta la toalla, incómoda.

«Mas, no creo que sea buena idea…»

Sonrío. No con sarcasmo. Con desesperación.

«No lo hagas, Tex.»

«¿El qué?» —pregunta, inocente.

«No me provoques» —respondo, señalando ese labio que está mordiéndose sin darse cuenta.

Al final, cede. Se sienta a mi lado.

La cama cruje bajo el peso de los dos.

Y es como si el universo contuviera el aliento.

«No he venido a convencerte…»

Me tiembla la voz.

Y no estoy acostumbrado a sentirme así. Vulnerable.

«He venido para no perderte. No del todo. No para siempre.»

Ella me escucha. De verdad.

La oigo respirar al lado y, juro por Dios, es el único sonido que existe.

«Me hiciste daño.»

«Lo sé.»

Sus palabras me atraviesan.

«Nunca debí acercarme a ti. Eras la línea que no debía cruzar.

Pero contigo… no hay reglas que pueda seguir.»

Le cuento todo.

Le hablo de la noche con Nina.

De cómo fue antes de que Tex apareciera así en mi vida.

Y le digo la verdad:

Que no tuve huevos para contárselo.

Que callé por miedo.

Por no jodernos.

«Quise protegerte. Protegernos.»

Pero las palabras nunca bastan.

Se acerca. Me coge la cara entre las manos.

Sus ojos se llenan de lágrimas.

Y entonces… la toalla cae.

No con vergüenza. Con decisión.

Me quedo quieto.

Ella está ahí. Desnuda. Frágil. Imparable.

«¿Qué somos, Mas?» —me pregunta.

La miro.

La miro de verdad.

«¿Qué quieres que seamos, Tex?», le digo.

Sonríe.

Con esa sonrisa rota que me hizo enamorarme de ella.

«Una locura» —responde—. «Lo que siempre hemos sido.»

Entonces me besa.

Y yo la beso.

Con toda la rabia.

Con todo el miedo.

Con toda la nostalgia.

Su piel quema bajo mis manos.

Su cuerpo encaja en el mío como si fuera mi único lugar en el mundo.

Esta vez es ella la que marca el ritmo.

Y yo… me dejo llevar.

Nuestras bocas se buscan.

Nuestros alientos se mezclan.

Nuestras manos se descubren como si fuera la última noche en la Tierra.

Y mientras estamos así, fundidos, sudando, jadeando, entendí algo.

Que nunca amaré a otra.
Que ella es mi principio y mi final.
Que aunque la pierda, aunque mañana se vaya,
esta noche será nuestra.
Y durará para siempre.
Aunque solo quede como un recuerdo.

Con los cuerpos aún entrelazados, sacudidos por todo lo que nos dijimos —y lo que hicimos—, me doy cuenta de que el silencio entre nosotros… es distinto.

No es incómodo.

Tampoco está cargado de tensión.

Es un silencio que pesa.

De esos que llegan después de la tormenta, cuando cuentas las respiraciones para volver a la calma.

Le acaricio el pelo mojado, lo aparto de su cara y apoyo la barbilla sobre su frente.

No habla.

No se mueve.

Pero sé que por dentro está librando una batalla.

Entonces, como si algo dentro de ella se rompiera, susurra:

«Me das miedo.»

La miro.

Su pecho sube y baja lento.

«¿Por qué?» —pregunto. Aunque ya lo sé.

«Porque cuando estás cerca… lo olvido todo.

Incluso lo que no debería olvidar.»

Se muerde el labio y se gira.

Pero no escapa del todo.

Le tiemblan los dedos, como si cada palabra pesara más que la anterior.

«Olvido por qué debería mantenerme lejos.

Y eso me vuelve loca.»

Bajo la mirada.

Aprieto las sábanas con fuerza.

«A mí también me pasa» —murmuro.

«Contigo no hay equilibrio.

No hay paz.
Solo… todo. O nada.»
Ella se gira despacio.
Sus ojos se clavan en los míos.
Como si buscara una salida.
Pero sabe —igual que yo— que con nosotros… no existe.
«¿Y entonces por qué te vas?», le pregunto en voz baja, como si decirlo más flojo doliera menos.
Ella suspira.
«Porque esta vez necesito elegirme a mí. Porque estoy buscando un lugar donde poder respirar sin sentir el peso de todo.»
Se queda callada unos segundos. Luego añade, casi como un suspiro:
«Y tú eres mi caos, Mas. Mi aire… y mi asfixia.»
Esas palabras me rompen algo por dentro, pero no lo muestro.
Solo asiento, despacio.
Nos tumbamos otra vez. Sus dedos buscan los míos en la oscuridad, y los entrelaza con una suavidad que me desarma.
«Una parte de mí se quedará aquí», dice.
La miro.
No digo nada.
Porque si hablo… me vengo abajo.
Sé que mañana se irá.
Que la cama estará vacía.
Que su olor desaparecerá de las sábanas.
Pero esta noche, no.
Esta noche, todavía está aquí.
Y es todo lo que tengo.
No sé si volverá.
No sé si habrá otra noche, otro instante, otro *"nosotros".*
Pero hay algo que sí sé:
Tex será siempre la herida más bonita que he tenido.
Y yo… yo seguiré buscándola en cada respiración,
aunque sepa que ninguna me llenará como lo hizo ella.

.15.
Aria

Hoy

Coloco las últimas cosas en la maleta, dejando que la mirada se deslice por cada rincón de mi habitación, como si quisiera retenerlo un poco más. Me repito que no me estoy olvidando de nada, pero sé que no es verdad.

Una parte de mí se quedará atrás, escondida entre las sábanas que todavía huelen a lavanda y a estaciones que ya pasaron.

«Ven aquí», dice Adam, tirando de mí hasta que caigo sobre la cama.

Rebotamos juntos sobre el colchón y termino en sus brazos.

«Eres incorregible», le reprocho, aunque una sonrisa se me escapa de los labios.

«No es culpa mía si estoy loco por ti», murmura, antes de morderme el labio y besarme como solo él sabe hacerlo: con ternura, sin exigencias.

«Ve a vestirte, en menos de dos horas tengo que coger el vuelo», le recuerdo. Él resopla, pone los ojos en blanco y se va directo a la ducha.

Me quedo sola.

El sonido del agua cayendo me llena los oídos, pero mi cabeza ya está en otro sitio.

Ha pasado un año desde Londres.

Un año de paseos bajo la lluvia, de decisiones conscientes, de reconstrucciones lentas pero firmes.

Un año en el que he crecido.

Adam ha estado a mi lado en cada paso, siempre con la distancia justa, sin obligarme a sentir más de lo que podía soportar.

Es un buen chico. De esos que no vienen a salvarte, pero se quedan mientras aprendes a salvarte tú sola.

Pero luego está Mason.

O mejor dicho, el fantasma de Mason, que se me cuela por la piel en los momentos más inesperados.

Su ausencia es una constante que no se llena.

Después de aquella noche, no lo volví a ver. Ni una llamada. Ni un mensaje. Solo silencio. Y yo nunca intenté buscarle.

Porque hay dolores que es mejor dejarlos donde decidieron quedarse.

Abro el cajón de la mesilla buscando el pasaporte.

Mis dedos rozan los bordes lisos del librito burdeos, pero algo me pellizca por dentro.

Un sobre. Blanco. Ligero.

Esa carta.

La misma que Mason me dejó en la clínica, hace dos años y medio.

Entonces no estaba preparada. Tenía miedo de lo que pudiera contener.

Ahora no.

Ahora puedo leerla sin miedo a perderme.

Me siento en el borde de la cama. Las manos me tiemblan apenas mientras abro el sobre. El corazón se acelera, pero no huyo. Ya no.

Tex,

No tengo ni idea de por dónde empezar. Ya sabes que nunca se me han dado bien las palabras. Pero sé que te debo más que unas simples disculpas.

Todavía recuerdo cuando, entre las paredes de tu casa, te vi convertirte en mujer.

Tus ojos… tan distintos, tan conscientes, la forma en que me mirabas... tenían el poder de remover algo dentro de mí que ni siquiera entendía.

Pero tú eras la hermana de mi mejor amigo.

Y yo era justo la clase de persona de la que deberías haberte mantenido alejada.

Después de Layla, solo era un vacío con piernas. Iba arrastrando mi sombra a todas partes, usando a la gente como si fueran muletas.

Y entonces llegaste tú.

De puntillas.

Te metiste en mí como el caos más bonito que podía abrazar.

No quería que supieras lo de la noche con Nina. No quería que algo tan insignificante ensuciara lo que estábamos creando.

Después de Layla, nadie volvió a significar nada. Nadie… excepto tú.

No se me dan bien los "te quiero". No los voy a usar.

Porque lo nuestro nunca fue amor de manual.

Lo nuestro fue otra cosa.

Fuimos un error precioso, una locura sin freno, una llama que ardía demasiado fuerte.

Pero estábamos vivos, Tex.

Y si algún día consigues mirarte por dentro sin seguir contándote mentiras… puede que todavía me encuentres ahí.

Y entenderás que nunca te solté.

Ni siquiera cuando tú te fuiste.

Mason

Cierro la carta despacio, como si cada palabra necesitara asentarse.

La sostengo entre los dedos como si pesara.

Y lo hace. Pero es el peso de la verdad, y ese ya no me asusta.

Me tumbo en la cama, apretándola contra el pecho.

Mason.

Tú fuiste mi ruina.

Pero también mi renacer.

No sé si algún día tendrás el valor de volver.

Ni siquiera sé si yo tendré el valor de dejarte entrar de nuevo.

Pero lo que sí sé, es que pase lo que pase,

lo que fuimos

no podrá borrarse jamás.

Y, en el fondo, sé que tú tampoco quieres hacerlo.

«¿Por qué lloras, pequeña?» —me pregunta Adam al salir del baño con el pelo todavía húmedo.

Escondo la carta deprisa en la bolsa y me paso la mano por la cara para borrar las lágrimas.

Se sienta a mi lado, sin imaginar que no tiene nada que ver con la partida, ni con la distancia.

Es mi corazón.

Es él.

Es Mason, latiendo de nuevo dentro de mí como si nunca hubiera dejado de hacerlo.

«Dos semanitas pasan volando. Y luego me tienes en Boston» —intenta tranquilizarme, convencido de que es solo la nostalgia la que me tiene así.

Asiento, dejándole creer que es eso.

Mientras él termina de prepararse, bajo a la cocina donde está mi madre.

Volvimos a Austin unos días antes de lo previsto: la carta de admisión anticipada de Brown llegó por sorpresa, y yo… yo ya no podía esperar más.

Londres me dio mucho: estudios, independencia, nuevas certezas.

Y ahora estoy lista para dar el siguiente paso.

«¿Está lista mi niña?» —me pregunta mi madre al acercarme.

«Sí» —respondo con una sonrisa segura. Lo siento dentro: mi futuro está allí, al otro lado del océano.

Charlamos unos minutos, prometemos llamadas regulares, mensajes, videollamadas por FaceTime.

Luego cojo el bloc de dibujo que está sobre la encimera y se lo doy.

«Toma, quiero que lo guardes tú.»

Sus dedos tiemblan un poco. Me abraza con fuerza, con ese tipo de abrazo que está lleno de palabras no dichas.

«Cuídate mucho, amor mío.»

«Tú también, mamá.»

Adam llega con las maletas. Nos despedimos una vez más antes de salir.

Ya en el aeropuerto, quiere acompañarme dentro, pero niego con la cabeza.

«Déjame aquí.»

«Al menos déjame llevarte la maleta.»

«Ya sabes que odio las despedidas» —le recuerdo.

«Ya, pero lo nuestro no es una despedida. Lo nuestro es solo un hasta luego.»

Me rodea con los brazos por la cintura, dulce y atento como siempre. Le sonrío.

Pero por dentro, algo se ha encendido.

Algo que aún no sé cómo manejar.

«Te llamo en cuanto llegue» —le prometo, dando un paso atrás.

Me mira hasta que desaparezco tras las puertas automáticas.

****

Cuatro horas después, estoy donde se supone que debería estar: en la Brown.

El edificio, majestuoso, se abre ante mí, enmarcado por árboles y una luz que parece más dorada de lo normal.

Las escaleras de cemento, las puertas de madera oscura, las ventanas antiguas… todo huele a historia, a ambición, a sueños cumplidos.

Camino despacio, como si quisiera saborear cada detalle.

Dentro, los estudiantes se mueven con prisa. Yo respiro hondo. Estoy entrando en una nueva etapa de mi vida, lo noto.

Sigo las indicaciones hasta la secretaría.

Me pongo en la cola, con la carta y los documentos entre las manos.

Cuando llega mi turno, una mujer menudita, rubia, con gafas de montura fina, me mira a través del cristal.

«Buenos días, soy Aria Swan» —digo, tendiéndole la carta.

Empieza a teclear en el ordenador.

«Aquí está…» —murmura, pero se queda congelada. Frunce el ceño.

El corazón me da un vuelco.

«¿Pasa algo?» —pregunto, intentando no perder la calma.

«Hay un error. Su nombre aparece correctamente matriculado… pero no en la residencia femenina.»

El mundo se detiene.

«¿Cómo dice?»

«Tal vez fue un fallo al registrarse. Pero no tiene plaza asignada en la residencia. Y por ahora, no hay habitaciones disponibles.»

Me quedo sin palabras.

Mi beca lo cubre todo: matrícula, comida, alojamiento.

No tengo dinero para alquilar nada. Ni familia cerca.

Esta era mi oportunidad.

«¿Puede revisarlo de nuevo, por favor?»

Ella asiente. Pasa diez eternos minutos buscando… pero nada cambia.

«Se liberará una plaza dentro de un mes.»

Un mes.

Un mes fuera del sistema.

Un mes sin clases, sin acceso, sin créditos.

No puedo permitírmelo.

No ahora.

No después de todo lo que he hecho para llegar hasta aquí.

Le doy las gracias a la secretaria, cojo mi trolley y salgo.

Encuentro un banco bajo un árbol enorme.

Me siento. La brisa de septiembre me revuelve el pelo, pero no alivia el lío que tengo dentro.

Saco el móvil, buscando el único nombre que puede ayudarme.

«¿Tex? ¡No me digas que ya has llegado y no me has dicho nada!» —responde Jamal.

«Sí… en realidad tengo un problema. Estoy en Brown.

¿Puedes venir?»

Media hora más tarde, veo a mi hermano cruzar el campus corriendo hacia mí.

Su paso seguro, los brazos abiertos, la sonrisa luminosa en la cara.

Y es increíble cómo basta verle para sentirme menos sola.

«¡Hermanita!» —exclama, abrazándome con fuerza.

«Te he echado un montón de menos. Pero mírate… cada vez más guapa. ¿Tendré que dar palizas a todos los tíos de este campus o qué?»

Consigue sacarme una risa. La primera de verdad en todo el día.

«Jamal…» —niego con la cabeza, pero algo dentro se afloja.

Entonces, como un dique que se rompe, las palabras se me escapan de golpe, atropelladas:

«No tengo habitación. Dijeron que ha habido un error, y que durante un mes no hay plaza en la residencia… No sé a dónde ir.»

Lo suelto de una, intentando no derrumbarme.

Pero él ni se inmuta. Ni lo piensa.

«¿Dónde está el problema? Vente con nosotros.»

Me quedo helada.

«¿Con vosotros?»

¿Bajo el mismo techo que él?

El corazón me late con fuerza. Como si entendiera, antes que mi cabeza, lo peligrosa que es esta noticia.

«Pensaba que quizá… podrías aconsejarme una pensión barata o algo…» —intento.

Pero Jamal niega rotundo.

«Ni hablar. En casa hay sitio de sobra, y es solo un mes. Venga, será como en los viejos tiempos.»

Esos "viejos tiempos" en los que Mason aún no había irrumpido en mi vida con toda su tormenta.

Respiro hondo. Asiento.

Y sin darme cuenta, ya estoy subiendo al coche.

Durante el trayecto, mientras Jamal me habla de clases y gente nueva, mi cabeza está en otro lado.

Corre hacia la carta.

Hacia las palabras de Mas.

Hacia esa frase que decía que lo nuestro nunca fue solo amor. Que fuimos locura.

¿Y si el destino estuviera intentando decirme algo?

Ese pensamiento me toma por sorpresa.

Me hace sonreír.

Y luego, me cabrea.

Volver a verle.

Después de más de un año.

Después de todo.

Llegamos al loft.

Solo había estado una vez, de pasada, el día de la graduación.

Pero ahora todo me parece amplificado: el camino de entrada, la barandilla, el olor a madera y aire limpio.

Cuando Jamal abre la puerta, el corazón me da un puñetazo en el pecho.

«Por aquí» —me dice, señalando una puerta más allá del salón.

«Dormirás en la habitación de abajo.»

«Puedo dormir en el sofá…» —murmuro, ya incómoda.

«Ni de coña, hermanita. Te tratamos como a una reina.»

Apenas sonrío, justo cuando unos pasos rápidos y voces suaves me hacen girar.

Bajando por las escaleras, una chica rubia, envuelta en una camiseta que reconozco incluso antes de ver quién la sigue.

Un segundo después… Mason.

Se detiene en seco al verme.

Las manos en las caderas de ella.

Me falta el aire.

La rubia… es Layla.

No puede ser.

Y sin embargo: ahí está.

Viva. Real.

Lleva la camiseta de Mason, el pelo suelto, los labios entreabiertos como si acabara de ser besada.

El corazón me se queda en el suelo.

Todo vuelve a arder.

Mason me mira.

Pero en sus ojos no hay nada.

Ni asombro. Ni explicación.

Solo vacío, ese que ya aprendí a conocer demasiado bien.

«Mas, Tex se va a quedar un tiempo con nosotros» —dice Jamal, ajeno al terremoto que está por desatarse.

Él esboza una sonrisa, tan falsa como ese beso que en un momento depositará en la frente de Layla.

Después me mira.

Y en esa mirada solo hay desafío.

«Ningún problema» —dice en voz baja.

Sus manos deslizan por la cadera de ella, hundiéndose en la tela de su camiseta como para subrayar cada curva.

Y luego añade, clavándome una mirada afilada:

«Puede quedarse todo el tiempo que quiera. De hecho… estoy convencido de que nos lo pasaremos bien los tres.»

La voz es un filo.

La sonrisa, una amenaza.

Y yo… siento el pasado apretándome el pecho hasta casi ahogarme.

Porque lo reconozco.

Ese tono. Esa forma de mirarme.

Mas no ha olvidado.

Ha comenzado su juego.

Layla sonríe, divertida, y nos saluda con un gesto mientras cruza el umbral de la casa.

«Te espero esta noche» —le dice a Mason con una dulzura capaz de arañarme el alma.

Él se inclina hacia ella y la besa con una pasión que me hiela la sangre.

Me quedo paralizada.

Es como si parte de mi cerebro se hubiera desconectado de la realidad.

El mundo sigue girando… pero yo estoy detenida.

Atrapada en esa imagen.

Solo cuando la puerta se cierra con un portazo, salto y vuelvo a respirar.

Mis ojos se encuentran con los suyos.

Mason.

Ha pasado un año entero.

Y aún así, su mirada todavía puede derrumbarme.

Esos ojos verdes oscuro, a veces nublados, capaces de desnudarme incluso a distancia.

Y me odio por eso.

Me odio porque, a pesar de todo, una parte de mí sigue respondiendo a él.

«Pensé que serías la última persona que vería a su lado» —lo digo de impulso, sin pensar, sin filtro.

Las palabras salen y ya me arrepiento.

Él sonríe. Pero no es una sonrisa genuina.

Es esa mueca descarada y afilada, como un puñetazo bajo el esternón.

Apenas se dibuja el hoyuelo en el labio, mientras me atraviesa con su mirada como una cuchilla.

«¿Ah, sí?» —responde, marcando cada sílaba con lentitud irritante —. «Las cosas cambian, Aria.»

Aria.

No Tex.

Ya no.

Oír mi nombre pronunciado por él resuena en mi piel como una reprimenda.

Una distancia.

Un corte.

Mason pasa junto a mí.

Su colonia especiada me envuelve, me catapulta atrás…

A mi habitación, a esa noche de verano en la que decidí que, a pesar de todo… quería que fuera él.

«¿No es genial que haya vuelto con ella, después de todo lo que pasó?»

La voz de Jamal irrumpe, inesperada y banal, como una cubeta de agua helada.

Levanta la vista del móvil solo para sonreírme, sin saber la bomba que ha explotado en mi cabeza.

¿Genial?

¿De verdad?

Me quedo en silencio.

Asiento apenas.

«Sí… es realmente fantástico.»

Mi voz tiembla. Falsa.

Jamal sigue hablando, narrando el accidente, explicando cómo Mason salió ileso y Layla no.

Yo lo sé.

Lo sé mejor que nadie.

Sé lo mucho que Mas se encerró en ese silencio tras aquella noche, cómo lo consumió la culpa, ese agujero negro en el que se hundió.

Pero nunca imaginé que ella volvería. Ni que él la acogería tan rápido.

«Entonces… ¿te quedarás con nosotros un tiempo?»

La voz de Mason me descoloca nuevamente.

Ha vuelto a la cocina, sirviéndose un cuenco de cereales con leche fría.

Me observa. Lentamente. Con insistencia.

Siento su mirada en mi piel como si me tocara.

Me quema.

Me deja sin aire.

«Espero que no. No quiero ser la tercera en discordia» —logro soltar, obligándome a parecer serena, aunque por dentro todo vibra y grita.

Me vuelvo hacia Jamal.

«¿Me enseñas la habitación? Quiero dejar mis cosas.»

«Claro, por aquí.»

Me conduce hasta el cuarto de la planta baja.

Por un instante puedo respirar de nuevo.

El cuarto es sencillo: paredes color crema, alguna foto en la pared.

Fotos de Mas y Jamal en el campo, sonriendo, manchados de tierra, llenos de gloria.

Aprieto los labios, dividida entre nostalgia y rabia.

Jamal deja una maleta sobre la cama.

«¿Quieres que te ayude?»

«No, gracias. Yo sola.»

«Vale. Tengo una clase que recuperar. Te veo esta noche.»

Me besa la mejilla y me deja sola.

Miro a mi alrededor.

Dejo la bolsa junto a la mesilla.

Aparto la cortina: la vista del barrio me da calma, normalidad.

Una normalidad que no me pertenece.

Y entonces escucho su voz:

«He imaginado este momento mil veces…»

Me giro, casi de un salto.

Mason está ahí. De pie en el umbral, recargado contra el marco, brazos cruzados, mirada baja.

«El día que pensaras en venir a Boston…» —comienza, levantando apenas los ojos hacia mí—

«Me pregunté cómo sería. Qué te diría. Después de esa noche… después de ese beso, pensé que algo cambiaría.»

Me encogí de hombros.

No quiero oírlo.

No puedo rendirme.

Pero su voz prosigue.

Cortante.

Cruda.

Dolorosa.

«¿Sabes qué? Verte aquí solo me ha confirmado lo que ya sabía.»

Levanta la mirada hacia la mía.

Están apagados. Vacíos.

Un espejo roto.

«Eres una cría, Aria. Fuiste… y eres nada. Nada que merezca la pena.»

Cada palabra es un impacto.

Violento.

Helador.

Precisamente dirigido.

Me quedo en silencio.

Porque no puedo responder.

Porque no tengo derecho.

Porque fui yo quien dio la espalda.

Quien huyó.

Y ahora… todo esto vuelve para devorarme.

Le observo mientras se marcha.

Y con el sonido de sus pasos apagándose, siento derrumbarse algo dentro de mí.

Algo que quizá nunca llegué a reconstruir de verdad.

.16.

Mason

Ha vuelto.

Está aquí.

Jamal me lo había contado hace unos días, pero hice como que no lo escuchaba.

O mejor aún: elegí borrar esa noticia de mi mente.

No estaba listo.

No quería estarlo.

Y ahora que la tengo frente a mí...

que realmente he visto esos ojos...

solo imaginar que Tex ha vuelto a mi órbita me está volviendo loco.

Bastó una mirada.

Una maldita y única mirada para abrir de nuevo todas las heridas que había cosido a rastras.

Ella, que desapareció de mi vida después de aquella noche en su casa, me quitó todo.

Me dejó con un vacío que nadie consiguió llenar.

Un hueco que intenté disfrazar con risas, fiestas, sexo —fingiendo—.

Pero cuando finges demasiado tiempo, acabas creyéndolo.

Y aquí está ella, tirando abajo toda la obra.

Mi impulso —el que arde bajo mi piel— es destruirla como ella me destruyó a mí.

Golpearla donde duele.

Partirla para que apague, al menos un poco, mi rabia.

Quizá ella no sabía lo que iba a provocar... o quizá sí.

Pero yo...

Yo no lo supe hasta que comencé a pensar en ella cada maldito día.

Todas las noches.

Sin parar.

Ella era la única capaz de sacarme del letargo.

Y por eso hice todo lo posible por olvidarla.

En vano.

Al volver a Austin, encontré en la alacena aquella carta que había olvidado —o quizá evitado—.

Dentro había un CD.

Cuando lo inserté en el portátil y vi el vídeo, sentí un escalofrío helado.

Allí estaba Layla.

No la había visto ni oído desde la noche del accidente.

Silencio obligado por sus padres, que habían arrasado mi vida.

Me lo quitaron todo.

Pero en ese vídeo, ella...

me perdonaba.

Cada palabra era un puñal en el pecho.

Decía que sabía que no había sido culpa mía —que me había ido para protegerla—, que lo entendía.

Que no me odiaba.

Verla me hizo sentir aún peor.

Seguía siendo hermosa.

Con esos ojos zafiro, el pelo rubio que recordaba tan bien.

Sonreía.

Sonreía para mí.

Decía que vendría a la Brown.

Me dejaba su número.

No lo dudé: la llamé.

Dos horas después estábamos en un café en Brooklyn: el Du Port —y ya el nombre parecía invitarme a zarpar hacia una salvación.

Era mi ancla.

Dos semanas más tarde estábamos juntos.

O al menos… fingíamos estarlo.

Venía a dormir a casa tras mis partidos.

El sexo era mecánico, una rutina ensayada.

No era amor.

No era Tex.

Pero era… fácil.

Era seguro.

Y de alguna manera, me mantenía alejado de lo que no quería sentir.

Niego con la cabeza, obligándome a volver al presente.

Necesito aire.

Necesito desconectar.

Cojo las llaves del coche y me esfumo.

El destino está claro: el único sitio donde consigo desconectar de verdad.

Cuatro horas después, estoy frente al Privé Club, en Brooklyn.

Un local que me presentó Maxwell.

Un refugio de cuerpos, alcohol y felicidad de pega.

En la puerta me recibe el típico grandullón. Me mira y luego reconoce.

«The Matrix.»

«En persona.»

«¿Está Drew dentro?»

«Como siempre. Pasa.»

Entro.

El local está a medio apagar, ya huele a sudor y bourbon.

Las chicas se mueven en los postes como criaturas mitológicas: mitad mujeres, mitad veneno.

Me abro paso entre mesas vacías, esquivando luces rojas y olores intensos.

El sitio se prepara para la noche, pero yo voy adelantado.

Busco a alguien: a Drew.

Lo encuentro al fondo, hablando con una camarera.

«¡Eh, tío!»

La música atrona y apenas se le escucha.

«Que me dé un infarto, Mason Casey» —exclama al verme—.

Me estrecha la mano, me examina.

«Hace un montón que no te vemos.»

Ya.

Un mes fuera del radar.

Me hace un gesto para que le siga a su despacho.

Un agujero tras bambalinas: paredes saturadas de fotos, olor a puro y negocios turbios.

«¿Tienes sitio esta noche?» —le pregunto.

Drew me estudia, como intentando descifrar un mapa en mi cara. Luego asiente.

«Por supuesto que sí. Aunque me pregunto dónde te has metido durante todo este mes...»

Niego.

«He estado ocupado.»

Mentira.

O quizá no.

He tenido que pelear cada día con el fantasma de Tex.

Mientras tanto, Drew enciende un puro, se apoya en el escritorio y me mira como si pudiera descifrar qué lleva dentro.

No puede.

Nadie puede.

Y esta noche, lo sé, voy a caer más hondo.

Porque cada vez que intento olvidarla… acabo buscándola en los lugares más oscuros.

Drew se apoya con desgana en su escritorio, con las manos en el borde, los tobillos cruzados, y esa cara de cabrón que sabe perfectamente cuándo romper las reglas.

«Sabes cómo va esto» —murmura—.

«Los clientes no quieren sorpresas. Quieren las mismas caras, los mismos juegos. Pero sobre todo… quieren ganar una pasta.»

Sonrío.

Sé perfectamente cómo dársela.

Recuerdo aquella noche, el ruido ensordecedor, los gritos, los puños golpeando las chapas de los coches, los cánticos retumbando en la oscuridad.

Nadie sabía quién era, pero todos me querían.

El Joker.

El loco del volante.

El demonio enmascarado que desafiaba a la muerte solo para sentirse vivo.

«Te he hecho ganar lo tuyo, Drew. Si haces correr la voz de que el Joker ha vuelto… prepárate para reventarlo todo» —digo con una sonrisa torcida clavada en la cara.

Drew asiente. Lleva la sonrisa puesta como si vendiera sueños.

Sabe que esta noche voy a incendiarlo todo.

Cuando el sol cede el paso a la noche, empieza el espectáculo.

La máscara me la pongo despacio, como un ritual.

Esa sonrisa torcida, demencial.

Esa es mi cara.

O al menos, la parte de mí que nunca tuve cojones de enseñar.

Ni a Jamal.

Ni a Layla.

Mucho menos a Tex.

La primera vez que la vi, estaba en el maletero de la vieja Dodge. Una chorrada, un disfraz olvidado por alguien.

Pero al mirarla… me vi a mí.

Roto.

Ambiguo.

Partido entre la luz y la sombra.

Un puto error cósmico con las pulsaciones disparadas.

Me la pongo.

Y me convierto en él.

Y conduzco.

La carretera se abre como una herida.

Un recta agrietada de asfalto sucio.

Edificios medio muertos a los lados.

Gente por todas partes, ojos hambrientos, manos agitadas como si fueran a presenciar el fin del mundo.

Esta es mi arena.

Aprieto el embrague, acaricio el acelerador.

El motor ruge como una bestia salvaje.

El otro coche parpadea: está listo.

El primero que gire… pierde.

El primero que tenga miedo… está jodido.

Y yo no voy a ser ese.

Primera. Segunda. Tercera.

El rugido del motor es música maldita.
El volante vibra, las ruedas muerden el asfalto.
Cada metro, cada segundo, es adrenalina pura en vena.
Es droga.
Es escape.
Es venganza.
El cruce está cerca.
Los faros del coche rival me ciegan, pero no suelto.
No freno.
No giro.
No existo.
Él gira.
Yo gano.
Tiro del freno de mano, derrapo como un cuchillo.
El público estalla.
Pero yo no estoy aquí por los aplausos.
Vuelvo a los boxes.
Ya tengo mi dosis.
Drew golpea el capó del coche, flipando.
«Tío… ha sido brutal.»
Salgo del coche con la máscara pegada a la cara.
«Te prometí fuegos artificiales» —respondo, quitándomela al fin. Estoy sudado, cubierto de polvo y humo.
Él se ríe, encantado, ya pensando en los billetes que va a embolsarse.
Pero luego se pone serio.
«Oye, esta noche ha venido mi hermana. No quiero que nadie se le acerque, ¿vale? Déjame echar un ojo…»
Se asoma más allá del telón negro que separa la pista del backstage.
Yo mientras cojo mi sudadera. Me estoy preparando para largarme, volver a mi agujero.
«Ahí está» —dice.
Me giro.
Y es en ese instante cuando todo… se para.
Ella.

Tex.
De pie junto a la hermana de Drew.
Joder.
Está preciosa.
Letal.
Se me va el aire.
Es como recibir un puñetazo en el estómago sin previo aviso.
Todo lo que hay a mi alrededor desaparece.
La gente, la música, el humo, el ruido… todo se diluye.
Solo queda ella.
Y yo, sin ninguna puta defensa.

.17.

Aria

A las tres en punto, Paige ya está en la puerta del loft.

Íbamos a vernos en la residencia de Brown, pero tras el lío con mi habitación, le mandé la dirección.

Ha sido un año lleno. Intenso. Caótico.

Pero entre ella y yo siempre ha existido ese hilo directo, tenso y fuerte, hecho de mensajes, llamadas, confesiones a medianoche.

Ella ha sido mi ancla, incluso desde la distancia.

«Por fin» —exclamo al abrir la puerta.

Sus ojos azules brillan. Me abraza con fuerza, como si necesitara asegurarse de que realmente estoy aquí, delante de ella.

«¡Ya pensaba que no me ibas a abrir nunca! Me lo tienes que contar TODO, y cuando digo todo, es TODO, Swan.»

Sonrío. Sigue siendo la misma de siempre.

«Puedes apostar lo que quieras» —la invito a pasar.

Echa un vistazo rápido, curiosea con los ojos, y luego se lanza al sofá como si fuese suyo por derecho.

«Así que… compartes piso con el famosísimo Mason Casey…» —dice con ese tonito suyo, cargado de insinuaciones, mientras una sonrisilla traviesa se le escapa.

Me llevo la mano a la frente y me echo a reír.

«¿No es surrealista?»

«No. Es el destino guiñándote el ojo» —me pincha con el codo.

Destino.

Qué palabra tan jodidamente peligrosa.

Porque no tengo ni idea de si esto es destino… o una broma muy puta del universo.

«Ha vuelto con su ex» —suelto de repente.

Boom. Bomba lanzada.

Me levanto decidida y voy directa a preparar café, como si la cafeína pudiera sedar la rabia, la decepción, el corazón que late demasiado fuerte.

«¿Su ex? ¿La misma de la que me hablaste? ¿La que—?»

«Sí. Esa.»

«¿La que perdió una pierna en el accidente?»

Asiento. No hace falta añadir nada más.

Paige se queda en silencio, lo cual es rarísimo.

Coloco la jarra bajo la cafetera y la dejo calentarse.

Y empiezo a hablar.

De nuestro reencuentro.

De la carta que encontré justo antes de marcharme.

De esa sensación punzante, incómoda, de algo que renacía sin mi permiso.

«Aria…» —susurra, rodeando la taza con las manos—. «Desde que has abierto la boca, no has mencionado ni una sola vez a Adam.»

Y ahí, durante un segundo, el silencio pesa.

Tiene razón.

Adam.

Mi novio. El que estuvo a mi lado, el que me ayudó a volver a ser yo cuando solo quedaban cenizas.

Y sin embargo… cada pensamiento.

Cada emoción.

Sigue anclada a Mason.

«Lo único que siento es no tenerlo ya en mi vida» —susurro, dejando la taza en el fregadero.

«Cariño… le diste algo que nadie olvida. Y luego te fuiste, dejándolo fuera de todo.»

Me giro hacia ella.

«No podía hacer otra cosa.»

Ella lo sabe.

Conoce mis fantasmas, mis razones, mis miedos.

Mas no solo se acostó con Nina, mi mejor amiga.

Me mintió.

Me ocultó todo.

Y en ese silencio… sentí el peso de la traición.

Aun así, lo elegí.

Elegí a Mason para mi primera vez.

Lo hice por egoísmo, lo sé. Pero también porque… siempre había sido él.

El sueño prohibido.

La llama en la oscuridad.

El pecado bajo la piel.

«Sé lo que necesitas» —rompe el silencio Paige, con esa chispa loca en los ojos.

«¿Ah, sí?» —pregunto, abrazándome a mí misma.

«Una noche en Nueva York.»

«¿Nueva York?»

«Boston no está preparada para mi bufón favorito.»

La miro sin entender del todo.

Cuatro horas de tren más tarde, una hamburguesa rápida en el McDonald's y una parada por su casa… estoy en el coche con ella, rumbo a la periferia de Brooklyn.

«¿Dónde demonios me estás llevando?»

«Ten fe. En nada vas a ver el infierno.»

La carretera se estrecha, el paisaje se vuelve gris.

Edificios abandonados. Farolas que no alumbran.

Luego, las primeras personas. Hombres. Grupos. Voces. Humo. Ruedas quemadas.

Me da un escalofrío.

«¿Me has traído a una carrera ilegal?»

«Cariño, esto no es una carrera. Esto es LA carrera. Adrenalina. Caos. Libertad absoluta. Después, fiesta. Cerveza. Música. Y con suerte… un blackout mental.»

Un grito atraviesa el cielo.

«¡JOKER!»

Paige ríe y aplaude, emocionadísima.

Yo, en cambio, me encojo dentro de mi chaqueta.

Me siento… fuera de sitio. Desencajada.

Pero viva.

Miro al final de la calle. Luego atrás.

Dos coches listos para arrancar.

Aún no entiendo del todo lo que pasa.
Hasta que la veo.
Esa máscara.
Un escalofrío.
Una punzada.
Un nombre que no pronuncio desde hace meses, pero que el corazón reconoce al instante.
Joker.
Mi corazón se acelera.
No puede ser.
Y sin embargo… sé que es él.
Lo siento en la piel.
Mas.
El aire está cargado.
De humo, de tensión, de energía salvaje.
Los faros de los coches cortan la noche como cuchillas.
Los motores rugen como animales enjaulados.
La gente se amontona.
Teléfonos en alto, todos grabando.
Todos saben que está a punto de pasar algo.
Algo que huele a quemado, a peligro, a desafío.
Me giro hacia Paige.
«Esa máscara…»
Ella sonríe como si le hubieran tocado la lotería.
«Te lo dije. Mira y aprende. Ese es el Joker.»
Pero yo lo sé.
Lo sé.
Lo siento.
Es él.
Mas.
La forma en que agarra el volante.
Su cuerpo tenso, listo, inclinado hacia delante.
El más mínimo movimiento de sus hombros.
Es él.
Un escalofrío me recorre la espalda.
«¿Va a correr contra ese coche? ¿Con toda esta gente en medio?»

«Exacto» —responde Paige, completamente flipada—. «Quien se aparta primero, pierde. Pero él… nunca pierde.»

Un tipo se coloca en el centro de la calle.

Levanta un pañuelo negro.

Lo agita.

Uno.

Dos.

Tres…

¡YA!

Los motores rugen como truenos.

Los coches salen disparados.

Los neumáticos chillan contra el asfalto.

El olor a goma quemada se mezcla con los gritos del público.

Los dos coches se lanzan uno contra el otro, en el mismo carril, a toda velocidad.

Contengo la respiración.

No se apartan.

No frenan.

Están desafiándose hasta el puto límite.

Las luces parpadean sobre los capós, sobre las carrocerías, sobre los ojos sedientos de los que miran.

Están a centímetros.

Más cerca.

Más.

Dios.

Van a estrellarse.

Y entonces… un giro.

Un volantazo repentino.

El otro coche se aparta en el último segundo.

El Joker sigue recto.

Como si nada.

El público estalla.

Yo… me congelo.

Me aparto de Paige.

Atravieso la multitud.

Empujo, tropiezo, murmuro disculpas a medias.

Sigo el coche.

Lo sigo a él.

Lo veo girar detrás de una lona negra, hacia una zona más apartada.

Lo alcanzo.

El corazón me late a mil.

Cuando llego, está con las manos aún en el volante.

Quieto.

Como si no acabara de jugarse la vida para recibir aplausos de un puñado de desconocidos.

Me acerco con pasos rápidos.

Abro la puerta antes de que pueda detenerme.

«¡Estás completamente jodido de la cabeza!»

Levanta la vista.

Despacio.

Aún lleva la máscara.

«Aria.»

Una sola palabra. Un susurro.

Y luego se la quita.

Sí.

Es él.

Mason.

El Joker.

«¡Podías haberte matado ahí fuera! ¿Qué pasa, quieres que te entierren? Porque te aseguro que has estado cerca.»

Sale del coche. Con calma. Demasiada.

«¿Qué haces aquí?» —pregunta con voz ronca.

Pero sus ojos… están ardiendo.

«¿Yo? ¿¡YO!? He venido con Paige. Pensaba que íbamos a una fiesta, no a un puto suicidio en directo.»

Doy un paso hacia él.

Él da uno hacia mí.

Estamos demasiado cerca.

Demasiado rápido.

Su mirada… quema.

«Parece que aún te gusta verme romperme en pedazos.»

«Eres tú el que eligió romperse, Mason. Eres tú quien no sabe hacer otra cosa que quemarlo todo a su paso.»

«¿Incluyéndote a ti?»

Su voz es una herida abierta.

«Sí. Incluyéndome a mí.»

Lo digo.

Y por un instante, todo se congela.

Nos miramos.

Inmóviles.

Las respiraciones cortadas.

Las emociones en carne viva.

«No me digas que ya no eres la misma. Que has pasado página. Porque con solo ver cómo me miras, Tex… sé que no has olvidado ni un solo segundo.»

«¿Y tú?» —le escupo—. «¿Tu memoria es tan selectiva como para volver a la cama con quien te dejó las cicatrices más profundas?»

Su sonrisa se apaga.

«No tienes ni idea de lo que duele verte.

Y saber que en realidad… nunca te tuve. Ni siquiera un segundo.»

Siento un nudo en la garganta.

«No viniste a buscarme, Mason. Dejaste que me marchara. Que empezara de nuevo. Elegiste el silencio.»

«Porque sabía que si lo hacía… arrasaría también con esa nueva vida.

Porque cuando se trata de ti, Aria, no tengo freno. No entiendo de medias tintas. O estás conmigo… o me consumo intentándolo.»

«Entonces quémate, Mas.

Pero deja de hacerme daño porque…

porque nadie podría haber sido mi primera vez… si no eras tú.»

Se queda quieto.

Las manos en el pelo.

Después… se gira.

Empieza a alejarse.

Y yo me quedo ahí.

Con la rabia mezclada con la nostalgia.

Con el eco de su nombre latiéndome en el pecho.

.18.
Mason

«Porque nadie podría haber sido mi primera vez… si no fueras tú.»

Esa frase lleva días retumbando en mi cabeza.

Me atormenta.

Me prende fuego.

Me rompe.

Hay algo en la forma en que Tex me mira que todavía consigue destrozar cada puta defensa que intento mantener en pie.

Esas pupilas lo ven todo. Todo lo podrido. Todo lo que intento esconder.

Y aún así… parece que quieran salvarme.

Y justo por eso me jode tanto.

«¿Estás bien? Te noto raro» —pregunta Layla, tumbada a mi lado en la cama de su residencia.

Sus dedos dibujan círculos lentos sobre mi pecho. Sus ojos buscan los míos.

Pero yo estoy a kilómetros.

«Solo cansado. Entrenamientos duros.»

Le suelto la primera excusa que me viene.

Ella sonríe, se acerca, me besa la barbilla.

«Creo que sé cómo relajarte.»

Su cuerpo se desliza contra el mío.

Camiseta ajustada, shorts que apenas tapan las cicatrices del accidente.

Era una luchadora. Y la dejé ir.

Ahora ha vuelto.

Pero no tengo ni idea de si sigo siendo el hombre adecuado para estar a su lado.

Se coloca entre mis piernas, me baja los pantalones de baloncesto con seguridad.

Mi erección empuja contra los boxers. Su calor… hace el resto.

«¿Así vamos bien?» —susurra.

Sus labios se deslizan sobre mí. Cierro los ojos.

Mi mano se enreda en su pelo.

Todo debería apagarse.

Todo.

Pero en mi cabeza solo está Tex.

Su olor.

Su piel.

Su voz.

Aquella noche.

Su primera vez.

Ella debajo de mí.

Su confianza en mis manos.

Su cuerpo temblando, pero rindiéndose al mío como si hubiéramos nacido para perdernos.

No era sexo.

Era ella.

Solo ella.

Y ahora, aunque Layla se mueva sobre mí con experiencia, mi cuerpo responde… pero mi alma sigue atrás.

El orgasmo llega rápido.

Mecánico.

Vacío.

Solo un desahogo físico.

Ella se aparta. Se limpia con el dorso de la mano. Tiene la mirada confusa.

«Pensé que…» —susurra.

«Lo siento. Estoy cansado. No he podido aguantar.»

Mentira.

No es cansancio. Es vacío.

Me visto deprisa.

Ella me mira desde la cama, decepcionada.

«¿A dónde vas?»

«Mañana tengo entrenamiento. Mejor me voy a casa.»

Salgo.

No digo más.
Ni me giro.
En cuanto subo al coche, el único objetivo es no pensar en ella.
Tex.
Encierro las emociones en cajones que no pienso abrir.
Enciendo el motor.
Conducir ayuda.
El ruido. El asfalto. Las luces.
Pero ya ni eso me basta.
Tex me rompió.
Y ni siquiera me di cuenta hasta que fue demasiado tarde.
Llego al loft. Son las once y media.
Espero que esté en su cuarto.
Dormida.
Que no me mire con esos ojos que me obligan a enfrentarme con lo que me he convertido.
Pero la tele está encendida.
Su voz suave se mezcla con los diálogos de una película.
Entro.
Las llaves caen sobre la mesita.
Intento ignorarla.
No mirarla.
Pero es imposible.
Está sentada en el sofá.
Piernas desnudas.
La camiseta larga de Brown le cubre apenas los muslos.
Su piel canela brilla con la luz de la pantalla.
El puto pecado hecho carne.
«Si vas a ver la tele, me voy a mi cuarto», dice.
No respondo.
La cocina. Mi refugio.
Cojo una cerveza.
Luego otra.
Su voz me alcanza desde atrás.
«¿No crees que ya nos hemos hecho suficiente daño?»
Me río. Amargo.

Las palabras salen como cuchillas.

«Nosotros no nos hemos hecho daño, Tex.

Tú me destrozaste.

Yo… solo reaccioné.»

Se tensa.

Yo sigo.

«Sí, me tiré a tu mejor amiga. Pero tú no eras mi novia.

No eras nada.

Y no tenías derecho a tratarme como si te hubiera apuñalado por la espalda.»

Ella se encoge. Los ojos vidriosos.

«Esperé a confiar en ti. Y luego… me dejaste caer.»

Niego con la cabeza.

La miro.

La veo.

Y eso me jode.

«Fuiste tú la que jugó conmigo. Me usaste como escape. Tomaste lo que querías y luego huiste. Como siempre haces.»

«¡Para ya!» —grita, llevándose las manos al pelo.

Intenta no llorar.

Pero las lágrimas ya están ahí.

Las veo.

Me acerco.

Lento.

Amenazante.

Peligroso.

Las palabras se congelan.

Nuestros cuerpos a centímetros.

Ella respira despacio. El pecho sube y baja.

«Crees que te has curado de mí, Aria.

Pero la verdad es que aún llevas marcadas cada una de mis caricias.

Y no hay Londres, ni Adam, ni mentira… que pueda borrar eso.»

«Sabías lo que sentía por ti…»

Su voz tiembla. Pero no es débil. Está cargada.

Es un puto huracán a punto de arrasarme.

«¡Y cuando empezaste a formar parte de cada puto segundo de mi vida, seguiste mintiéndome!»

Me encojo de hombros, fingiendo que no me afectan sus palabras. Que me resbalan.

Mentira.

«Vale. Pongámoslo así. Pero ahora dime tú…»

Doy un paso hacia ella.

Luego otro.

Ella retrocede. Uno. Dos.

Hasta que la espalda le choca con la pared.

Respira entrecortado. Sus ojos buscan una salida.

No se la doy.

Mi cuerpo cubre el suyo. La aísla del mundo. La consume solo con estar cerca.

«¿Qué coño quieres de mí, Aria?» —le gruño, a un suspiro de su boca.

Mi pulgar roza sus labios.

La siento temblar. La veo abrirlos.

La conozco.

Sigue reaccionando igual.

Me mira.

No.

Me suplica.

Que no pare.

Que lo acabe todo aquí. Contra esa pared.

Como si el sexo pudiera quemar el dolor, el pasado, las putas mentiras.

«Podría follarte ahora mismo… y tú me dejarías.»

Sus ojos se rinden.

Se rompen dentro de los míos como cristal que estalla.

Y cuando pronuncia mi nombre —«Mas…»— es un susurro.

Una súplica.

Una confesión.

Su voz tiembla como si estuviera cayendo… y quisiera que yo fuera su aterrizaje.

«Pero no creo que a tu novio le hiciera gracia» —le recuerdo.

Con un movimiento seco, me separo de su cuerpo.

Me doy la vuelta.

Y me voy.

Las manos me tiemblan.

El pecho arde.

Las venas me laten bajo la piel.

Porque nosotros aún somos esto.

Locura pura.

Sin reglas.

Sin magia.

Solo fuego y cenizas.

Deseo y destrucción.

Ella es la chispa que enciende cada demonio que tengo dentro.

El aleteo negro de una mariposa que no trae belleza… sino tormenta.

Y yo, joder… yo soy la tormenta.

«Mas…»

Su voz me alcanza cuando ya estoy a medio tramo de la escalera.

Me detengo.

En silencio.

«Es verdad…»

Su voz se rompe.

«Si quisieras tocarme… te dejaría.»

Me giro despacio.

La miro.

Y estoy jodido.

Subo dos escalones de golpe.

Y ya estoy otra vez encima de ella.

Mis manos le enmarcan la cara.

Los dedos me tiemblan.

Mis pulgares rozan su piel como si intentaran memorizarla, centímetro a centímetro.

Sigue siendo ella.

Y a la vez… es otra.

Su boca.

El pequeño lunar en la comisura.

Los ojos que me han perseguido hasta en sueños.

El pecado con cara de santa.

«Eres veneno, Tex» —murmuro. «Y aún así… no puedo dejar de probarte.»

Y la beso.

Con rabia.

Con hambre.

Con urgencia.

La beso como si fuera lo último que pudiera tener en el puto mundo.

Sus piernas se enredan en mi cintura, su cuerpo se pega al mío con una fuerza que me hace perder el control.

La mantengo alzada contra la pared.

Nuestras lenguas se funden en una danza salvaje, jodida, desesperada.

Nuestros cuerpos saben qué hacer.

Aunque nuestras mentes estén gritando que paremos.

Estamos hechos para perdernos.

Y lo estamos haciendo. Otra vez.

Pero esta vez…

No.

No puedo.

Con un tirón, me aparto de sus labios.

Me quedo ahí.

Jadeando.

Con los puños cerrados.

«Sí. Te dejarías follar por mí» —susurro.

«Pero el problema es que esta vez… soy yo el que ya no quiere.»

Su cuerpo se desliza por la pared.

Como una muñeca rota.

Como si le hubiera arrancado el alma.

Como si yo la hubiera perdido con ella.

Y me voy.

Porque Aria Swan es todo lo que quiero.

Y justo por eso… es todo lo que no puedo tener.

.19.

Aria

No dejo de pensar en ese beso.

En Mas.

Y me odio a mí misma por habérselo permitido.

Cada vez que estoy cerca de él, algo dentro de mí estalla.

Es como si mi cuerpo reconociera el suyo incluso antes de que mi mente tenga tiempo de protegerse.

Pensaba que Londres, la distancia, incluso Adam…

Pensaba que todo eso sería suficiente para borrarlo.

Pero me equivocaba.

Mason Casey sigue obsesionándome.

Se traga mis días y me asfixia las noches.

Es una burbuja sin oxígeno.

Una cárcel hecha de miradas y recuerdos.

Bajo las escaleras con la mochila al hombro y me dirijo a la parada del bus.

La Brown está a media hora desde casa de Jamal.

Él se ofreció a llevarme después de los entrenos, pero puse una excusa.

No quiero arriesgarme a estar en el coche con Mas.

No lo soportaría.

Me destrozaría en silencio, solo estando ahí, tan cerca.

«Te dejarías follar por mí, pero soy yo el que ya no te quiere, Aria.»

Sus palabras aún me queman la piel.

Como cuchillas finas que no paran de cortar.

Pero, en el fondo…

¿Qué esperaba?

Subo las escaleras del campus, me abrazo con la chaqueta fina, y cuando oigo mi nombre, me doy la vuelta instintivamente.

Layla.

La última persona que quería encontrarme.

Guapa. Perfecta. Radiante.

La que estuvo antes que yo.

La que ha vuelto.

La que ahora es, otra vez, su novia.

«Te he estado buscando estos días» —dice con una sonrisa sincera que solo me hace sentir más culpable.

No entiendo qué quiere de mí.

Fingo una cortesía que no siento.

«¿Puedo ayudarte en algo?»

Aunque por dentro querría gritarle:

"¿Te habrías fiado de mí si supieras que besé a tu novio?"

«Pensé que podríamos ser amigas.»

¿Amigas?

El destino me está castigando.

No hay otra explicación.

Habla. Camina a mi lado. Me propone tomar un café.

No sé si es inconsciencia o instinto de supervivencia, pero acepto.

Nos sentamos. Pedimos algo.

Layla me cuenta que su compañera de piso se va a vivir con su novio.

Que tal vez pronto haya una cama libre en la residencia.

Sonrío. Forzadamente.

El nudo en la garganta es real.

«Mañana hay partido. ¿Vienes?» —pregunta, emocionada.

Me recuerda a una cheerleader de peli americana.

Perfecta e ingenua.

«Sí… mañana llega mi novio» —digo.

Más para recordármelo a mí misma que a ella.

Recordarme quién soy. Dónde estoy. Con quién estoy.

«¡Genial! ¡Podemos ir juntas! En la zona VIP… luego salimos todos.»

Se levanta, me saluda y se va.

Yo me quedo ahí.

Y entonces lo veo.

Mason.

Apoyado contra la pared.

Gafas de sol. Inmóvil.

No sé cuánto tiempo lleva ahí.

No sé si me está mirando a mí o a Layla.

Pero cuando ella lo alcanza y él la atrae hacia sí con ese beso,

ese maldito beso que nunca me dio así a mí,

algo dentro de mí se rompe.

Aparto la mirada.

Y siento cómo el dolor me va comiendo por dentro.

Después de clase, tengo una hora libre. La biblioteca me recibe con su silencio amortiguado.

Busco una novela, algo que leer, algo que me distraiga.

Me pierdo entre las estanterías como si de verdad pudieran protegerme de todo.

"Mujercitas".

Jo, impulsiva e indomable, un poco como yo.

Pero la tregua no dura mucho.

Una voz.

La suya.

«¿Has decidido esconderte en un libro para huir de la realidad, Aria?»

Me giro.

Él.

A pocos pasos.

Demasiado cerca.

Siempre demasiado.

«¿Qué quieres, Mas?»

Intento alejarme, pero él me agarra.

Su brazo en el mío como una soga que aprieta.

«Mañana será divertido. Todos juntitos. Tú, yo, Layla… Adam.»

Su voz es veneno que resbala lento.

«Me besaste» —susurra contra mis labios.

Su boca está ahí. La siento.

Mi corazón se acelera. La respiración se detiene.

El mundo se detiene.

«Tú también lo hiciste» —respondo.

«Y eso no te impidió sentirte culpable por Layla.»

Él sonríe. Esa sonrisa torcida, cabrona.

Esa sonrisa que una vez me hacía temblar las piernas.

«Te vi mirarme mientras la besaba.»

Vacilo.

Sí. Lo miré.

Sí. Quise ser yo.

Pero no pienso admitirlo.

«Deberías centrarte en ella, no en mí» —le suelto, arrancando mi brazo de su agarre.

«Ojalá pudiera. No sabes cuánto…»

Y se va.

Otra vez.

Dejándome, recogiendo los pedazos.

Quizás aún me guarda rencor.

Quizás solo quiere vengarse.

Quizás es un juego.

Pero si todavía está tan cabreado…

Si aún duele tanto…

Significa que todavía siente algo.

Y yo…

Yo no sé si estoy lista para soportarlo de nuevo.

Porque esto…

No es amor.

O al menos… no lo es como la gente espera que sea.

No es el de las novelas, ni el de las pelis.

Pero algo entre nosotros existió.

Algo que tuvo la fuerza de cambiar mi piel.

Que grabó mi nombre dentro del suyo, y el suyo en el mío.

Y ahora… ya no sé dónde termino yo y dónde empieza él.

Nada más ver a Adam salir por la puerta de llegadas, sus ojos se iluminan.

Corre hacia mí como si fuera lo único que había deseado ver.

«¡Por fin!» —exclama, rodeándome con un abrazo cálido, sincero.

«Yo también te he echado de menos…»

Mi voz es apenas un susurro.

Lo abrazo, sí, pero no siento lo que debería sentir.

«Déjame mirarte bien…» —me coge la cara entre las manos—. «Estás cada vez más guapa.»

Y luego me besa.

Un beso largo, lleno, hambriento.

Le sigo el juego, pero solo durante un momento.

Doy un paso atrás, me toco los labios con los dedos, buscando un aire que no encuentro.

«¿Te has cortado?» —sonríe.

«Demasiada gente alrededor, nada más.»

Mientras caminamos hacia la recogida de equipaje, intento distraerme.

«¿Qué tal el vuelo?»

«Fatal. Turbulencias. Ya sabes que las odio.»

Me lo imagino sentado junto a la ventanilla, con la persiana bajada y las manos sudorosas.

Sonrío.

A la salida del aeropuerto, pillamos el primer taxi.

«¿Lista para ver dónde va a empezar mi nueva vida?»

«Más que lista» —respondo.

Solo que esa nueva vida no es la mía.

El restaurante es elegante, el edificio antiguo y lleno de historia.

Adam entra a hablar con el jefe, yo me quedo fuera esperando.

«¡Ya está!» —dice al salir, agitando una llave—. «El alojamiento está justo detrás. ¿Vienes?»

Lo sigo en silencio.

El estudio es acogedor, ordenado. Una monada.

«Es perfecto» —digo mientras observo las líneas limpias de la habitación.

Adam me abraza por detrás, apoyando la barbilla en mi hombro.

«Podrías quedarte aquí conmigo. Hasta que te asignen habitación.»

Me tenso.

Y él se da cuenta.

«¿Aria? ¿Todo bien?»

Me doy la vuelta.

«Sí, claro. Es solo que esto del dormitorio me agobia un poco.»

«Pensé que te haría ilusión… estar conmigo, despertarte a mi lado.»

Sus ojos están llenos de esperanza.

«Sabes que el campus está lejos. No podría organizarme bien.»

Es una excusa. Pero suena lo bastante real como para colar.

«Vale» —dice, forzando una sonrisa—. «Por ahora me conformo con saber que estás aquí.»

Me siento a su lado en la cama.

«Te ayudo a deshacer la maleta. Así mañana lo tienes todo listo.»

Una hora después, seguimos ahí, doblando camisetas y ordenando cajones.

«Es una pena no estrenar la cama ya…» —comenta él, guiñándome un ojo.

«Lo siento por ti, vaquero» —respondo en broma—. «Pero esta noche tenemos partido.»

«Cierto, el famoso partido…»

Su voz baja un tono.

«Te mencioné lo del after con Jamal, Layla… y Mason.»

«Claro. Es solo una cerveza, ¿no?»

Me mira a los ojos. Quiere saber si le oculto algo.

«Exacto. Solo una cerveza.»

Sonríe.

«Pero después, eres mía. ¿Vale? Te necesito.»

Asiento.

Pero yo… yo no sé de quién soy.

Solo sé que me siento perdida.

Y que la única vez que sentí que pertenecía a algo… fue entre los brazos equivocados.

A la entrada del Fenway Park, enseño el pase que Jamal me dejó el día que llegué.

El chico de seguridad lo escanea y nos indica el acceso a la zona VIP.

«Guau…» —murmura Adam, mirando el estadio mientras subimos los escalones.

La vista desde aquí arriba es increíble. El diamante perfecto del campo brilla bajo el sol de la tarde.

«¡Ya estáis aquí!» —exclama Layla, viniendo hacia nosotros con una sonrisa de anuncio.

«¡Hola!» —le contesto, y le presento a Adam.

«Encantada» —dice él, dándole la mano con su elegancia de siempre.

Una chica pelirroja se acerca enseguida.

«¿Eres la hermana de Jamal?»

«Sí…» —respondo, estudiándola. Hay algo en ella que me suena. ¿Dónde la he visto antes?

«Soy Sam, una amiga suya.»

La saludo con un gesto amable, aunque su nombre y su cara se me quedan grabados.

Una voz potente retumba por los altavoces:

«¡Los equipos están entrando al campo!»

Yankees contra Red Sox. El clásico.

El estadio ruge.

Mason aparece en la línea de bateo con el número 8 en rojo en la espalda.

La grada lo vitorea.

«Es el nuevo capitán desde la lesión de Miller» —me susurra Layla, toda orgullosa.

«Es un gran salto…» —murmura Adam.

Abajo, Jamal se prepara para el primer inning.

Lanza. Strike.

Lanza otra vez. Segundo strike.

Todo el estadio contiene la respiración.

Pero en el tercer lanzamiento, Neil Statter —una cara conocida de la Hill— conecta.

«Joder…» —murmura Layla, poniéndose de pie.

La pelota vuela por encima del jardín izquierdo.

Neil corre. Primera. Segunda. Tercera. Home.

Empate.

«¡Podríamos haberlo eliminado!» —protesta Layla, cruzándose de brazos con frustración.

En la séptima entrada, el marcador sigue igualado. Y ahora le toca a Mason.

«The Matrix se prepara para batear…» —ronronea la voz del speaker.

Un silencio sobrecogedor envuelve el estadio.

Mas se acomoda la gorra.

Hacia atrás, como hacía de crío en nuestro jardín.

Clic. Un recuerdo se dispara en mi cabeza, como una foto: yo mirándolo por la ventana mientras juega con Jamal.

La pelota sale disparada.

Un segundo después, el bate la revienta.

Fuera del campo.

El estadio explota.

«¡SÍ!» grita Adam a mi lado. Yo me quedo de pie, las manos sobre la boca, el corazón desbocado.

Mason corre por las bases. Jamal va a su encuentro.

Empiezan su ridículo baile de la victoria, meneando las caderas como dos críos. Los demás los siguen, brazo alzado: una referencia clarísima a... bueno, a los Yankees de rodillas.

Me dejo caer despacio. Todavía sin aire.

En el parking privado de los jugadores, media hora después, Mason y Jamal salen del vestuario con la camiseta abierta y la adrenalina todavía pegada a la piel.

«¡Adam!» exclama Jamal, dándole un abrazo. «Qué alegría verte, tío.»

Adam sonríe. «Pedazo de partido.»

«Mason» dice luego, con un gesto seco.

Mas no contesta. Solo le lanza una mirada de medio lado.

«¿Y vosotros qué? ¿Os vais a plantar aquí? Tenemos mesa reservada.»

«Vamos en tu coche» le digo a Jamal, adelantándome.

Él me mira raro, pero no pregunta nada.

Durante el camino al Crystal, el local de la after, Jamal y Adam comentan la jugada, las estrategias, el restaurante.

Yo me quedo mirando por la ventanilla. Las luces de la ciudad pasan como un borrón.

«¿Estás bien?» me pregunta Sam, en un susurro.

Me giro. Tiene la cara dulce.

«Sí, solo estoy un poco cansada.»

Asiente, pero hay algo en ella que me da mala espina. Una sensación rara. Como si ya la conociera.

«¡Swan! ¡Tremendo partido!» nos saluda el portero mientras nos deja pasar.

«¿También tenéis sellos VIP?» comento, mirando mi muñeca.

«Es para distinguir las zonas» dice Jamal.

«Déjame adivinar… ¿zona exclusiva?»

«Obvio» sonríe.

El local es una explosión de música, luces locas y voces empapadas en alcohol.

Estamos en el núcleo de la noche de Boston, pero mi mente está en otra parte.

Adam me agarra la mano.

«¿No crees que falta algo?»

«¿El qué?»

«Un brindis. Por nosotros.»

Levanta el vaso. Lo imito. Pero el ruido en mi cabeza es tan fuerte que no lo saboreo.

«Hermana, ve haciéndote a la idea: tu brother es una jodida leyenda ya.»

Pongo los ojos en blanco, lista para soltarle algo sarcástico, cuando alguien me golpea. O mejor dicho… él me golpea.

Me doy la vuelta y mi mirada choca contra un abismo verde. Mason.

Su pecho está a un suspiro de mi cara. Me congelo.

«No deberías pararte así de golpe, Aria» suelta sin emoción, pasando de largo para reunirse con Jamal.

Se empujan entre risas, saltan como si tuvieran quince años. El corazón me golpea fuerte.

«¿Layla?» le susurro a Sam, aunque sé que no me dirá nada útil.

Pero Sam es lista. Capta todo.

«¿Mason? ¿Y Layla?» pregunta en alto con falsa indiferencia.

Mas se encoge de hombros. «No se encontraba muy bien. La dejé en el campus.»

Raro. Hace nada parecía encantada de venir. Quizá... ya se ha enterado de algo.

El resto del grupo nos alcanza. Nos sentamos en los sofás redondos al borde de la pista.

Un DJ pone *Bob Sinclair – Rock This Party* y la música lo llena todo, mezclada con haces de luz y destellos de estrobos. Champagne por todas partes, sushi sobre bandejas heladas.

Y él… Mason.

Sentado justo enfrente de mí. Solo una mesita baja entre los dos. Pero es como si no hubiese nada.

La sala es un óvalo de espejos y cristales. Cuelgan lámparas gigantes como estrellas caídas. El techo está cubierto por telas negras, las columnas parecen de templo… o de trampa.

«Buen partido, Mason» dice Adam, intentando sonar amable.

Mas apenas levanta la vista. Mandíbula tensa. Mirada impenetrable.

«¿Adam, no?» pregunta como si lo viera por primera vez.

Adam suelta una risa incómoda. «Sí, sigo siendo yo.»

«Mira» Mas se inclina hacia delante. Su voz es baja, pero letal. «No hace falta que intentes caerme bien solo porque te tiras a Tex.»

El vaso de champán le tiembla entre los dedos. Y antes de que nadie diga nada, se levanta y desaparece entre la gente.

«Perdona» le digo a Adam. «Necesito hablar con él.»

Me lanzo entre la multitud. Me empujan por todos lados. La música me retumba en las sienes.

Lo busco.

Lo encuentro.

Apoyado en una columna como si el mundo no pudiera tocarle.

«¿Se puede saber qué coño te pasa?» le suelto sin aliento.

«Solo quería ser amable.»

Mas sonríe. Pero es esa clase de sonrisa que escuece.

«Todo esto…» hace un gesto vago, «no tiene sentido.»

«¿A qué te refieres?»

«A nosotros, Tex.»

Mi cuerpo se tensa.

«No hay ningún nosotros, Mas. Nunca lo ha habido.»

Se ríe. Una risa afilada como una navaja.

«¿Vas a mentirte también a ti misma? Adelante. Pero yo te conozco. Tú sabes lo que quieres.»

Se acerca. Demasiado.

Su aliento me roza la piel.

Su pulgar encuentra mi hombro desnudo y lo acaricia apenas. Cierro los ojos.

«Para, Mas…»

«No quieres que pare de verdad.»

Sus labios están a un suspiro de los míos. Y yo… yo no me muevo.

Podría besarle.

Aquí.

Ahora.

Adam podría estar a dos pasos.

Todos podrían vernos.

Y aún así, no me aparto.

«Llévame de aquí» quiero decirle.

Pero no lo hago.

No puedo.

No sería justo.

No sería lógico.

Solo que, con Mason… la lógica nunca ha existido.

«¿Te acuerdas?»

Su voz es áspera, más rota que de costumbre.

«Cuando te volví a ver, lo primero que te dije fue que te haría daño. Porque solo pensarlo… me consolaba. Me hacía sentir menos jodido por lo que tú me habías hecho.»

Frunzo el ceño, sin entender.

«¿Mas, de qué estás hablando?»

Él niega con la cabeza, se pasa la mano por el pelo despeinándolo.

«De nosotros, Tex. De ese beso. Joder… ¿en serio no lo ves? Cuanto más intentamos mantenernos lejos, más buscamos excusas para quedarnos cerca. Dime que no te pasa igual. Dímelo.»

Quiero decirle que está loco.

Que no es verdad.

Pero sus palabras me golpean como un disparo. Porque sí, lo siento.

Es como si cada vez que nos alejamos, algo me tirara de vuelta a él.

Como si tuviésemos un hilo invisible entre la piel y el alma.

«Fue un beso. Solo eso, Mas. Tú estás con Layla, yo con Adam. Ese es nuestro lugar, ¿no?»

Mi voz tiembla. Estoy mintiendo. A él. A mí.

Mas sonríe, apenas.

«Un beso no cambia nada, ¿no? Qué pena que a mí me lo haya cambiado todo.»

Hace una pausa. Respira. Y suelta la bomba.

«Ya no estoy con Layla.»

Me quedo inmóvil.

«¿Qué?»

«Le he contado todo.»

«¿Todo qué, Mason?»

La voz se me rompe. No quiero saberlo. Pero necesito oírlo.

«De ti. De nosotros. De este… puto caos perfecto que somos cada vez que nos rozamos.»

Me falta el aire.

Lo ha hecho de verdad.

«¿Por qué?»

Es lo único que logro decir.

«¿Para castigarme? ¿Para pasarme la culpa? ¿Ahora duermes tranquilo mientras yo finjo ser la buena chica al lado de Adam?»

Mas da un paso hacia mí. Luego se detiene.

«No. Lo hice porque ya no podía mirarla sin pensar en ti.»

Me abrazo a mí misma. Tengo frío. Por dentro. Como si sus palabras me estuvieran arrasando.

«¿Y… cómo reaccionó?»

Mi voz sale baja. Pequeña.

«Como cualquier chica a la que le arrancan el corazón a manos desnudas.»

Silencio. Pero no dura.

«¿Quién ha sido la traicionada?»

Me giro de golpe.

Jamal.

Está ahí. Quieto. Brazos caídos. La mirada fija en Mason, que no retrocede ni un milímetro.

«Layla ha sido la traicionada» responde Mason, su voz tan dura como el acero. «Yo la he traicionado. Con tu hermana.»

Silencio. Pero esta vez… es solo el instante antes de la tormenta.

.20.

Mason

«¿De qué coño estás hablando?»

La voz de Jamal estalla como una granada. La copa de champán se le escurre de las manos y se hace añicos contra el suelo.

Le miro directo a los ojos. Ya no me escondo.

«He besado a tu hermana. Y lo volvería a hacer. Una, cien, mil veces.»

Un silencio helado cae sobre el local, como si alguien hubiera pulsado el botón de pausa.

Jamal me mira primero a mí, luego a Aria. Su mirada es puro veneno.

«Dime que esta mierda no es cierta. ¿Tú y Mason?!»

Le tiembla la voz. Está herido. Pero eso no va a hacer que me eche atrás.

«¿Tú y Mason qué?»

Adam. A su espalda. El timing perfecto.

Tex no dice ni una palabra. No puede.

Se da la vuelta. Y sale corriendo. Empujando a quien se cruce por delante, como si no pudiera respirar.

Quisiera ir tras ella, pero no puedo. Primero tengo que enfrentarme al huracán que acabo de desatar.

«¿Alguien me va a explicar qué coño está pasando?»

Adam nos mira a los dos. Jamal baja la cabeza, apretando la mandíbula. Está conteniéndose.

«Pregúntaselo a Tex», le suelto, seco. Solo quiero que se largue.

Adam aprieta los dientes, da media vuelta y se va.

Jamal, en cambio, se queda.

Se gira hacia mí, y me clava un dedo en el pecho con una rabia que le arde en los ojos.

«¡Es mi hermana, joder!»

La voz le tiembla. Está a punto de perder el control.

«¿Crees que no lo sé?! ¿Que no me lo he repetido mil veces antes de dejarme llevar por lo que siento?!»

Grito yo también. Ya no puedo más.

«Tenía que haberse quedado fuera de tu alcance, Mas. Fuera.»

Se da la vuelta para irse.

Le agarro del brazo.

«No te vas así, Swan. No después de todo esto.»

Se gira. Su mirada es puro hielo.

«Para mí, esto se acabó. Has cruzado la línea. Ya no hay nada más que decir.»

Cada palabra es una puñalada en el estómago.

Le miro alejarse.

Con él se van los años, los recuerdos, el amigo que me ha salvado más de una vez.

Se le pasará, me digo. Tiene que pasársele.

Luego, silencio. Solo yo y la botella de vodka que el camarero me ha dejado hace veinte minutos.

Bebo. Mucho. Demasiado. Y nadie se acerca. Todos saben que es mejor mantenerse alejados ahora mismo.

Y entonces lo siento.

Una mano me toca el hombro.

Me giro apenas, pero no me da tiempo a decir nada.

BAM.

El puñetazo me da de lleno en la mandíbula.

El mundo gira. Me desplomo. Siento el sabor metálico de la sangre llenándome la boca.

Levanto la vista.

Adam.

Sonrío.

Perfecto.

Estoy a punto de levantarme, listo para devolvérsela, cuando oigo su voz.

«¡¿Qué coño has hecho?!»

Tex.

Está ahí. Temblando. Con los ojos brillantes.

Me pongo en pie, crujiendo el cuello.

«No le grites así», le digo entre dientes.

«¡Cada vez que aparece él, tu vida se va a la mierda! ¿No lo ves?!»

Su voz revienta. Aria se encoge sobre sí misma, como si quisiera desaparecer.

Ya basta.

«¡No la trates así!»

Grito. Los puños apretados. Los nudillos blancos.

Y entonces le golpeo. Otro. Y otro más.

Adam acaba en el suelo.

Sus gritos, sus insultos… se esfuman.

No oigo nada. Solo mi corazón, desbocado.

Unos brazos me agarran. Me inmovilizan.

Maxwell y otro del equipo me empujan contra una columna.

Adam tiene la cara hecha un cristo. Tex llora. Sus sollozos me destrozan.

Llega Jamal.

«Necesita un médico.»

Sus palabras me llegan como si estuviera bajo el agua.

Maxwell me sujeta, me arrastra fuera.

«Vamos. Alguien ha llamado a la poli.»

«¡Suéltame!»

Me revuelvo. Pero él aprieta más fuerte.

Abre una puerta trasera y me lanza fuera.

El aire de la noche me golpea de lleno. El corazón me martillea el pecho.

«Menuda mierda, Mas.»

Maxwell niega con la cabeza. Las manos en la cintura.

«Él ha empezado», murmuro, escupiendo sangre.

«Da igual. Eres el puto capitán. Si esto sale a la luz… estamos todos jodidos.»

Tiene razón. Pero no puedo pensar en eso. Solo puedo pensar en Aria.

Su expresión.

El dolor.

Max me mete en el coche y me lleva de vuelta.

En el loft me echo hielo en la mandíbula y le lanzo una cerveza.

«Ese cabrón tiene buen gancho», comento, intentando tapar el caos que llevo dentro.

«Cualquiera lo tendría, si se entera de que te has tirado a su chica», suelta él, sin filtros.

«Solo nos besamos. Y no estaba solo. Ella también estaba ahí.»

«Es la hermana de tu mejor amigo, Mason. ¿Lo pillas? Te has cargado años de amistad… por una chica.»

Le miro.

Luego miro al vacío.

Y por dentro sé una sola cosa.

Ha valido la pena.

Ese es el puto problema.

Ella no es una chica cualquiera.

Solo yo veo lo que hay más allá de ese muro que levanta cada vez que quiere esconderse del mundo.

Solo yo reconozco en sus ojos los pensamientos que nunca dice.

Solo yo percibo esa parte un poco oscura de ella… esa que encaja con la mía.

No nos elegimos.

Siempre nos hemos pertenecido.

Es distinto.

Y duele como el puto infierno.

*****

Me despierto con una resaca que me destroza.

No tengo ni puta idea de cuántas botellas me bebí después de que Maxwell se largara, pero el sofá me lo deja claro: ni siquiera llegué a la cama.

La luz entra a cuchilladas por el ventanal.

Me cubro la cara con la mano y trato de incorporarme.

El suelo es un campo de batalla: botellas vacías, etiquetas arrugadas y restos de otra noche que se ha ido a la mierda.

El mismo puto guion de siempre.

Cuando estoy a punto de caer, prefiero acelerar la caída.

Mejor estrellarme solo que quedarme flotando en la mierda.

Me levanto. Me tambaleo.

«Café… Necesito café, joder.»

Me arrastro hasta la cocina, con la mirada clavada en la puerta de su habitación.

¿Está ahí?

¿Volvió anoche?

¿Me ha visto hecho polvo otra vez?

Y luego… ¿le ha dicho algo a Adam? ¿Ha tenido los ovarios de ver las cosas como son?

Sin filtros.

Sin fingir que lo nuestro no es un puto problema real.

Porque sí…

Hay mitades rotas destinadas a encajar.

Hay mariposas como ella, hechas para provocar el caos.

Y demonios como yo, que solo saben vivir dentro de ese caos.

«Deja de mirar esa puerta.»

La voz de Jamal me atraviesa.

Entra en la cocina, lanza las llaves del coche sobre la barra y se sirve un café.

«Tex no está. Se ha ido con Adam. Acabo de llevarla.»

Me pongo tenso.

La mano que sostiene la taza empieza a temblar.

«¿Cuánto tiempo más vas a seguir castigándome?»

Mi voz suena baja, raspada por el sueño y por la rabia.

«¿Castigarte? Mason… Te has castigado tú solo.»

Da un sorbo a su café y pasa a mi lado como si no valiera nada.

«No estaba previsto.»

Mi voz se quiebra, apenas un poco.

«¿Qué no estaba previsto? ¿Tex? A ver si lo adivino: ahora me vas a decir que te has enamorado de mi hermana. Porque, tío, perdona si no me lo creo ni de coña.»

Le miro.

«No. No estoy enamorado de ella.»

Estalla en una risa amarga.

«Al menos tienes los huevos de no soltar gilipolleces.»

«Porque no es amor, Jamal. No del de novela, con "para siempres" y promesas vacías. Esto… es más. No necesita definición. Es real. Somos nosotros. Y punto.»

Jamal me clava la mirada. Luego niega con la cabeza.

«Entonces explícame por qué coño lo has mandado todo a la mierda.»

«Porque ella pasó.»

Lo digo así. Simple.

Como se dice que está lloviendo. Que hace frío. Que el mundo gira.

«Entró en mi vida sin permiso. Y no hice nada para evitarlo.

No estoy aquí para joderlo todo, aunque entiendo que te cueste creerlo.»

Deja la taza con una calma que da miedo.

«Entonces júramelo.»

Se gira. Los ojos ardiendo.

«Júramelo, Mason. Júrame que no la vas a hacer daño. Que no vas a hacerla sufrir. Que no me vas a obligar a elegir entre tú y ella.»

El silencio que sigue es una sentencia.

«No. No puedo.»

Y no miento. Jamás.

Jamal da un paso atrás. Se pone rígido.

Luego se da la vuelta para irse.

Pero justo antes de que salga, hablo otra vez.

«Espera.»

Se detiene. Me mira, esperando.

«Aún tengo algo que decirte. Es verdad. No puedo jurarte todas esas cosas…»

Me callo. Le miro. Le dejo respirar esas palabras.

«Pero no tienes ni idea de lo que podría llegar a darle incluso sin prometerle nada.

No puedo asegurarte que nunca la haré sufrir, Jamal, pero sé que puedo hacerla feliz de una forma en la que nadie más en este puto mundo podría.»

Él niega con la cabeza. Se ríe, pero es un sonido seco, hueco.

«¿Y eso debería bastarme? Tú, que nunca has sabido mantener una mierda. Hablas como si de repente fueras el chico perfecto.»

«No soy perfecto. Y no lo seré jamás.»

Me acerco.

«Pero si hay algo que tengo claro, es que nunca he querido a nadie como la quiero a ella.

Y no hablo solo de carne, Jamal. Hablo de una parte de mí que solo se reconoce cuando está con ella.

¿Te suena cursi? Pues sí. Y aun así, es la puta verdad.»

«Entonces ¿por qué no te mantuviste lejos, Mas?»

Sus ojos se afilan. Se endurecen.

«¿Por qué la tocaste, joder?

¿Por qué pusiste tus manos sobre la única persona que, en este mundo de mierda, me prometí a mí mismo que siempre quedaría fuera de todo esto?»

Su voz retumba en el silencio tenso de la cocina.

Y yo no lo interrumpo. Le dejo hablar.

Lo necesita.

Se lo merece.

«¿Sabes cómo era Aria de pequeña? Siempre con cómics en la mano, siempre con las rodillas peladas y esos ojos enormes para lo pequeño que era su rostro. ¿Y ahora me vienes con que podrías hacerla feliz? ¿Tú, con toda la oscuridad que llevas dentro?»

«Porque ella conoce esa oscuridad.»

Mi voz es baja, firme.

«Porque no le tiene miedo. Porque es una puta luz que no quiere salvarme… solo quiere verme tal y como soy. Y créeme, Jam, no hay nada más raro que eso.»

Jamal baja la mirada. El labio le tiembla un segundo.

Luego susurra:

«Ella no está hecha para tormentas, Mas.

Ella es… frágil.»

«No. No lo es.»

Me acerco a él.

«Tú crees que la proteges manteniéndola lejos de mí, pero estás equivocado. Aria es fuego, Jamal. Y ese fuego me ha elegido a mí

para arder.»

Él golpea con los puños la encimera de la cocina.

«Si la rompes… te juro por todo lo que hemos vivido juntos… te reviento. ¿Lo entiendes? Te reviento, Mason. Y no será de un puñetazo. Será lento. Como dejar sin aire a un pez fuera del agua.»

Asiento.

«Entonces escúchame tú ahora, Jamal: si algún día tengo que ahogarme, prefiero hacerlo en sus manos.

Porque al menos sabré que fue por algo que merecía la pena.»

Él se queda inmóvil. Luego se pasa una mano por la cara, como si quisiera quitarse de encima todo ese puto caos.

«No quiero veros juntos. No ahora. No todavía.

Dame tiempo para asimilarlo. Y si das un solo paso en falso…» Me apunta con el dedo. «…te borro. No como amigo. Como ser humano.»

Me limito a esbozar una sonrisa torcida.

«Lo acepto. Pero esta vez… no voy a huir. No de ella.»

Recojo las llaves del coche del mueble y salgo sin mirar atrás.

No porque no me importe.

Sino porque si lo hiciera, le diría que, en el fondo…

Aria no es solo la hermana de mi mejor amigo.

Aria es el único lugar donde me siento en casa.

Y eso, ni siquiera él podrá impedirme vivirlo.

.21.

Aria

Salgo del baño después de una ducha que parecía no acabar nunca. El agua caliente ha corrido por mi piel sin conseguir quitarme de encima lo que llevo dentro.

No he pegado ojo esta noche. No paro de repasar en mi cabeza todo lo que pasó ayer.

Mason.

Su beso.

La forma en que soltó toda la verdad delante de Jamal. Delante de Adam.

Me arrinconó, obligándome a confesar en el peor momento posible.

No así. No era el momento. No quería ocultárselo, ni a uno ni al otro.

Solo quería… protegerlos.

Proteger a Adam de una verdad que lo destrozaría.

Proteger a Jamal de la decepción.

Protegerme a mí misma del caos.

Adam aparece en el umbral con el uniforme puesto. Ya lleva la gorra, listo para su turno.

«Tengo que bajar en un rato» —dice, buscándome la mirada—. «Hay café caliente, si te apetece. Puedo prepararte algo también en la cocina. No es molestia.»

«No, estoy bien así, gracias.»

Mi voz suena baja, demasiado plana.

Él se sienta a mi lado en la cama, apoyándose en los codos.

«Aria… ya te lo dije. No tienes que sentirte culpable.

Sé cómo ese tío consigue… joderte la cabeza.»

Cierro los ojos.

No, Adam.

No es culpa suya. Es mía. Porque no se trata solo de cabeza. Se trata de corazón. De piel. De cada maldito latido.

Él intenta quitarme un peso, pero el peso… soy yo.

«¿Podemos no hablar más de esto?»

Su mejilla aún tiene el moratón, los labios partidos.

Me hundo cada vez que lo miro.

«Lo intentaré» —dice simplemente. Luego se levanta y se acerca para darme un beso suave en la sien.

«Nos vemos luego.»

Lo observo salir por la puerta y desaparecer por el pasillo.

Y me pregunto por enésima vez cómo es posible que, después de todo, todavía esté aquí.

Me obligo a pensar en otra cosa. Abro la caja que me traje conmigo y busco los libros para el examen de literatura.

Saco uno. Lo abro.

Leo una frase.

La releo.

Pero se queda ahí, muerta sobre el papel.

Cierro el libro con un bufido y lo lanzo a la cama.

Miro a mi alrededor.

Quizá debería ordenar mis cosas. Quizá debería decidir si de verdad me quedo aquí.

Vivir con Adam.

Ser la chica que se despierta a su lado, cada día, con el corazón lleno… de otro.

No. Basta.

Cojo el abrigo. Salgo.

Hoy la biblioteca será mi salvavidas.

Nada más doblar la esquina, el coche de Jamal frena delante de mí con un golpe seco. La ventanilla se baja.

«Iba a buscarte.»

Cierro los ojos un segundo. No. No ahora.

«Jamal, voy al campus. ¿Podemos dejarlo para otro momento?» —intento suplicar.

Él se inclina y me abre la puerta del copiloto.

Es una invitación. Pero pesa como una amenaza.

Me siento a su lado. Las manos sobre los muslos. La mirada baja.

Las pulseras me aprietan las muñecas, las cicatrices que escondo debajo de la piel me arden sin tocarlas.

Tras un largo silencio, su voz corta el aire.

«¿Cómo ha pasado?»

No intento mentirle.

«No lo sé. No sé cuándo exactamente. Pero sí sé por qué.»

Miro por la ventanilla.

La ciudad hoy está más gris que nunca.

«Siempre he sentido algo por Mas. Quizá desde siempre.

Y luego… tú te fuiste con mamá. Y él… estaba ahí. Y yo estaba rota.

Era como si… todo lo que necesitaba ya lo tuviera dentro. Y él solo lo sacó.»

«¿Hace dos años? ¿Me estás hablando de hace dos jodidos años?»

Su voz se quiebra. No es solo rabia. Es incredulidad.

Es dolor.

«Lo sé. Pero ahí empezó todo.»

«No me lo creo. Tú. Y él. ¡Mi mejor amigo, Aria! Me has mirado a los ojos todo este tiempo… y me has mentido.»

«¡No!»

Me giro y le agarro el brazo.

«Nunca te he mentido. Solo… tenía miedo. De ti. De mí. De él. No lo quería. No lo elegí. Simplemente pasó.

¿Sabes lo que se siente, Jamal? Sentir que todo dentro de ti existe solo para una persona. Y no poder evitarlo, por mucho que lo intentes.»

Él me mira.

Los ojos le brillan, pero no por la luz.

«Me da igual lo que sientas, Aria. No cuando destruyes lo que teníamos. Él era mi hermano.»

«¿Y yo… lo sigo siendo?»

Las palabras me salen como un susurro.

Él no responde.

Solo silencio.

Solo el ruido del motor.

«No os tomamos el pelo» —murmuro, apretando los dedos contra el borde del asiento—. «Ni siquiera nosotros sabíamos lo que estaba pasando. Lo que sentíamos de verdad.

Y entonces pasó…»

«¿El accidente?» —me interrumpe Jamal, los nudillos blancos en el volante.

Asiento, despacio.

«Me hizo añicos. Y vosotros os fuisteis a Boston… y…»

«¿Y?» —insiste.

Trago saliva. Las palabras se me quedan atascadas en los dientes.

«Y lo mío con Mas se quedó en el aire. Hasta que llegué aquí.»

Me guardo el detalle del vídeo.

Ese puto vídeo que me hundió en la oscuridad más absoluta. Que me llevó a hacerme daño de la peor manera.

«Si Mas ha sido siempre tan importante para ti… entonces ¿por qué estás con otro?» —pregunta mi hermano, mirándome de reojo.

Sonrío apenas, agotada.

«Porque es más fácil. Adam es… es predecible. Es racional, estable, real.

Es mi refugio.»

Es la primera vez que lo digo en voz alta. Y duele.

«Jamal, por favor… no tires por la borda todo lo que habéis compartido por mi culpa.»

Él suspira, niega con la cabeza… pero no responde.

Luego dice:

«No te preocupes por la amistad. No ahora. Solo quiero saber…»

Se detiene un segundo y luego vuelve a mirarme a los ojos.

«¿Por qué le besaste, Aria? Si Adam es tu refugio, entonces ¿por qué te dejaste llevar con Mas?»

Bajo la mirada.

«Porque con él es como… como estar en medio de la tormenta perfecta. Es esa locura que me hace sentir viva. Real.

Y sé lo jodidamente mal que está, sé cuánto puede romperme… pero es el único que logra tocar cada parte de mí.»

Un silencio tenso nos acompaña hasta la entrada del campus.

Cuando estoy a punto de abrir la puerta, Jamal me agarra de la muñeca. Firme, pero sin hacer daño.

«No voy a decirte lo que tienes que hacer, Tex. Pero sí voy a decirte lo que no debes hacer. No te mientas a ti misma.»

Asiento, apretando el abrigo contra el pecho, y salgo del coche.

La biblioteca está casi vacía. Solo dos chicas, al fondo, estudian en voz baja.

Aquí me siento segura. Como si el tiempo se ralentizara.

Cojo los libros para el primer examen de literatura, abro mi cuaderno… y se me cae el bloc de dibujo.

Al recogerlo, me doy cuenta de que no lo abro desde hace meses. Desde antes de Londres.

Mis ilustraciones están ahí, quietas. En pausa. Atascadas, como yo.

Los personajes de mis cómics ya no hablan.

Las páginas parecen pertenecer a otra persona.

No me reconozco en esa melancolía.

Tal vez por eso ya no puedo dibujar.

Porque ya no sé quién soy.

Cierro el bloc y lo meto bajo los demás libros. Fingiré que no existe.

Cuando alzo la vista, el cielo tras las cristaleras es de un gris oscuro.

Llueve.

Me he saltado la comida y devorado un par de snacks entre lectura y lectura.

Estoy a punto de recoger mis cosas cuando una voz familiar rompe el silencio.

«¿Paige?»

«Llevo dos horas llamándote, Swan. Y, cómo no, con el móvil apagado.»

Saco el teléfono del bolsillo y lo enciendo.

«Lo siento, no me di cuenta. ¿Qué haces aquí?»

«Creo que deberías saber que tu "The Matrix" está a punto de mandar su vida a la mierda.»

Frunzo el ceño.

«¿Qué quieres decir?»

«Que se ha pasado la tarde bebiendo como si no hubiese un puto mañana.»

Un escalofrío me sube por la espalda.

«Paige… dime que no está conduciendo.»

«Todavía no. Pero puede que no quieras esperar a que lo haga. Sube. Vamos a Brooklyn.»

Diez minutos después, vamos camino del Night Club.

«Pasé por casa de mi hermano. Me dijo que estaba allí, en la barra, tragando vodka como agua. Era un desastre.»

Me quedo en silencio.

Sé muy bien lo que pasa cuando Mason decide autodestruirse.

Conozco esa parte suya.

La que nadie quiere ver.

La que, una vez, acabó en un hospital.

La que casi mata a Layla… y a él mismo.

Nadie sabe la verdad sobre esa noche.

Nadie sabe que Mason iba colocado, completamente fuera de sí.

Nadie sabe que su padre compró el silencio de todo un hospital con una donación lo bastante generosa como para borrar cualquier rastro.

Pero yo sí lo sé.

Porque lo vi después. Porque lo viví.

Y ahora… no puedo respirar al pensar que pueda volver a llegar a ese punto.

Al borde de sí mismo.

«¿Estás segura de que no quieres contarme qué ha pasado?» —pregunta Paige, rompiendo el silencio.

Bajo la mirada, suspirando.

«¿Es tan evidente?»

Ella me lanza una mirada.

«Lo llevas escrito en la frente. ¿Entonces?»

Respiro hondo.

«Mason le ha dicho a Jamal que nos besamos.»

Frena de golpe y se orilla bruscamente. El tirón me lanza contra el cinturón.

«¿¡Me estás vacilando!?» —grita, con los ojos como platos—. «¡Tú y Mas os besasteis y me lo sueltas así, tan tranquila?! ¡Aria!»

«¡Estamos en una autopista, Paige! ¡Podrías habernos matado!» —le suelto, con el corazón en la garganta.

«¡Y tú podrías habérmelo contado antes! ¿Qué esperabas, que te dijera "Oh, ¿qué guay"?»

Pongo los ojos en blanco.

«Solo pasó una vez.»

«¿¡Una vez!?» —repite, sarcástica—. «Una vez y has hecho saltar todo por los aires, incluso lo tuyo con Adam.»

«Lo sé.»

Mi voz suena más débil de lo que quisiera.

«Él se lo dijo a Jamal… pero el verdadero problema es que me vi obligada a contárselo a Adam.»

Solo pensar en su mirada herida me revuelve el estómago.

Paige golpea el volante con las manos.

«Os estáis engañando, Aria. Tú y Mas. Os escondéis detrás de las consecuencias, pero la verdad es que hay algo entre vosotros. Algo que, si no enfrentáis, acabará destrozando a todos los que os rodean.»

Bajo la cabeza. Sé que tiene razón.

«¿Podemos ir ya?» —susurro.

Ella arranca en silencio, dejándome sola con mis pensamientos.

Tras dos horas, llegamos frente al Night Club.

El portero la reconoce y nos deja pasar sin problemas.

Yo, en cambio, me quedo clavada en la puerta.

Apenas pongo un pie dentro, se me hiela la sangre.

Chicas en ropa interior bailan alrededor de barras iluminadas por luces rojas, hombres con mirada sucia y billetes entre los dedos.

Es un infierno disfrazado de paraíso.

«Por aquí» —dice Paige, tomándome de la mano.

Atravesamos un pasillo estrecho, subimos las escaleras hacia la zona Privé.

Cada célula de mi cuerpo me grita que no entre.

Pero estoy aquí.

Por él.

Para evitar que vuelva a destruirse.

Paige se detiene ante una puerta roja con el número 7. Llama.

Nadie responde. Solo se escucha música a todo volumen.

Va a llamar de nuevo, pero yo agarro el pomo y abro de golpe.

Dos chicas medio desnudas se levantan de un salto, cubriéndose el pecho.

Mason está allí.

Sentado en un sillón negro. Sin camiseta. Solo lleva los vaqueros puestos.

Parece un dios caído.

Guapísimo.

Peligroso.

Jodidamente fuera de control.

«Creo que ya es hora de irnos a casa» —digo, intentando mantener la calma.

Mason no se mueve.

«¿Y desde cuándo debería hacer lo que tú me dices, Tex?» —masculla, dejándose caer aún más en el sillón.

Las dos chicas salen sin decir palabra.

«Te espero en la barra» —dice Paige, dejándonos solos.

Cierro la puerta tras de mí.

La habitación está en penumbra, iluminada solo por una lámpara tenue.

Él me mira.

Esos ojos magnéticos, llenos de rabia. Me atrapan. Me atraviesan.

«¿Qué haces aquí?» —me pregunta con voz ronca.

«¿Y a ti qué te importa?» —respondo.

«No deberías estar aquí. Ni en este lugar, ni en este estado.»

«¿Y tú? ¿No deberías estar con tu chico perfecto?»

Se levanta tambaleándose y agarra una botella. Se la quito de las manos de un tirón.

«¡Ya has bebido bastante!»

«¡Y tú eres la última persona que quiero ver ahora mismo!»

«¿Cuándo va a acabar todo esto, Mas?» —me tiembla la voz. Ya no sé si hablo de su rabia, del dolor… o de nosotros.

«¡Cuando dejes de mentirte a ti misma!» —escupe, a un paso de mí.

Su aliento roza mis labios. Su cuerpo me encierra contra la pared.

«Admítelo, Aria… tampoco tú puedes estar lejos de mí. También tú te estás volviendo loca, igual que yo.»

Bajo la mirada.

«Es todo tan complicado…»

«No, no lo es» —susurra.

«Solo debes tener el valor de desplegar las alas. Y volar en la oscuridad, mi pequeña mariposa.»

Sus dedos acarician mi rostro.

Queman.

«Mira… podría romperte las alas. Podría dejarte marchar. Pero no quiero. Porque, aunque seas veneno para mí, también eres el único antídoto que me hace sentir vivo.»

Y entonces pasa.

Sus labios rozan los míos.

Un beso que es una descarga, una súplica, una condena.

Me aferro a él como si pudiera salvarme de todo.

Su lengua baila con la mía.

Y yo me pierdo.

En su sabor.

En su infierno.

En mi pecado.

Cuando Mason se aparta, me quedo quieta, todavía aturdida por el sabor de su boca.

Nuestras miradas se entrelazan. Se estudian. Como si estuviéramos leyéndonos por dentro… dos almas rasgadas, manchadas, dobladas, pero nunca del todo rotas.

«Solo quiero ofrecerte una noche, Tex. Solo una. Y luego tú decidirás.»

El sonido de mi móvil rompe ese momento como una cuchilla.

Me aparto de él, con dudas, rebusco en el bolso y miro la pantalla.

Adam.

«No contestes» —murmura Mason, casi suplicando.

«Debo hacerlo. Se preocuparía.»

Me doy cuenta de que es tarde. Pasadas las nueve.

Recojo los pedazos rotos de mi autocontrol y pulso el botón verde.

«Hola…»

Mi voz suena débil, un hilo que apenas se sostiene.

«¿Dónde estás?» —pregunta él, directo.

«Pensé que te encontraría en casa.»

Su tono es contenido, pero noto la frustración bajo la superficie.

Quizá… quizá en el fondo ya lo sabe.

«He venido a Nueva York con Paige. Fue todo improvisado.»

Mentiras. Otra vez.

«¿Por qué no me dijiste nada? Estaba empezando a preocuparme.»

Le oigo respirar hondo. Uno de esos suspiros que pesan más que las palabras.

«Tienes razón. Lo siento… de verdad. Todo ha sido muy rápido…»

Y me bloqueo. No sé qué más decir para que suene convincente.

O quizás ya no quiero seguir fingiendo.

Silencio.

Pero uno de esos que dicen más que mil frases.

«Aria…» —su voz es ahora baja, rota—. «¿Estás bien?»

Aprieto el móvil contra la oreja.

Mi piel aún arde donde Mason me tocó, pero es mi corazón el que sangra.

«¿Podemos hablar mañana? Cuando vuelva.»

Silencio, otra vez. Y luego, la frase que no merezco.

«Sea lo que sea que estés haciendo… recuerda que te quiero.»

Algo dentro de mí se rompe.

Cuelgo.

Y me quedo ahí. De pie.

Con un hilo invisible roto entre las manos.

Sé que él no se lo merece.

Pero también sé que no puedo alejarme de Mason.

Y esta noche…

Esta noche pienso vivirla.

Aunque sea la última.

Aunque me destruya.

.22.

Mason

Puedo haberme bebido más de una botella de vodka, pero nada me emborracha más que su cercanía.

Más que ese olor a coco que se me mete bajo la piel como un veneno dulce.

Más que su mirada, que cada vez intenta escarbar dentro de mí… y joder, lo consigue.

Encuentra rincones donde ninguna otra ha llegado. Rincones oscuros. Sucios. Míos.

Nunca he sido el tipo de chico que se llama "bueno".

He tenido chicas. Muchas.

Follar me gusta. Duro, sucio, sin filtros.

Pero Tex… ella no es solo sexo.

Es mi más allá.

Es ese salto al vacío que repetirías aun sabiendo que vas a estrellarte.

Es el horizonte que desaparece cada vez que te acercas.

Es todo y nada.

Es mi ruina favorita.

«¿A dónde vamos?» —pregunta, entrelazando sus dedos con los míos.

«Lo verás pronto.»

La miro. Cristo. Cada vez que sus ojos se cruzan con los míos, siento cómo caen una a una todas mis defensas.

En ella encuentro hogar.

Una palabra que nunca ha significado nada para mí.

¿Mi madre? Una mujer demasiado ocupada fingiendo ser perfecta.

¿Mi padre? Siempre buscando la próxima promoción, el siguiente aplauso.

¿Y yo?

Yo me quedé ahí, en el último peldaño, solo.

En cuanto subimos al coche, el silencio nos envuelve.

Solo nuestras respiraciones. Solo nosotros.

«¿Por qué corres?»

Su voz es suave, pero siempre sabe dónde golpear.

«Para desafiar al destino.»

Y lo digo como si fuera lo más normal del mundo.

«Estás loco.»

Sonríe, pero se encoge de hombros.

La deseo.

La deseo de todas las formas posibles.

La deseo rota, riendo, llorando, renacida. Mía.

«No somos tan distintos, Tex.»

Le lanzo una mirada. Mis ojos se detienen en su labio inferior cuando se lo muerde.

La sangre se me va a un lugar muy concreto.

La sed de ella me araña por dentro.

«¿Y eso cómo lo sabes?»

Lo dice con ese tono desafiante que me vuelve completamente loco.

«Porque tú también estás desafiando al destino. Estás aquí conmigo. Y después de esta noche… no volverás a ser la misma.»

Lo prometo. Y cada palabra va en serio.

El brillo en sus ojos me dice que la excitación la está consumiendo tanto como a mí.

Llegamos al pie del Empire State.

Aparco.

Ella baja del coche y mira hacia lo alto.

«¿Vienes conmigo o te quedas ahí?»

Cruzamos la calle. La guío hacia dentro, subimos por el ascensor privado.

«No entiendo a dónde me llevas.»

«Ya casi llegamos.»

El ático se abre ante nosotros. Un templo de cristal con Manhattan a nuestros pies.

«¿Quieres algo de beber?»

Me acerco a la barra, sirvo dos dedos de vodka y le paso el vaso.

«¿Este sitio es tuyo?»

«Mío, del banco y de mi padre. Pero no te he traído aquí para enseñarte lo que tengo. Te he traído para enseñarte por qué te quiero.»

Con la mano en su espalda, la llevo cerca del ventanal.

Pulso un botón y apago las luces.

La ciudad es nuestro único reflejo.

«¿Qué ves?» —le susurro al oído, sintiendo su cuerpo pegado al mío.

«Manhattan.»

«¿Y más allá?»

«¿La… oscuridad?»

«¿Y después?»

«Las luces de la ciudad.»

«La oscuridad solo es perfecta… cuando es iluminada.»

Con un movimiento la giro, la estampo contra el cristal, marco viviente de una noche que no voy a olvidar jamás.

«Yo soy tu oscuridad, Tex.»

Mi lengua roza su labio. Ella gime apenas. Sus manos se clavan en mis bíceps.

Los vasos caen al suelo. Ni siquiera los probamos.

No necesitamos nada más para emborracharnos.

«¿Quieres decir que soy tu luz?»

Tiene el valor de preguntarlo. Su voz está rota. Y es preciosa así.

«La única que ha logrado iluminar mis días.»

Con un gesto brusco, todos los botones de su blusa saltan.

El encaje negro de su sujetador me deja sin aliento.

Me relamo los labios. Ese sabor… lo he deseado durante un año entero.

«Esta vez, mando yo.»

Le agarro la barbilla, la obligo a mirarme a los ojos.

Asiente, rindiéndose.

Pero en ese gesto hay todo su deseo.

Y es en ese instante que lo entiendo:

pase lo que pase después,

esta noche será nuestra.

Hecha de carne, de piel, de deseos jamás confesados.

Hecha de nosotros.

Mi boca se vuelve voraz.

Me hundo en su cuello, mis labios lamen y chupan con hambre, drogando cada uno de mis sentidos con ella.

Con Tex.

Su olor me entra en la sangre como una droga pesada.

Su cadera empieza a moverse, lenta pero firme, restregándose contra la erección que está a punto de estallarme en los vaqueros.

«No tan deprisa» —le gruño contra los labios, mordiéndole el inferior y tirando de él suavemente.

Mi mano vuela al borde de sus pantalones, me arrodillo y se los desabrocho con los dientes.

Le quito la tela como si fuera su segunda piel, dejándola resbalar por sus piernas lisas, tensas.

Le beso el interior del muslo. Despacio, pero no demasiado.

Quiero que tiemble.

Quiero que me sienta en cada parte donde aún no la toco.

Su respiración se acelera. Está caliente.

Está viva.

El acompañamiento perfecto para la noche más salvaje de nuestras vidas.

Me incorporo.

Me tomo un segundo para mirarla.

Solo su ropa interior la separa de mi boca.

Las luces de la ciudad la besan, dibujando reflejos dorados sobre su piel.

Es perfecta.

Tan jodidamente perfecta que me duele verla.

«¿Tienes miedo?»

Empiezo a desnudarme, despacio, sin apartar los ojos de los suyos.

Ella niega con la cabeza.

«Deberías» —susurro mientras me quito lo último que me queda de ropa— «porque después de esta noche, nada volverá a ser

igual.»

Me saco los calzoncillos con un empujón, y mi polla late, dura, lista.

La envuelvo con la mano y empiezo a masturbarme despacio, con el pulgar girando sobre la punta.

«Quiero que tú también lo hagas» —le digo, con la voz baja, rasposa. Señalo sus bragas—. «Quítatelas.»

«¿Por qué?»

Está nerviosa. Se nota en cómo retrocede un poco, en la línea tensa de sus labios.

Tan jodidamente guapa que me cuesta respirar.

«Porque hace un año me jodiste tú, Tex. Pero esta noche… esta noche te follo yo.»

Mi mirada se endurece.

«Ahora. Quítatelas.»

Sus dedos agarran los bordes, y sus bragas caen hasta los tobillos.

Las patea con elegancia.

Joder.

La deseo más que a cualquier cosa que haya querido en toda mi vida.

«¿Y ahora?»

Sonríe. Con ese toque de desafío.

Sabe exactamente lo que quiero.

«Ahora jugamos.»

Me relamo los labios.

«Tócate. Quiero ver cómo lo hacías mientras pensabas en mí.»

«¿Y quién te ha dicho que pensaba en ti?»

Provoca. Juega. Y yo se lo permito. Por un segundo.

«Tus ojos. Nunca han sabido mentir.»

Ella ríe, bajito.

Luego su mano baja por su vientre.

Se detiene justo sobre su sexo.

Está jugando conmigo. Quiere volverme loco.

«¿De verdad quieres verlo?»

Su voz es humo.

Caliente.

Lento.

Letal.

«Sí.»

Mi tono está rasgado por el deseo.

Acelero el ritmo sobre mi polla, siento la urgencia crecer, brutal.

Sus dedos se deslizan entre sus labios, acarician, exploran.

Luego se quedan en el clítoris. Círculos lentos. Precisos.

Su espalda se arquea. La cabeza cae hacia atrás.

Abre las piernas. Se ofrece como si ya fuera solo mía.

«Así» —jadeo—.

Me masturbo más rápido. La punta ya brilla. La sensibilidad me quema.

«Mas...»

Gime mi nombre mientras dos dedos se hunden dentro de ella.

Se los mete con fuerza, con ritmo.

El sonido húmedo de sus dedos me enloquece. Es música.

«Déjame verte correrte» —le ordeno, mordiéndome el labio, aguantando las ganas de estallar.

«Ya... ya casi...»

Está perdida.

Es mía.

Pero no la voy a dejar correrse así de fácil.

Le agarro las caderas.

Sus ojos se abren, sorprendidos.

La levanto como si no pesara nada, sus brazos rodean mi cuello, la bajo lentamente sobre mi erección.

La penetro centímetro a centímetro.

Despacio. Como un castigo.

Y me quedo ahí. Quieto. Entero dentro de ella.

«¿Ves...?» —mi respiración se quiebra— «Esto somos nosotros.»

«¿El qué?»

Sus labios rozan los míos.

Leves.

Ardientes.

«Somos todo y nada, Tex. Oscuridad y luz. Bien y mal.»

Me detengo. La aprieto más fuerte.

«¿Y sabes lo que significa eso?»

Ella niega con un gesto leve.

«Que no podemos existir el uno sin el otro. Como la noche sin día. Como la oscuridad sin luz. Yo no puedo sin ti. Porque tú… tú eres la mejor parte de mí.»

Su boca encuentra la mía.

Y ese beso…

Ese beso lo dice todo.

Más que mil palabras.

Más que cualquier disculpa, promesa o arrepentimiento.

Su lengua se enreda con la mía en una danza sucia, desesperada, y mientras nos perdemos en el sabor del otro, empiezo a moverme dentro de ella.

Lento.

Profundo.

Cada embestida marca el ritmo, como si toda nuestra existencia dependiera de ese compás.

De este encaje perfecto.

La follo contra el cristal frío del ático, que se empaña con nuestros jadeos.

Los cuerpos sudorosos resbalan uno sobre el otro con frenesía, como si no hubiera suficiente piel que tocar, que morder, que sentir.

Sus piernas se aferran a mi cintura, los talones me empujan con fuerza contra su culo, como si me quisiera aún más dentro.

Al principio la saboreo despacio, disfrutando de cada gemido que le escapa de los labios, de cada contracción de su vientre.

Después aumento el ritmo.

Hasta casi hacerle daño.

«Mas… joder…»

Se retuerce bajo mí, y yo no paro.

No puedo.

No quiero.

«Dímelo, Tex…» —le susurro con la voz rota, el sudor deslizándose por mi espalda— «dime que nadie te ha follado de verdad. Que nadie te ha hecho esto.»

Cada palabra es una embestida.

Cada aliento, una rendición.

«¡Nadie… Nadie, Mas!»

Lo grita.

Y en ese grito lo dice todo.

Sus uñas se clavan en mis hombros mientras su cuerpo se rompe en un orgasmo violento, brutal.

Aflojo.

La abrazo, quedándome quieto unos segundos, sus respiraciones cortas golpeando contra mi cuello.

Y luego, con ella en brazos, piernas temblorosas y corazón desbocado, la llevo a mi habitación.

La dejo con cuidado sobre la cama negra. La colcha de seda acaricia su piel como lo haría yo si fuera una tela.

Sus piernas se abren de nuevo para mí, como si su cuerpo ya supiera lo que quiero antes de que lo diga.

La miro.

Cansada.

Satisfecha.

Perfecta.

«Será una noche larga» —le prometo, mientras la penetro otra vez, con un solo movimiento, fluido, potente.

«No quiero otra cosa» —murmura, aferrándose a mi espalda, las uñas suaves, como si quisiera retenerme ahí.

Como si supiera que la mañana traerá preguntas, dudas, tal vez culpas.

Pero ahora no.

Ahora solo estamos nosotros.

«Podría ser tu prisión» —le susurro.

Lo sé.

Sé lo que soy.

«Entonces tiraría la llave.»

Y esas palabras me bastan.

Me bastan para perder el control.

Un escalofrío me recorre la columna, me sacude hasta el último músculo.

Y me corro.

Exploto dentro de ella, sin defensas, sin frenos.

Mi boca contra su hombro, mi piel gritando la suya, mientras me derrumbo sobre ella, con la respiración entrecortada.

Sus dedos se enredan en mi pelo, dulces, lentos.

Y entonces, la pregunta:

«¿Y ahora?»

Hay miedo en su voz.

Esperanza.

Fe.

Guardo silencio.

Y después, con toda mi verdad:

«Ahora eres tú la que tiene que decidir, Tex. ¿Quieres una vida sin certezas, sin promesas, sin te quieros susurrados al viento... o quieres todo eso que yo nunca podré darte?»

.23.

Aria

«Despierta, tenemos que irnos.»

Alzo apenas la cabeza de la almohada. La luz que entra por el ventanal me obliga a entrecerrar los ojos mientras observo a Mason moverse por la habitación con pasos rápidos, tensos.

Me duele todo. Incluso partes de mí que no sabía que podían doler.

«¿Qué pasa?» —pregunto, sentándome despacio en la cama.

«¡He dicho que te vistas!»

Agarra mi ropa del suelo y me la lanza sobre la colcha sin siquiera mirarme.

Su tono es gélido.

Distante.

Diferente.

Diferente al del hombre que, hace solo unas horas, me susurraba que él era mi oscuridad y que yo era su única luz.

Me visto en silencio, esforzándome por no hacer preguntas. Pero cuando estamos en el ascensor y el silencio se vuelve insoportable, ya no aguanto más.

«¿Ahora me vas a decir qué coño está pasando?»

Él esboza una mueca amarga.

Seca.

«Claro. Como si no lo supieras.»

«¡No tengo ni puta idea de qué hablas! ¿Puedes parar un segundo?»

Estiro la mano para tocarle, pero él la esquiva, como si quemara.

«Mi carrera está a punto de irse a la mierda. Y todo gracias a tu noviecito.»

Me quedo quieta, justo al salir del ascensor.

En la acera, el mundo sigue girando.

Yo no.

«¿Vienes o prefieres que te deje tirada aquí?»

Su voz me golpea desde la ventanilla del coche.

Cruzo la calle y me subo.

Me abrazo a la chaqueta, intentando encontrar algo de seguridad.

«¿Qué tiene que ver Adam en todo esto?»

Mason conduce como un puto loco, lanzando el coche al tráfico como si cada semáforo en rojo fuera un desafío.

«¿De verdad crees que soy así de idiota, Tex?»

«¡Sigues hablándome como si supiera todo, pero te juro que no tengo ni idea!»

Lo miro.

Su perfil tenso.

La mandíbula apretada.

Ese silencio suyo que grita más que mil voces.

«Tu novio me ha denunciado por agresión.»

Se me corta el aliento.

Solo oigo mi corazón martilleando en el pecho.

«Adam no me ha dicho nada… ni siquiera lo insinuó…»

Mi voz sale rota, diminuta.

«Déjame hablar con él. Puedo arreglarlo.»

Se ríe.

Y esa risa es una puñalada.

«¿No lo pillas? No hay nada que puedas arreglar. ¡Soy el puto capitán de los Red Sox y lo he mandado todo a la mierda! ¿Y para qué? Dímelo, Tex. ¿Para qué?»

No sé qué decir.

Porque la respuesta está en cada rincón de mí.

Pero no quiere salir.

Es dolor.

Y verdad.

Es amor.

Y miedo.

Recuerdo sus palabras:

"¿Quieres una vida sin certezas, sin promesas, sin te quieros al viento… o quieres todo eso que yo jamás podré darte?"

Y la verdad es que me asusta.

Él es lo incierto.

Es el riesgo.

Es el salto al vacío.

Mas frena de golpe junto al río.

Sale y da un portazo.

Lo sigo, con el corazón en la garganta y los pies llenos de miedo.

Se lleva las manos al pelo, como si pudiera arrancarse el caos.

«Mas…»

«¡Nosotros no somos como las páginas de un libro, Tex!»

Se gira hacia mí, con los ojos ardiendo como cuchillas.

«No estamos hechos para finales felices. Lo nuestro es… caos. Y tú eres la mariposa que agita las alas y desata tormentas.»

Sus palabras me atraviesan.

Me calan.

Me clavan.

Mi corazón se desboca.

Porque tiene razón.

Porque en él vi todo, menos salvación.

Y aun así, es justo ahí donde quiero hundirme.

«Tal vez…»

Me detengo.

Tengo que reunir el valor.

«Tal vez, si escribimos juntas esas páginas… quizá, solo quizá, también haya un final feliz para nosotros.»

Su mirada me desnuda.

Ya no hay máscaras.

Se queda quieto.

La mandíbula tensa.

Los hombros subiendo y bajando con la respiración descontrolada.

Y así nos quedamos.

Quietos.

En silencio.

Atrapados en un mutismo que grita más que nuestras propias voces.

En el río, nuestras siluetas se reflejan, temblorosas, como si la corriente ya estuviera arrastrándose todo.

También la noche que acabamos de vivir.

Como si nunca hubiera existido.

*****

Después de tres horas y media por la autopista, por fin llegamos al loft.

No hemos dicho ni una sola palabra en todo el trayecto.

El silencio entre Mason y yo pesaba como una losa.

Nada más entrar, Jamal sale a nuestro encuentro. Pero se detiene en seco al verme detrás de él.

«Jack ya está aquí» —le dice a Mas, hablando de su mánager.

En el salón hay otros chicos del equipo, sentados con expresión tensa.

Intento hacerme útil, no parecer un estorbo.

«Voy a preparar café», murmuro, refugiándome en la cocina como si pudiera dejar atrás todo este caos.

Intento recordar cómo se respira.

«¿Estás bien?»

Jamal está detrás de mí. Abre un armario y saca unas tazas.

«No puedo creer que Adam haya hecho esto.»

La voz me tiembla. La incredulidad sigue apretándome la garganta.

«¿Qué esperabas? Es un chico enamorado y herido. Y veros llegar juntos… sinceramente, no le culpo.»

Odio que tenga razón.

Pero lo sé.

Es culpa mía.

Fui yo quien buscó ese beso.

Fui yo quien lo deseó.

«¿Qué se juega Mason?»

Se lo pregunto en voz baja, temiendo la respuesta.

«La suspensión para lo que queda de temporada. Y un proceso disciplinario.»

El corazón se me cae al suelo.

Ni siquiera puedo imaginar que su carrera termine así, justo cuando empieza.

Y por mi culpa.

«¿¡A dónde vas!?»

La voz de Jamal me persigue mientras cojo mi chaqueta y abro la puerta de golpe.

«¡Te llamo luego!»

Grito sobre el sonido de mis pasos bajando las escaleras.

Paro el primer taxi que encuentro.

«Al 9 Park, South End. Al restaurante.»

Durante el trayecto, todo se repite en mi cabeza.

La noche.

La piel de Mason sobre la mía.

La forma en que me abrazó como si pudiera salvarlo de todos sus demonios.

Y también la cara de Adam. El dolor en sus ojos.

En cuanto el taxi se detiene, pago y bajo.

Me quedo unos segundos parada en la acera, mirando la puerta del local.

Me repito qué decirle.

Cómo explicarlo.

Pero ya es tarde.

«Me preguntaba cuándo vendrías.»

Adam ya está allí, de pie en las escaleras del restaurante.

Los ojos fríos. Los hombros tensos.

«Tenemos que hablar», digo.

Me lanza una sonrisa forzada.

«¿Hablar de qué exactamente? ¿De cómo y dónde pasaste la noche o de la denuncia que presenté contra tu The Matrix?»

El aire se me queda atrapado en los pulmones.

«Mason no tiene nada que ver.»

Se ríe.

Una risa breve, seca. Amarga.

«¿Mason no tiene nada que ver?»

Repite, sarcástico.

«Cada vez que ese tío aparece, tú pierdes el norte, Aria. Y cada vez es como verte caer al vacío.»

Bajo la mirada.

No puedo defenderme.

Porque tiene razón.

«Sí. Es verdad.»

La voz se me rompe.

«Fui yo la que te falló. Fui yo quien traicionó tu confianza. Y no tengo excusas.»

Me mira.

Pero ya no hay nada en sus ojos.

Solo un silencio que duele.

Y entonces, cuando menos lo espero, lo rompe con algo que no imagino.

«Voy a retirar la denuncia.»

«Yo… no sé qué decir…»

«No me des las gracias. Tengo una condición.»

Asiento.

Haría cualquier cosa.

Por Mason.

«No volverás a verlo. Y nosotros… fingiremos que esta etapa nunca existió. Que él nunca existió.»

El suelo se abre bajo mis pies.

Se me cierra la garganta.

Siento que me deshago.

Pero en realidad solo me estoy rompiendo por dentro.

En silencio.

Porque quiero a Mason.

Quiero todo lo que es, incluso si eso me destruye.

Y ahora… tengo que elegir.

Lo quiero.

Sin miedos, sin condiciones.

Lo quiero con todo el caos que arrastra, con esa oscuridad suya que encaja con la mía.

Y, aun así, cada vez que intento dar un paso hacia él, algo me tira en la dirección contraria.

Como ahora.

Como en este preciso instante.

«¿Entonces?»

La voz de Adam rompe el silencio.

Firme. Fría.

Pero si de verdad me ha conocido este último año…

Si de verdad ha aprendido a leerme los ojos…

Entonces ya debería saber cuál será mi respuesta.

«Está bien…»

Las palabras me salen rotas, como si cada letra me desgarrara la garganta.

«Pero no puedo prometerte que no lo volveré a ver. Recuerda que Mason vive con mi hermano.»

Intento encontrar un término medio.

Salvar al menos un mínimo de libertad.

Pero no sirve.

«Puedes ver a tu hermano en nuestro piso», corta sin dudar.

«Ya no necesitas seguir yendo a esa casa.»

No es una sugerencia.

Es una orden disfrazada de preocupación.

«Lo hago por ti, Aria. ¿De verdad no lo ves? Alguien como Mason solo acabará destrozándote la vida.»

Lo dice con esa voz calmada y lógica que debería tranquilizarme.

Pero solo consigue apretar más las cadenas alrededor de mi corazón.

Yo no tengo miedo de que me destroce.

Tengo miedo de vivir a medias.

Asiento, pero es un gesto automático.

Un reflejo condicionado, no una decisión real.

Por dentro, algo se rompe.

Cuando Adam se acerca y me abraza, ese abrazo no me consuela.

Me ahoga.

Y es en ese instante, atrapada entre sus brazos, cuando me doy cuenta de la verdad más cruel:

no acabo de aceptar una nueva oportunidad,

acabo de firmar mi condena.

Una condena para vivir sin el único chico que me ha hecho sentir viva.

.24.

Mason

Jack, mi mánager, está al teléfono, haciendo una ronda de llamadas para ver hasta qué punto puede complicarse la cosa si esa denuncia sale a la luz.

«No le diste lo suficiente», comenta uno de mis compañeros, refiriéndose a Adam.

Sonrío con amargura.

Tal vez tenga razón. Si le hubiera reventado la mandíbula hasta dejarlo sin habla durante meses, ahora no estaríamos en esta maldita mierda.

«Vale ya todos», interviene Maxwell, intentando poner algo de orden. «Esto no puede salir en los medios. Si lo pilla ESPN, se acabó. Para Mason, y para el equipo.»

Y tiene toda la maldita razón.

Pero dentro de mí no encuentro ni una jodida solución.

Es como si estuviera hundiéndome en arenas movedizas, y cada intento de salir solo me arrastrase más abajo.

Jack rompe el silencio.

«La situación es esta.»

Todas las miradas se clavan en él.

«Si la denuncia se hace pública, Mason perderá al menos la mitad de sus patrocinadores. Estamos hablando de veinte millones de dólares. Se enfrentaría a un proceso penal y sería suspendido para toda la temporada. El equipo perdería a su capitán. Habría un desequilibrio técnico y mediático brutal. Y después de todo eso, aunque saliera limpio… ¿quién querría en su plantilla a un jugador con antecedentes por agresión?»

El estómago se me revuelve.

Jack nunca ha sido de endulzar las cosas, y ahora me lanza la realidad como un tren de frente.

«¿Se te ocurre alguna manera de arreglarlo?», le pregunto con la voz rasposa por la tensión.

«Negarlo. Siempre. Es lo único que nos queda.»

Esbozo una sonrisa vacía.

«No sé si te has fijado, pero la cara de ese cabrón aún lleva las marcas de mis nudillos.»

«Lo sé» —responde Jack—. «Pero podríamos darle la vuelta. Hacerlo pasar por un mitómano buscando atención. Un tío que quería salir en la tele, celoso de tu relación con…»

«No.»

Mi voz corta el aire como un cuchillo.

«Tex se queda fuera de todo esto.»

Cruzo la mirada con Jamal.

Asiente.

Él lo entiende.

Sabe lo importante que es para mí protegerla. Incluso de mí mismo.

«Vale, como quieras. Pero debes saber que su nombre puede salir igualmente.»

Antes de que pueda responder, suena el móvil de Jack.

Levanta un dedo, pidiendo silencio, y contesta.

Aprovecho para acercarme a Jamal, que está sentado en uno de los taburetes de la cocina.

«¿Dónde ha ido Tex?», pregunto, sin ganas de ocultar nada.

No pienso seguir con juegos, no con él. No ahora.

«Creo que ha ido a ver a Adam.»

Su nombre, pronunciado por él, me enciende una rabia que me ruge por dentro.

«No os lo vais a creer», exclama Jack, interrumpiendo todo, con el teléfono aún en la mano. «La denuncia acaba de ser retirada.»

Pero el alivio no llega.

No.

Lo que siento es otra cosa.

Sospecha.

Ese olor a quemado que se te mete en la nariz y no te suelta.

«¿Has oído eso, Mas?», pregunta Maxwell.

No respondo.

Agarro la cazadora de cuero, las llaves del coche y abro la puerta de golpe.

«¡Eh! ¿A dónde cojones vas?!», grita Jamal a mi espalda.

Tal vez al infierno.

Tal vez a descubrir que la he perdido para siempre.

No respondo.

No puedo.

Media hora después.

El tráfico es una jungla que atravieso sin pensar.

Me guía la rabia.

Me guía el pensamiento de ella, en brazos de otro, después de la noche que hemos vivido.

Llego frente al restaurante donde trabaja Adam. Tex lo había mencionado mientras hablaba con Jamal.

Aparco casi en la curva, salto fuera y entro a toda prisa, ignorando al recepcionista que intenta detenerme.

«¡Adam!»

Mi voz revienta el silencio elegante del local.

Varios comensales se giran. Algunos me reconocen. Sacan sus móviles.

«¡Adam!»

Repito, más alto. Quiero que hasta las paredes me oigan. Que sepan que he venido por él.

Sale de la cocina con un trapo en la mano, pasándoselo por los dedos con falsa calma, como si no acabara de detonar la bomba del día.

«¿Se te ha olvidado reservar?»

Sonríe, irónico. Intentando hacerse el gracioso.

«La verdad es que he olvidado recordarte quién manda aquí», respondo, impasible ante la lluvia de luces de los smartphones.

«¿Y ese serías tú?»

Busca pelea. Lo veo en sus ojos.

Pero no le voy a dar lo que quiere.

No he venido a partirle la cara.

He venido a decirle la verdad.

«Sí. Y si crees que puedes retener a Tex a base de chantajes, estás muy equivocado.»

Por un segundo, su mirada vacila.

Por un segundo, sé que le he dado justo donde duele.

Y si lo que sospecho es cierto, entonces no será él quien decida cómo termina esta historia.

Seremos yo y Tex.

No me ha costado mucho entender que, si Adam ha retirado la denuncia, no ha sido por un arranque de humanidad. Ni porque, por algún milagro, haya dejado de odiarme.

No.

Lo ha hecho porque ha presionado a Tex. Porque la ha chantajeado.

Conozco ese tipo de jugada. La he visto demasiadas veces en el mundo del que vengo.

Es sucia, cobarde, y totalmente propia de él.

«Te equivocas» —escupe, con ese aire de víctima—. «Ha sido ella quien ha decidido no volver a verte.»

Por un segundo, una voz dentro de mí quiere contestarle que, hace unas horas, debajo de mí, mientras gemía mi nombre, no parecía pensar lo mismo.

Que su piel gritaba verdades que su boca no se atrevía a pronunciar.

Pero no lo hago.

No por él.

Por ella.

«Entonces deja que sea ella quien me lo diga. ¿Dónde está?»

Me doy la vuelta.

Como si una sirena hubiese quebrado la noche.

«Mas…»

Su voz.

Mi nombre en sus labios es como lija en mi alma.

«Tex…»

Doy un paso hacia ella.

Su sola presencia consigue recomponer los pedazos que el mundo ha intentado destrozar.

«No deberías estar aquí», murmura.

«Tú tampoco», le recuerdo, mientras le tomo el rostro entre las manos. Su cara, tan frágil, tiembla entre mis dedos.

«No te lo voy a permitir.»

«¿El qué?», pregunta con la voz rota por el nudo en la garganta.

«Que renuncies a nosotros. No otra vez.»

No habrá océanos, ni distancias, ni silencios que nos separen.

No habrá secretos que ensombrezcan lo que somos.

No esta vez.

Somos todo.

Somos nada.

Pero somos nosotros.

Y yo no voy a renunciar a esto.

«Aria, díselo. Dile lo que me dijiste a mí», interviene Adam desde atrás.

Me giro apenas. Le lanzo una mirada que podría fulminarlo.

Los ojos de Tex se llenan de lágrimas, y siento cómo el corazón se me parte en dos.

Esa mirada suya. Ese temblor.

Me devuelve a todo lo que ha tenido que soportar.

Al dolor que ha escondido bajo la piel, a las cicatrices que nadie ha sabido leer.

Pero yo sí.

Yo las veo todas.

«Creo… creo que lo mejor sería que…»

«Que vengas conmigo», la corto, con voz firme, decidida.

«Donde siempre debiste estar. A mi lado.»

Entrelazo mi mano con la suya.

La siento dudar, está a punto de decir algo más, pero no la dejo.

«Ella se viene conmigo. Y si quieres seguir jugando, Adam…»

Lo miro directamente a los ojos.

No tiemblo.

No miento.

Hablo claro.

«Recuerda primero quién es tu rival. Puedes intentar joder mi carrera, pero no voy a dejar que jodas mi vida. No voy a dejar que la

jodas a ella.»

No espero su respuesta.

Salgo del restaurante con ella bien sujeta.

Pegada a mí, como si pudiera protegerla del mundo entero.

Una vez fuera, al borde de la acera, se detiene.

«Mas… ¿qué has hecho?», me pregunta con la voz temblorosa.

Me vuelvo hacia ella, el pecho todavía ardiendo de rabia y amor.

«¿De verdad crees que mi carrera, que todo por lo que me he dejado la piel cada día, vale más que tú?

Porque si eso es lo que piensas, Tex… entonces no has entendido una mierda de quién soy.»

La atraigo hacia mí, la abrazo como si fuera lo único que importa.

Le levanto el mentón y la beso.

Pero esta vez no hay prisa.

No hay rabia.

Solo verdad.

Porque sé que mañana seguirá aquí.

En su sitio.

Conmigo.

.25.

Aria

Recojo mis cosas para ir al campus, aunque cada fibra de mi cuerpo me grita que me quede justo donde estoy.

Ni siquiera me da tiempo a ponerme la camiseta cuando una mano fuerte me agarra de la muñeca y me arrastra de nuevo hacia la cama.

«No tan deprisa, Tex», gruñe Mas, con esa voz ronca y espesa que tiene por las mañanas, mientras me envuelve otra vez entre sus brazos.

Las sábanas aún están calientes.

Impregnadas de nosotros.

De nuestro olor, de nuestro sabor, de una noche sin límites en la que hicimos el amor con un hambre que no conoce tregua.

Cada vez que estoy en sus brazos, el sexo no es solo sexo.

Con él es un viaje. Una perdición.

Un descubrimiento. Un tormento.

Poesía. Ruina.

«Vas a hacer que me pierda la primera clase», susurro entre jadeos, fingiendo una resistencia que no es real.

«Estoy seguro de que, con lo buena que eres, la recuperarás sin problema…»

Su boca cubre mi cuello de besos.

Sus dedos se enredan en mi pelo y me lo apartan para dejarme la piel al descubierto.

Siento los escalofríos explotar bajo sus labios.

«Mas…» intento llamar su atención, pero es como hablarle a una tormenta.

Sus manos se apoderan de mis pechos, me aprieta contra su pecho cálido, desnudo.

Su erección presiona contra mi culo, atrapada aún por los vaqueros que no me ha dejado quitar.

«¿Qué sientes, Tex?»

Su voz es una caricia áspera, un susurro indecente.

«A ti», respondo sin pensar. «Siempre y solo a ti, Mas.»

Llevo la mano a su cuello, mis dedos buscan anclaje en su piel tensa.

Él murmura algo que no entiendo antes de arrancarme la camiseta de un solo tirón.

«Esta ropa me está empezando a cansar», dice, y una sonrisa se me escapa de los labios.

«Si sigues así, vas a tener que comprarme otro armario entero», le digo, en tono burlón, aunque por dentro cada uno de sus gestos enciende un deseo que arde como gasolina sobre una mecha.

«Me da igual. Te compro una tienda entera si hace falta. Con tal de poder follarte como quiero.»

Sus palabras, tan crudas, tan ciertas, me hacen temblar de excitación.

Sus besos se vuelven más urgentes, su boca recorre cada milímetro de mi piel como si quisiera dejarme marcada.

«Date la vuelta. Piernas juntas.»

Su voz es una orden.

Y yo obedezco.

Hipnotizada.

Perdida.

En cuanto le muestro la espalda, me agarra de las caderas y me alza de golpe.

Y sin decir nada, me penetra.

Es una embestida seca, brutal, que me arranca un grito y me arquea la espalda.

Pero no para huir.

Sino para quedarme.

Para sentirle más.

Cada empujón es un puñal de placer y dolor.

Un llamado primitivo al que no puedo resistirme.

Mis manos se aferran a las sábanas, mis dientes muerden la almohada para contener el gemido que se me escapa.

«Tex…»

La forma en que dice mi nombre me desgarra.

«No puedo estar sin ti», gruñe contra mi piel, mientras sus dedos me aprietan las caderas hasta doler.

«Yo tampoco…»

Y eso es la verdad.

Desnuda.

Cruda.

Sin defensas.

«Estoy… viniéndome…»

Su voz se vuelve más baja, más salvaje, mientras el calor de su orgasmo me escurre entre las piernas.

Cuando se aparta de mí, apoya la mano en mi espalda.

«Me quedaría horas mirándote así. Llena de mí. Saciada de mí», murmura, y sus dedos acarician mi piel aún húmeda, me rozan entre las piernas, provocándome otro escalofrío.

Luego me recoge con cuidado, como si fuera de cristal, y me sienta sobre sus piernas.

Apoyo la cabeza en su hombro.

«Y yo me quedaría horas así…», murmuro.

Porque en esos brazos he encontrado un refugio.

Un rincón del mundo donde puedo temblar, caer, respirar.

Un lugar donde puedo ser yo.

Levanto la mirada y la cruzo con la suya.

«Te quiero, Mas.»

Mi voz es un susurro frágil, sincero.

Sé que no me devolverá un "yo también". Sé que no es así como funciona con él.

Pero necesito decirlo.

Porque también estamos hechos de palabras no correspondidas.

Y está bien así.

Él me mira durante unos segundos, luego su voz rompe el silencio.

«Te pertenezco, Tex. Y eso está por encima de cualquier 'te quiero'.»

Sus labios encuentran los míos en un beso lento, casi doloroso, pero cargado con todo lo que no sabemos decir.

*****

Dos horas después, llego al campus.

Mason también tiene clases, así que nos separamos en el pasillo principal.

Un beso rápido. Una mirada intensa.

Aunque Adam haya retirado la denuncia, la tormenta no ha terminado.

Algunos vídeos de aquella noche en el restaurante han empezado a circular, y han acabado en las manos equivocadas.

Los principales medios deportivos ya los han visto.

Ahora los focos apuntan a Mas y a mí.

Y yo todavía no sé si estoy preparada para soportar tanta luz.

O si acabaré quemándome en el fuego que encendimos juntos.

Pero sigue siendo nuestra palabra contra la suya.

Incluso dejé una declaración firmada —con la mano que aún me temblaba— explicando que Mason había sido el primero en recibir un golpe de quien ahora considero mi exnovio.

Puro y simple ataque de celos.

No mentí.

Fue así.

O, mejor dicho: ocurrió por mi culpa, pero los hechos no cambian.

Y eso es lo que me atormenta.

Cuando cruzo la puerta del aula de literatura, mis pies se clavan en el suelo como raíces en cemento.

El mundo deja de girar.

Las paredes… están empapeladas con mis bocetos.

Mis cómics.

Mi libreta de dibujo.

Me revuelvo el bolso con manos febriles: no está.

Un nudo me aprieta la garganta, hasta casi asfixiarme.

Las risas a mi alrededor, afiladas como cuchillas, me cortan por dentro.

Están mirando.

Están leyendo.

Están reconociendo a los protagonistas.

A nosotros.

A Mas y a mí.

«Enhorabuena por ese talento natural para el arte del desnudo», canta Layla, pasándome por al lado y dándome un empujón con el hombro.

Su voz es veneno y miel, y yo ni siquiera puedo responderle.

«¿Aria, estás bien?»

Me giro. Sam está ahí. Su mano se agarra fuerte a la mía.

Su presencia es como oxígeno en medio del barro.

«Ven, ayúdame a quitarlos», dice, sin hacer preguntas.

Empiezo a despegar hojas con movimientos lentos, casi mecánicos.

Había dibujado aquella noche con Mas para que fuera solo mía.

Un recuerdo grabado en papel, donde nadie más pudiera entrar.

Una forma de decirme lo que no había tenido valor de pronunciar.

Y ahora todo… ha sido profanado.

«¿De qué os reís, joder?»

La voz de Mason irrumpe como un trueno.

Me giro. Las lágrimas ya me corren por la cara sin control.

«He venido en cuanto he podido», dice Jamal, mirando a Sam, que asiente con la cabeza.

«Vamos a quitarlos todos», exclama ella, tomando la iniciativa junto a otros compañeros que se han acercado.

No puedo moverme. Me quedo allí, con mi intimidad colgada de una pared.

Mason se acerca, recoge los folios que hay sobre la mesa, los junta.

Me los entrega.

Sus manos tiemblan tanto como las mías.

«¡Tex, mírame!»

Ordena, con la voz de quien no acepta verdades a medias.

«Son solo dibujos.»

No.

Los dos lo sabemos.

No son solo dibujos.

Eran un pedazo de mi alma. Una herida sin cerrar.

La rabia, el dolor, el deseo, la nostalgia.

Todo estaba en esas páginas.

«No me importa lo que hayas dibujado, ni lo que hayas escrito sobre nosotros. Sobre mí», continúa, sujetándome la cara entre sus manos. «¿Y sabes por qué?»

Niego con la cabeza, incapaz de hablar.

«Porque eso era nuestro pasado. Pero ahora tú eres mi presente. Y mi futuro. ¿Lo entiendes?»

Me lanzo a sus brazos.

Lo abrazo como si quisiera meterme dentro de él y desaparecer.

En ese abrazo está todo lo que no puedo decir con palabras.

«Sam, cuídala, por favor», le pide en voz baja.

Ella asiente, recogiendo mi bolso.

Mas me aprieta un segundo más, me besa la frente… y luego los labios.

Quisiera quedarse.

Sé que lo desea, pero hoy él y Jamal tienen un examen.

Los veo alejarse juntos.

«Creo que por hoy podríamos saltarnos las clases», me dice Sam, intentando sacarme una sonrisa.

«¿Segura de que estás bien?»

La voz de mi hermano me llega como un eco lejano.

Me pone una mano en el hombro.

Asiento apenas.

Veo a Mason y Jamal alejarse, hablar, reír.

Los miro y siento que un nudo se deshace por dentro.

Si vuelven a ser hermanos, entonces algo se ha salvado.

Sigo a Sam por el pasillo, hasta el jardín del campus y más allá de las grandes verjas.

«¿Qué te parece si nos tomamos un buen chocolate caliente?»

Me señala su coche. Un escarabajo rosa chillón que parece sacado de un cómic.

Sonrío por primera vez.

«Creo que me vendría de maravilla.»

Unos veinte minutos después, estamos sentadas en una de las cafeterías más peculiares del centro.

El local está lleno de estanterías con libros, tazas colgantes y luces cálidas.

Nos sentamos junto a una gran cristalera que da al muelle de Boston.

Frente a nosotras, el océano Atlántico.

Barcos de todo tipo se balancean suavemente sobre el agua.

La ciudad parece dormida, como si quisiera darme un respiro.

Un chocolate caliente, espeso y humeante me calienta las manos y el corazón.

Sam no dice nada.

Y eso es lo mejor que podría haber hecho.

Porque a veces el silencio es la única cura posible.

Y ahora mismo, lo necesitaba más que cualquier otra cosa.

«Dos chocolates calientes con caramelo y doble nata montada», pide Sam con una sonrisa a la camarera.

«¿Te das cuenta? En menos de un mes será Navidad», exclama con ojos brillantes, encogiéndose dentro de su abrigo beige. «Me encanta esa época del año.»

«A mí también me gusta mucho…» digo, y luego la miro. Tras dudar un segundo:

«¿Sam?»

«¿Sí?»

«Quería darte las gracias», murmuro sinceramente.

Ha sido devastador ver mis pensamientos más íntimos colgados en esas paredes, como si fueran parte de una exposición pública.

Pero ella estuvo allí. Conmigo. Presente.

Una mano tendida en la oscuridad.

«No hay de qué. Yo también pasé por algo parecido en mi antigua facultad, sé muy bien lo que significa sentirse expuesta, vulnerable…», responde con voz tranquila, sin rastro de juicio.

La camarera nos sirve los chocolates humeantes y nos lanzamos sin dudar a hundir la cuchara en la montaña de nata.

El aroma del caramelo caliente consigue calmarme un poco.

«¿A qué universidad ibas antes?», le pregunto, con la esperanza de que no sea una pregunta demasiado personal.

«Estudiaba en Columbia», responde, pero no se me escapa el leve cambio en su expresión.

Hay algo ahí debajo.

Una herida aún abierta.

«¿Y qué tal en Brown?»

Se encoge de hombros con desgana.

«No conozco a nadie y nadie me conoce a mí. Por ahora, eso me basta.»

Su respuesta me descoloca. Es evasiva, ambigua. Pero no insisto.

Sea lo que sea que arrastre, aún no está lista para compartirlo.

Y está bien.

No sé qué hay entre ella y mi hermano, pero si Jamal ha decidido dejarla entrar en su vida… entonces yo también puedo confiar.

«¿Sabes qué necesitas para olvidar la mierda de esta mañana?», pregunta dejando la taza sobre la mesa.

«¿Qué?»

Lo pregunto, aunque ya me huelo la respuesta.

«¡Cómo que qué! Necesitas un poco de shopping del bueno, del que purifica el alma», suelta como si fuera la cura universal a todos los males.

La miro y luego bajo la vista a lo que llevo puesto: vaqueros sin forma y un jersey gris.

Sí… nada digno de portada del Cosmopolitan.

Veintidós minutos después, estamos paseando por una de las calles más exclusivas del centro, donde las mejores firmas francesas e italianas compiten escaparate contra escaparate.

«Por aquí», dice Sam, arrastrándome hacia una boutique de dos plantas.

Miro a mi alrededor, perdida entre tejidos brillantes, vestidos que parecen de cuento y tacones imposibles.

En cuanto levanto una etiqueta, se me hiela la sangre.

No tengo, ni tendré nunca, ese dineral para gastarme en un vestido.

«Elige el que quieras. Hoy invita la tarjeta de papá», anuncia agitándome una tarjeta negra, de esas sin límite de gasto.

No he crecido en el lujo, pero basta una mirada para entender que esa tarjeta no es precisamente de estudiante.

«No puedo aceptarlo», digo con sinceridad. No podría aprovecharme así de su generosidad.

«Venga ya, no me hagas suplicar. Dentro de dos semanas es la cena del equipo, antes de las vacaciones de Navidad», insiste con una mirada cómplice.

«Creo que me pondré algo menos… serio», intento cortar.

«Por favor, Aria. Me haría mucha ilusión. Además, tengo el permiso de mi padre para usar la tarjeta como me dé la gana.»

Después de diez minutos de pelea interna —entre lo que está bien y lo que me apetece— acabo dentro de un probador con un vestido que jamás habría imaginado ponerme.

Cuando salgo, Sam está sentada en uno de los pufs con una copa de champán en la mano.

En cuanto me ve, abre los ojos como platos.

«Estás… perfecta. A Mason le va a dar algo cuando te vea.»

Me giro hacia el espejo.

El vestido es ceñido hasta los tobillos y luego se abre en una cola de sirena.

Me envuelve el cuerpo como una segunda piel, el escote en forma de corazón realza mis curvas, y el azul turquesa resalta mi tono de piel de una forma casi mágica.

Nunca me había visto así.

«Te lo devolveré todo, hasta el último céntimo», digo, más por convencerme a mí misma que a ella.

Sam se acerca, me recoge el pelo en una coleta improvisada, dejándome la cara despejada.

«No soy de esas que hacen regalos esperando algo a cambio, Aria. De verdad lo hago con gusto… aunque hay una cosa que sí me gustaría.»

«¿El qué?»

La miro a través del espejo.

«Me encantaría ser tu amiga.»

Su tono es simple, directo, sincero.

Sonrío, le tiendo la mano, pero ella se ríe y me pasa otra copa de champán.

«Brindemos», dice.

«¿Por qué?»

«Por tu primera cena de equipo. Y por lo que, seguro, será una de las noches más inolvidables de tu vida.»

En la caja, Sam paga mi vestido y el suyo: uno negro de corte fluido, con el corpiño cubierto de pedrería dorada.

«Firme aquí, por favor», dice la dependienta.

Sam se inclina para firmar y yo, distraídamente, echo un vistazo al papel.

Un nombre.

Un apellido.

Y de pronto todo encaja.

Su rostro. Esa sonrisa.

Los rasgos que me resultaban familiares desde el primer momento.

Ahora lo sé.

No puede ser.

Y sin embargo… lo es.

Epílogo

Noche de Gala

Aria

Mason me ayuda a abrochar los últimos botones del vestido por la espalda.

Sus dedos van despacio, se detienen sobre mi piel con una delicadeza casi irreal.

Me giro, lista para repetirle lo que acabo de contarle, pero su mirada… no promete nada bueno.

«¿Has escuchado siquiera lo que acabo de decirte?», lo reprendo alzando una ceja, como si fuera un niño pillado haciendo travesuras.

«¿Honestamente? No, Tex», confiesa con ese tono suyo tan descarado y ardiente. «Porque estoy pensando en cómo voy a follarte con este vestido todavía puesto», susurra, pasándose el pulgar por los labios carnosos.

Ese gesto. Joder. Un calambrazo me atraviesa el cuerpo.

Siempre me pasa.

«No es broma, Mas. Es algo serio», insisto, intentando recuperar algo de cordura mientras me acerco al espejo para arreglarme el brillo de labios.

«Entiendo que estés preocupada», dice, apoyado con desgana en la cómoda, los brazos cruzados. «Pero ¿estás segura de querer ser tú la que dé el primer paso?»

«No puedo seguir fingiendo. Llevo semanas esperando a que ella diga algo a Jamal. ¿Y qué ha pasado? Nada. Es más, ahora parecen una pareja de verdad.»

La rabia me arde bajo la piel.

Sam me cae bien, es una buena amiga. Pero mentir sobre quién eres, sobre lo que eres, nunca es buena base para estar con alguien.

Y mucho menos con mi hermano.

«Vale», concede Mason, ahora más serio, volviendo a situarse detrás de mí.

Sus manos se posan sobre mis hombros, el calor de su contacto me atraviesa.

«Sea lo que sea lo que decidas, estoy contigo», murmura, nuestros ojos cruzándose en el espejo.

«Pero ahora… venga. Disfrutemos de la noche, Tex.»

Media hora después cruzamos las puertas del Palace Hotel de Boston.

En el último piso, entre luces tenues, alfombras de terciopelo y la elegancia del mármol, empieza la cena de gala del equipo junto a los inversores de los Red Sox.

Jamal no ha venido con nosotros. Ha ido a recoger a Sam.

Nos encontraremos directamente aquí.

«Cuidadito, *The Matrix*», bromea Maxwell al acercarse con su hermana del brazo. «Que esta noche alguien podría robarte a tu chica.»

«Sigue soñando, Max», replica Mason, rodeándome la cintura con un gesto tan posesivo como natural.

«Encantada de volver a verte», le digo a Cassie, la hermana de Maxwell, dándole dos besos.

La había conocido en la fiesta de cumpleaños de su hermano — una chica directa, afilada, con mucho rollo.

«Error de novato traer a tu hermana aquí», lo pincha Mason.

«Yo no soy Jamal, Swan. El que se acerque demasiado a mi hermana acaba la temporada en una cama del hospital», suelta Maxwell, medio en broma.

Poco después, oigo la voz de mi hermano a la espalda:

«Ya estáis aquí.»

Me doy la vuelta.

Sam está perfecta. El vestido negro con strass, el pelo recogido en una coleta alta, el maquillaje suave.

Parece otra persona. Pero también… sigue siendo ella.

«Estás guapísima», le digo con sinceridad.

Nos damos dos besos, y en sus ojos hay algo que no logro descifrar del todo.

«Bueno, chicas, si no os importa, vamos a por una copa», anuncia Mas, dándome una palmada en el culo antes de desaparecer.

«Creo que nosotras también necesitamos una bebida», comenta Sam, con una sonrisa que sabe a escapatoria.

Le arrebata una botella de champán a un camarero.

«Esta es nuestra.»

Llegamos a la mesa con nuestros nombres y nos sentamos.

Cassie se aleja para atender una llamada.

«Esta noche es la nuestra», exclama Sam sirviendo las copas.

«¿Tienes ganas de celebrar?»

Intento no sonar suspicaz, pero sé que no lo consigo.

«¿Y por qué no? ¿Qué lo impediría?», responde, encogiéndose de hombros.

«Quizá… tu novio», lanzo, mirándola con intención.

Parpadea, sorprendida.

«Jamal nunca me lo prohibiría», dice. Pero hay una grieta en su voz. Una duda.

«No hablo de mi hermano. Hablo de aquel con el que saliste en tantas portadas. Al principio no caía en dónde te había visto… pero cuando firmaste aquel recibo en la boutique… lo entendí.»

Sus ojos se agrandan. Se tensa de golpe.

«Espera, Aria, no sabes de lo que estás hablando…»

«¿De verdad vas a decirme que no eres Samantha Preston?», insisto.

Ahora lleva el pelo oscuro, ya no es rubia. Los ojos castaños, no azules — gracias a las lentillas.

Pero es ella.

La hija del dueño de los Yankees.

La ex del bateador número 7, Charlie Kent.

Me palpita la sien.

Si todo esto es verdad, Jamal está saliendo con una chica que le ha mentido desde el primer día.

«Baja la voz, por favor», susurra Sam, casi suplicando. «Esa era mi vida anterior. No tienes ni idea de lo que he pasado.»

La miro. Y no veo una mentirosa.

Veo a una chica herida.

«Entonces cuéntamelo. ¿De qué estás huyendo?», pregunto más bajo.

Pero no puede responderme.

Los chicos están volviendo.

Jamal se inclina hacia Sam y le planta un beso en los labios antes de sentarse a su lado.

Sus dedos entrelazados con los de ella.

Maxwell finge poner los ojos en blanco.

«Eh, buscaos una habitación», suelta.

«No has visto a Tex y a mí en acción», replica Mason riendo.

«Mas… mi hermana. Te recuerdo que estás hablando de mi hermana», lo reprende Jamal, dándole una colleja cariñosa.

Nos echamos todos a reír, aunque Sam y yo sabemos que nuestra conversación no ha terminado.

Solo está en pausa.

El móvil de Jamal vibra.

Se levanta para contestar mientras nosotras seguimos hablando de vestidos, champán y futuras fiestas.

Pero cuando vuelve, hay algo en su cara que me pone en alerta.

«¿Qué pasa?», pregunto enseguida.

«Era Jack», dice, refiriéndose al mánager suyo y de Mason.

«¿Qué quería a estas horas?», pregunta Mas.

«Hablarme de un contrato.»

Nos quedamos todos congelados.

«¿Un contrato?», repetimos a coro.

«Un contrato… como capitán de los Yankees.»

Silencio.

Mis ojos se abren de par en par. Pero los de Sam…

esos no mienten.

Miedo. Pánico.

Como si su pasado —ese que ha intentado enterrar— estuviera golpeando a su puerta.

¿Qué es lo que esconde realmente Samantha Preston?

¿Y por qué ha hecho todo lo posible por borrar quién era?

Jamal vuelve a sentarse, aún incrédulo.

«Un contrato con los Yankees. Yo. Capitán.»

Mas lo mira serio.

«¿Ya lo sabías?»

«No», responde Jamal. «Jack me ha llamado ahora. Ha dicho que quieren hacerme una oferta oficial esta semana.»

«¿Y tú… qué vas a hacer?», pregunta Maxwell alzando una ceja.

«Los Red son tu casa.»

«Ese es el punto. Los Yankees son el equipo de mi padre, de mi infancia… pero los Red ahora son mi familia», reflexiona Jamal, con la mirada llena de dudas.

Yo no puedo dejar de observar a Sam.

Está rígida, los nudillos blancos alrededor de la copa de champán que aprieta como si fuera a romperse.

«Eh», le susurro, «¿quieres tomar un poco de aire?»

Ella asiente apenas, sin hablar.

Nos levantamos mientras los demás brindan entre risas.

En cuanto salimos a la terraza panorámica, el silencio nos envuelve.

Boston a nuestros pies, las luces de los edificios reflejadas en el agua.

Sam se abraza a sí misma, como si el frío viniera de dentro.

«Te lo juro, Aria, no sabía nada de Jamal y ese contrato. Lo juro por todo.»

«Pero sigues siendo su hija», siseo, intentando controlar la rabia. «Y sigues ocultándoselo.»

«Porque no quiero que él me vea como todos los demás. Como una Preston. Como la chica a la que le dieron todo hecho.»

«¿Y no es así?», la desafío.

Ella me mira. Los ojos brillantes, pero firmes.

«Mi padre… no me habla desde hace casi dos años. Cuando se enteró de lo de Charlie —sí, ese Charlie— me echó de casa. Me obligó a elegir: o él, o mi dignidad. Y elegí mal. Elegí al amor equivocado. Y lo pagué muy caro.

Después del accidente con Charlie, cuando me dejó por una cheerleader con más seguidores que neuronas, desaparecí. Me teñí el pelo, cambié de nombre, dejé Nueva York. Solo quería… desaparecer.»

Me quedo callada.

Sus palabras no suenan a excusa. Suenan a herida.

«Aria, Jamal es el primer chico que me ha mirado sin preguntarse qué podía sacar de mí.

Y ahora tengo miedo de que, si sabe quién soy… me mire como todos los demás.»

«Lo hará. Pero no porque seas una Preston», le digo.

«Lo hará porque no se lo has contado. Porque lo has hecho sentir un idiota. Y Jamal odia sentirse engañado.»

Sam baja la mirada.

«Tienes razón. Pero no puedo mentirle más. Ni un día más.»

Le agarro la mano.

«Entonces díselo. No esperes a que lo descubra por otra persona.»

Ella asiente, sorbiéndose la nariz.

Luego gira la cabeza hacia el ventanal que separa la terraza del salón y ve a Jamal dentro, rodeado de patrocinadores y jugadores, brindando como si fuera el chico más feliz del mundo.

Y quizá lo sea.

Pero no por mucho tiempo.

Sam se alisa la falda, endereza los hombros y dice:

«Ojalá, solo por una vez, el amor fuera suficiente.»

Le aprieto la mano.

«Para mí, lo fue. Con Mas. A pesar de todo.

Pero tienes que desearlo con todas tus fuerzas. Y luchar incluso cuando duele.»

«Ya duele», susurra.

Luego abre la puerta y entra.

La sigo en silencio.

Está a punto de explotar una bomba. Y por primera vez, yo no soy el objetivo.

Sam se detiene frente a mí, los ojos húmedos, la voz apenas un susurro.

«No se lo digas tú, por favor. Déjame hablar con Jamal. Se lo debo. Al menos eso.»

La miro un instante, dudando. Pero luego asiento.

«Vale. Pero hazlo pronto, Sam. Porque si no lo haces tú… lo haré yo.»

Ella asiente con la cabeza y se aleja.

Me quedo ahí, quieta, con la copa aún en la mano, ya tibia y olvidada. La dejo sobre la primera bandeja que encuentro y me dirijo hacia la salida del salón.

Necesito aire, salir, sacarme de encima este peso que me oprime el pecho como una losa.

Y mientras camino hacia el pasillo que lleva a la terraza, solo un nombre me resuena en la cabeza.

Mason.

Lo necesito.

Después de todo lo que acabo de descubrir, después de saber que tendré que mentirle a mi hermano —otra vez— y fingir que todo va bien, que Sam es quien dice ser… me siento vacía.

Y no quiero fingir también con él. No con Mason.

Con él he aprendido a no esconder nada. A no tener miedo de estar rota, de ser un desastre.

Él es mi madriguera.

Mi oscuridad.

Mi refugio.

Y es entre sus brazos donde quiero caer ahora.

Lo encuentro junto a la barra, hablando con Maxwell de algo que ni escucho.

En cuanto cruza mi mirada, todo lo demás desaparece.

«¿Podemos hablar?», le pregunto.

Mason no dice nada. Deja el vaso en la barra, saluda a Maxwell con un gesto y me sigue en silencio.

Apenas estamos solos en el pasillo, lejos de miradas curiosas, me agarra la mano.

«Tex… ¿qué ha pasado?»

«Tengo que contarte algo. Y quiero que seas el primero en saberlo.»

Sus ojos se oscurecen, atentos. Me da espacio, tiempo. Como siempre hace.

«Sam…», dudo un segundo, pero encuentro el valor.

«Sam es la hija del dueño de los Yankees. Y es… era… la novia de Charlie Kent.»

Su expresión cambia. Se tensa.

Siente el impacto de la bomba que acabo de soltar, pero no dice nada.

«Dice que ya no lo es. Que esa era su vida pasada. Pero aún no le ha dicho nada a Jamal. Y yo… yo ahora lo sé.

Y no puedo contárselo a mi hermano, Mason. Porque se lo he prometido.»

Los ojos de Mas se entrecierran, como si estuviera conteniendo una reacción.

«¿Me estás diciendo que me calle la boca?»

«Te estoy diciendo que… ahora mismo solo necesito saber que estás aquí.»

Me mira. Su respiración se vuelve más profunda.

Luego me atrae hacia él, me abraza fuerte y me susurra al oído:

«Siempre, Tex. Siempre.»

El tintinear de los cubiertos contra los platos es el único sonido que se escucha durante unos segundos, como si todos estuviéramos conteniendo la respiración antes de empezar la función.

La cena del equipo ha comenzado hace poco, pero el peso de las revelaciones del día se refleja en cada rostro. Al menos, en los que conozco bien.

Sam está sentada al lado de Jamal. Sonríe, pero sus dedos nerviosos juegan con la servilleta sobre sus rodillas.

De vez en cuando, su mirada se pierde más allá de los ventanales panorámicos, y yo sé perfectamente adónde va ese pensamiento: a todo lo que todavía no ha tenido el valor de decir.

Mason está a mi derecha.

Su mano reposa sobre mi muslo, y sus dedos dibujan círculos invisibles.

Pequeños gestos que solo yo noto, pero que me atan a él con la fuerza de una certeza que nunca había sentido antes.

Maxwell no para de soltar chistes, intentando aliviar el ambiente, mientras Jack, nuestro representante, entretiene a los inversores en la mesa de al lado con su repertorio de relaciones públicas.

«Tex, te noto rara. No me digas que aún te emocionas al ver a Mason con esmoquin», bromea Maxwell con una media sonrisa.

«Más que emocionarme, diría que me cuesta concentrarme en el menú cuando tengo al Matrix versión alfombra roja sentado al lado», respondo, rozando los dedos de Mas por debajo de la mesa.

Él se ríe por lo bajo y me lanza una de esas miradas suyas, afiladas, ambiguas. De esas que pueden significar todo o nada.

Pero yo sé perfectamente lo que quiere decir.

Quiere decir "Esta noche va a ser larga."

Jamal levanta la copa para un brindis improvisado:

«Por nuestro equipo, por los nuevos contratos y por el final de un semestre intenso.»

Sam lo mira, y sé que detrás de esa sonrisa agradecida se esconde el miedo.

El secreto que lleva dentro la está devorando.

Me pidió tiempo. Me rogó que le dejara ser ella quien se lo contara a Jamal.

Y lo haré.

Pero no contarle la verdad a mi hermano es como vivir con una bomba a punto de estallar.

Bajo la vista al plato y me doy cuenta de cuánto necesito refugiarme en Mason.

Como si fuera el único lugar donde puedo esconderme de verdad.

No solo para consolarme, sino para recordarme quién soy ahora.

Para anclarme a algo que no tambalee. A alguien que ya ha visto todas mis grietas y las ha besado una por una.

«¿Estás bien?», me susurra Mas, acercando los labios a mi oído.

«Solo necesito que esta noche no me sueltes», respondo sin pensar.

Su mirada se vuelve más seria, y me aprieta la mano por debajo de la mesa.

«Siempre.»

*****

A la mañana siguiente

El primer rayo de sol se cuela entre las cortinas entreabiertas, rozándome la mejilla y obligándome a entrecerrar los ojos. El olor de Mason lo invade todo: mi piel, las sábanas, incluso el aire que respiro.

Su brazo rodea mi cintura, su pecho cálido presiona contra mi espalda. Respiro despacio, intentando grabarme cada detalle de este momento. El ritmo pausado de su corazón, su aliento acariciando mi cabello, la calma irreal que se ha abierto paso entre el caos de estas últimas semanas.

Quisiera quedarme así un poco más. Solo nosotros dos. Sin secretos, sin mentiras, sin tener que elegir a quién herir o qué decir.

Pero el momento se rompe con un golpe seco contra la puerta.

Y luego la voz de Jamal, rota, cargada de algo que parece rabia… pero es peor. Es desorientación.

«¡Aria! ¡Mason! ¡Abrid esta puta puerta!»

Me incorporo de golpe, Mason también, con una expresión entre confundida y alerta. Me pongo la primera sudadera que encuentro a los pies de la cama y corro a abrir.

Jamal está ahí. Descalzo, en chándal, el pelo alborotado como si no hubiera pegado ojo en toda la noche. Aprieta en la mano una nota, el puño tan cerrado que el papel parece a punto de romperse.

«Ha desaparecido. Sam ha desaparecido.»

Sus palabras me golpean como una bofetada.

«¿Cómo… cómo que ha desaparecido?», pregunto, sintiendo cómo el corazón se me cae al estómago.

«Cuando me he despertado ya no estaba. Solo ha dejado esto.»

Me tiende el papel.

Reconozco al instante esa letra.

"Perdóname. Sam."

Siento a Mason acercarse y leer por encima de mi hombro.

«Tiene el móvil apagado. He intentado llamarla al menos diez veces. Es como si se la hubiese tragado la tierra.»

«Quizá solo necesita tiempo…», intenta Mason.

Pero Jamal niega con la cabeza.

«No. Aquí hay algo más. Algo que no me ha contado. Lo siento.»

Y tiene razón.

Lo siente porque ha amado de verdad. Porque conocía esa parte de Sam que ella decidió mostrarle.

Pero yo también sé todo lo que ella eligió ocultar.

Y ahora no sé si callar es un acto de lealtad... o de cobardía.

Aprieto la nota entre los dedos, con un nudo cerrándome la garganta.

«Aria… ¿tú lo sabías?»

Su pregunta me atraviesa como una lanza. Me deja sin aire.

«No…», miento, bajando la mirada, «no lo sabía. Pero voy a intentar llamarla yo también, quizá me conteste.»

Mason me observa en silencio, pero no dice nada.

En cuanto Jamal sale de la habitación, dejo caer la nota sobre la mesilla y agarro el móvil. Marco el número de Sam.

Un solo tono... y luego nada.

Teléfono apagado.

Me dejo caer contra la pared, el móvil apretado contra el pecho, y cierro los ojos.

Por primera vez, me siento realmente culpable.

No por lo que ha pasado entre Mason y yo.

Sino por haber decidido mentirle a mi hermano.

«Has hecho bien en no decirle nada... por ahora», murmura Mason acercándose. «Pero no va a poder quedarse en secreto para siempre.»

«Lo sé», susurro, «pero no quiero ser yo quien lo rompa otra vez.»

Me refugio entre sus brazos, los únicos donde puedo perderme sin miedo, incluso cuando todo lo demás se desmorona, y esta vez es mi hermano quien tendrá que recoger los pedazos de su mundo.

Y yo… yo solo tengo miedo de que se pierda.

Como me pasó a mí.

Jamal

Una semana.

Siete días desde que Sam desapareció, dejándome solo una nota y un silencio que me taladra los oídos.

Y ahora estoy aquí.

Nueva York. Bronx. Sede central de los Yankees.

El campo parece interminable. Impecable.

Todo huele a tradición, disciplina, expectativas.

Cada paso que doy me pesa. No por la responsabilidad —esa la llevo tatuada en la piel desde siempre— sino por las malditas preguntas que me devoran la cabeza desde hace días.

¿Por qué se fue Sam?

¿Por qué ni siquiera me miró a la cara?

¿Y por qué Aria, que siempre lo sabe todo, esta vez parecía… no saber nada?

—«Jamal Swan»— me llama alguien con voz firme. Me giro.

Un hombre de unos cincuenta, traje azul con el logo de los Yankees bordado en el bolsillo. Rasgos duros, mirada oscura como el asfalto y afilada como un bisturí.

—«Soy Preston. Benjamin Preston. Bienvenido al Bronx.»

Me tiende la mano. Firme. Seca. Dominante.

Se la estrecho, pero su apellido me revienta en la cabeza como una bomba.

Preston.

—«Nuestro director general me ha hablado mucho de ti. Dicen que tienes algo especial, Swan. Espero que no nos decepciones.»

Asiento, agradecido, aunque su mirada se queda clavada en la mía un segundo de más. Como si estuviera leyendo cada maldito pensamiento.

Me enseña las oficinas, luego los vestuarios, donde conozco a algunos de los compañeros.

Todo es más… rígido que en los Red Sox. Aquí todo está medido, cronometrado, controlado.

Clase. Protocolo. Exactitud.

Boston era otra cosa. Otra vibra. Otra familia.

Pero eso no es lo que me inquieta.

Es esa maldita sensación bajo la piel.

Como si algo no encajase. Como si alguien hubiera cambiado las reglas del juego sin avisar.

Me asignan una taquilla. Me voy a cambiar cuando un chico del equipo se me acerca.

—«Ey, Swan. ¿Ya conociste a la hija del jefe?»

Fuerzo una sonrisa. Falsa como un billete de tres dólares.

—«¿La hija del presidente? No. ¿Trabaja aquí?»

—«Trabajaba, hace tiempo. Pero ya no se deja ver. El año pasado venía mucho por los vestuarios con Charlie Kent. ¿Te suena?»

—«Claro. El número 7. El que siempre está en boca de todos.»

—«Ese. Ella era su chica. Samantha Preston. Una bomba. Guapa de las que te dejan sin aliento. Pero un día… pum. Desapareció. Nadie sabe por qué.»

El mundo se me congela.

Samantha… Preston.

No. No puede ser.

Y sin embargo, lo sé.

Lo supe desde aquella puta nota.

Desde esos ojos que no querían contarme toda la historia.

Me levanto y salgo disparado.

Cruzo el pasillo como si me faltara el aire.

Saco el móvil, abro ese mensaje que me mandó hace semanas.

Un enlace a un artículo viejo. Fiesta privada con los Yankees. Fotos borrosas. Una chica rubia en brazos de Kent.

Amplío la imagen.

Ahí está.

Melena larga. Ojos azules.

Esa sonrisa.

Sam.

Mi Sam.

Y entonces… la verdad me atropella.
Me ha mentido.
Me ha escondido quién era en realidad.
¿Por qué?
¿Por qué, joder?
Pero lo peor no es eso.
Lo peor es que, aunque esta verdad me queme por dentro,
no soy capaz de odiarla.
Solo me pregunto…
¿por qué no me lo contó?
¿O quizá hay algo más, algo más oscuro, algo que la hizo salir corriendo?
Mil preguntas me taladran la cabeza como si fueran clavos.
Pero dentro de mí, solo hay una certeza.
Quiero jugar el partido más bestia de mi vida.
Y va a ser contra ella.

FIN

Ahora pasamos a los detalles importantes... ¡Tu opinión!
Si esta historia te ha hecho suspirar, sufrir o enamorarte,
¡entonces ya sabes lo que toca!
🖤 Deja tu reseña en Amazon y ayuda a que esta historia llegue a más lectores como tú.
Es súper fácil:
📱 Si has leído en Kindle, solo tienes que deslizar hasta el final del libro y tocar las estrellas para dejar tu valoración.
📚 Si has leído el libro en papel, entra en tu cuenta de Amazon, busca el título y haz clic en «Escribe una reseña» justo debajo.
Tu opinión vale oro.
Gracias infinitas por apoyar esta historia y por formar parte de este viaje.
Nos leemos muy pronto...

Amor en juego 2: Jugada rota (PRÓXIMAMENTE)

Jamal Swan ha dejado Boston para aprovechar la oportunidad de su vida: convertirse en el capitán de los Yankees.

Es el paso definitivo en su carrera, la consagración de tantos sacrificios.

Pero en cuanto pisa el estadio… descubre que nada es lo que parece.

Los Yankees tienen un nuevo patrocinador, una nueva cara al mando… y es ella. Samantha Preston.

Sam no es solo una mentirosa.

Es la hija del hombre que controla el imperio de los Yankees.

La hija del mismo cabrón que arruinó la carrera del padre de Jamal años atrás.

Y él lo descubre demasiado tarde.

Se reencuentran en un evento oficial.

Miradas que cortan el aire.

Silencio. Tensión. Deseo. Rabia.

Jamal no es Mason.

Donde Mason arde, Jamal congela.

Donde Mason se lanza, Jamal mide cada paso.

Pero hay algo que los une: cuando aman, lo hacen hasta las últimas consecuencias.

Sam intentó alejarse para protegerlo.

Creyó que esconderse era la única forma de evitar que todo saltara por los aires.

Pero ahora Jamal sabe quién es.

Y se siente traicionado. Sucio.

Como si cada beso, cada carcajada, cada caricia… hubiera sido parte de un puto juego.

Y aun así… la ama.

Y ella lo ama a él.

¿Pero cómo se ama a alguien cuando eres la razón de su caída?

Capítulo extra
Prólogo
Sam

Hay cosas que no se eligen.

Como la sangre que te corre por las venas, el apellido que llevas marcado como una cicatriz o la familia en la que naces y que te arrastra al fondo sin pedirte permiso.

Y luego están los amores prohibidos.

Los que no deberías sentir.

Los que dan miedo solo con mirarlos.

Los que te dejan sin aire aunque intentes olvidarlos.

Él era eso. Jamal Swan.

No estaba previsto. No estaba permitido.

Era el único hombre al que jamás debería haber amado. Pero la verdad es que lo hice igual.

Empecé a hacerlo cuando me sonreía como si de verdad me viera, cuando todo el mundo solo veía a la hija del poderoso Preston.

Seguí haciéndolo incluso cuando el pasado golpeaba la puerta con fuerza, listo para arrasarlo todo.

Y acabé amándolo cuando entendí que, para protegerlo, lo único que podía hacer… era dejarlo.

Me puse una nueva identidad.

Me teñí el pelo, cambié de ciudad, aprendí a mentir mirando a los ojos a cualquiera que buscara la verdad.

Y entonces me lo volví a encontrar.

Y todo lo que había construido se derrumbó como arena bajo una lluvia incesante.

Jamal descubrió quién soy en el peor momento posible.

Cuando ya era demasiado tarde para arreglar nada.

Cuando las mentiras ya habían echado raíces demasiado profundas.

Y ahora no sé si algún día podré ganarme su perdón.

Me llamo Samantha Preston.

Soy la hija del enemigo.

Soy la chica que le rompió el corazón al único hombre que supo verme de verdad.

Y esta es nuestra historia.

Una historia de amor llena de secretos, mentiras… y esa clase de verdades que solo saben destruir.

Pero si pudiera volver atrás, si tuviera la oportunidad de reescribirlo todo...

Lo elegiría otra vez.

Siempre.

Solo a él.

Agradecimientos

Escribir la palabra fin en Amor en Juego ha sido como cerrar un capítulo dentro de mí. Y aunque lleve años escribiendo, una nunca se acostumbra del todo.

Aria y Mason han crecido conmigo, entre folios arrugados, pausas eternas, dudas, noches sin dormir y nuevos comienzos. Y ahora que los dejo atrás —o tal vez no, porque hay personajes que nunca se van del todo—, siento un vacío dulce y desgarrador, de esos que solo quien ama escribir puede entender.

Gracias, Aria, por ser luz y contradicción, por tu fuerza y tu fragilidad.

Gracias, Mason, por encarnar la sombra y el deseo, por enseñarme que incluso quien lleva dentro la oscuridad más profunda puede encontrar una chispa.

Gracias a mis personajes secundarios, que nunca han sido realmente secundarios: Jamal, Sam, Maxwell, Paige, Layla… Cada uno de vosotros me ha dejado algo.

Y sí, os llevaré conmigo en las próximas novelas, porque hay voces, ciertos silencios y ciertas miradas que no se olvidan.

Escribir este libro ha sido una aventura que me ha puesto a prueba, que me ha hecho llorar, reír, temblar y amar. Y no lo habría conseguido sin algunas presencias fundamentales:

A mamá y papá, que lo creáis o no, siempre estabais ahí cuando pensaba en rendirme.

A mi marido, que ha soportado mis ausencias incluso cuando estaba sentada a unos metros de él, con la cabeza perdida entre las páginas.

A mis hijos, por las sonrisas que cada día me animan a seguir.

A vosotros, lectores. Ya sea que me hayáis descubierto hace una semana o me sigáis desde hace años, sois mi hogar. Cada vez que abrís una de mis novelas, me hacéis un regalo. Cada mensaje, cada

historia compartida, cada emoción que me devolvéis es gasolina pura para el corazón.

Y por último, gracias a Dios por haberme dado este don de perderme entre palabras.

Termino con una cita que siempre me ha representado:

Los libros nunca se cierran del todo. Se quedan dentro. En la sangre, en la piel, en el aliento. Te cambian. Y si son los adecuados, te hacen soñar para siempre.

Gracias por soñar conmigo.
Con todo mi corazón,
Manuela